

Selecta



Ana
Castellar



CASTILLOS
EN EL AIRE

Castillos en el aire

Ana Castellar

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A mis hermanas

*Te despiertas y sale el sol,
Te despiertas algo mejor,
te despiertas y sabes que algo
diferente te está esperando.
Cada día tiene su aquello.
Cada día es según se vive.
Y el universo se hace más libre
cada día que alguien se ríe.*

Cada día de Lucas Álvarez Pez Mago

Salvador bajó del avión con el miedo de cómo empezar una nueva vida; no sabía qué hacer. Las ganas de pisar suelo después de tantas horas volando se habían transformado en un miedo que lo había paralizado en el aeropuerto. «Ya estoy en España», pensó Salvador, y ahora tenía que seguir con su viaje y llegar a su destino. Su destino era Natalia, una joven de la que hacía casi tres años no había tenido noticias. El miedo inicial se había transformado en soledad. Estaba en aquel aeropuerto tan grande rodeado de gente que iba a recoger a sus seres queridos. Abrazos, besos, alegría era lo que veía por todas partes y él había viajado hasta allí por una estúpida necesidad. Se repetía una y otra vez qué hacía allí. Durante minutos miró los vuelos de regresó a su país. Salía uno al día siguiente; podía regresar y comenzar una nueva vida con su madre y con sus hermanas. Ellas le recibirían con los brazos abiertos, felices de que estuviese allí y él podría olvidar, olvidar a esa chica que no conocía y, quizás, podía conocer a otra, otra chica que lo hiciera feliz. Se informó sobre cómo llegar a la ciudad que tenía escrita en un pequeño papel; quedaba a unas horas de allí. Había un autobús que salía del mismo aeropuerto en apenas una hora y lo llevaría a Gijón. Salvador decidió coger ese autobús.

Ya estaba en España; miró la pantalla. En cualquier momento podía volver y apenas a unas horas de distancia estaba Natalia; la podía conocer y después regresar a su país. Salvador, al sentarse en aquel autobús, recordó todo lo que había pasado hasta llegar a este. Era tarde y no había mucha gente. Se recostó en el asiento. Recordó la cárcel de la que había salido en Estados Unidos: allí los días pasaban despacio. Salvador había llegado a Estados Unidos siendo un adolescente. Sus padres Amelia y Sebastián estaban seguros de que así

conseguirían un futuro mejor para sus hijos: sus hijos conseguirían el sueño americano, le repetía Sebastián a Amelia. Dejaron Uruguay y decidieron empezar una nueva vida con sus hijos Fernando, Salvador, Ana y Alejandra. Su llegada a Estados Unidos no había sido como ellos habían pensado. Los trabajos eran precarios y apenas les alcanzaba para vivir. Sebastián les decía que con el tiempo todo mejoraría y los trabajos estarían mejor pagados, pero eso nunca llegaba. Fernando había dejado los estudios y empezó a trabajar de repartidor en una pizzería. Eran muchas horas las que tenía que trabajar para conseguir poco dinero que no le alcanza para llevar la vida que él desea, la vida con la que su padre lo había hecho soñar. Las discusiones en casa comenzaron a ser diarias. Su padre no estaba de acuerdo con que dejase los estudios y le decía que con ese trabajo no llegaría a nada si no estudiaba. Se tenía que esforzar más, le repetía. La vida no era fácil. Su hermano Fernando empezó a juntarse con malas compañías y en pocas semanas comenzó a participar en pequeños hurtos que le hacían ganar más dinero. Fernando empezaba a llevar la vida que sus padres le habían prometido cuando decidieron viajar a Estados Unidos. Recordaba cómo había llegado el día que se compró su primer coche. Nunca lo había visto sonreír así. Incluso estaba pensando en irse a vivir solo a un pequeño apartamento donde no tenía que darle explicaciones a nadie de sus actos. La situación en su casa cada vez era más insoportable y los reproches de su padre no cesaban. Salvador quería seguir los pasos de su hermano, sobre todo quería irse de casa. Lo atraía la idea de vivir los dos solos, la libertad de la que Fernando le hablaba. Su hermano estaba preparando un golpe que le ayudaría a conseguir su meta, solo necesitaban más gente. Y convenció a Salvador de que les iría bien. Era un gran golpe y luego llevarían su vida soñada. Cuidaría de él y su papel sería sencillo. «Solo un golpe», le repetía, y él le había creído. Salvador oía en su cabeza los disparos, las sirenas de los coches de policía. Todo lo que podía salir mal había salido mal.

Una patrulla de la policía estaba por allí cerca y llegó en cuestión de

minutos. Los encontró en pleno atraco. Salvador salió del coche con las manos en alto como le gritaba la policía. Fernando, al ver a Salvador como caminaba hacia la policía, salió de la joyería empuñando la pistola y la policía al verlo disparó. Murió abatido por los tiros de la policía junto a otro compañero ante los gritos de Salvador. Él y dos más fueron detenidos. Aquello se resolvió rápidamente; los otros dos miembros de la banda intentaron exculparlo: era muy joven y estaba allí obligado por su hermano. Era lo único que podían hacer por Fernando que tantas veces los había ayudado. Llegaron a un acuerdo y, después de unos meses en un correccional Salvador, salió libre. La muerte de Fernando cambió a toda la familia: sus padres envejecieron años en un solo día. Su padre se culpó siempre de la muerte de su hijo. Si él no hubiese tomado la decisión de ir a Estados Unidos, Fernando seguiría vivo; si hubiese tenido más paciencia, Fernando no se habría juntado con aquellos hombres.

Salvador decidió centrarse en los estudios para agradar a su padre y con la ayuda de los jefes de su padre consiguió entrar en la universidad para estudiar arquitectura, el sueño de su padre. Su hermana Ana se casó con un chico de origen uruguayo. Se conocían desde muy jóvenes y los dos querían dar ese paso y volver a Uruguay. Una amiga le había conseguido un trabajo en Montevideo y Ana no quería seguir en ese país; quería comenzar una nueva vida en otro sitio. Esto sumó a sus padres en la tristeza. Le habían pedido que esperaran unos meses; en ese tiempo podían conseguir trabajos en Estados Unidos. Ella era muy joven para irse sola, pero lo tenía decidido y los dos estaban convencidos de que su futuro no estaba en Estados Unidos. Recordaba como en unos meses su familia estaba destruida. Una tarde, la mala suerte que pensaba que ya la había abandonado se cruzó en su camino. Buscaba una joyería donde comprarle un regalo a su novia. Cumplían seis meses y quería sorprenderla con algo bueno. Ella era una chica de buena familia y no quería que sintiese que con él estaba perdiendo el tiempo; seguía pensando en que todo era cuestión de dinero y sin él no se podía conseguir nada. Que equivocado estaba, pensaba ahora en el *autocar*. Nadie creyó su versión de

por qué estaba allí. A los pocos minutos de entrar, unos encapuchados les apuntaron con unas armas el vendedor se negó a abrirles la caja fuerte y le dispararon. El hombre cayó; los atracadores cogieron lo que pudieron y huyeron, y Salvador se quedó al lado de aquel hombre cogiéndole la mano. La policía lo detuvo. La dependienta que había permanecido oculta en el baño gritó que él era uno de los atracadores que había estado merodeando por allí días antes y lo llevaron a comisaría. Allí le tomaron las huellas y descubrieron que ya tenía antecedentes por atracar una joyería hacía tres años. Las demás huellas que tomaron hacían que la versión de Salvador nadie la creyera.

Uno de los antiguos participantes del atraco donde había muerto su hermano había estado en el atraco ese día. Salvador fue declarado culpable de la muerte del joyero. Solo sus padres confiaban en su inocencia y le decían que lucharían para sacarlo de la cárcel. Sus padres no consiguieron que los escucharan y, después de varios abogados que los engañaron y de varios años, buscaron uno que era muy caro, pero que les ayudaría. Los dos trabajaban en todo lo que podían para ahorrar para un buen abogado y eso hacía que su salud fuese empeorando. Todo era un desastre en su vida. Los días pasaban y su padre había dejado de ir a visitarlo. Su madre poco a poco le iba diciendo que ya no eran tan jóvenes, que trabajaba mucho, estaba cansado, había enfermado. Hasta que un día recibió la noticia de su fallecimiento; su corazón no había aguantado más.

Después de muchos días sin apenas comer y dormir, Salvador volvió a ver a su madre. Estaba muy desmejorada parecía que le habían caído encima todos los años de repente. Le pidió que no volviera a visitarlo, que se cuidase, que él estaría bien, que dejase de luchar por él. Su madre le pide lo mismo: necesitaba que luchara por salir de allí, que no se dejara vencer; lo necesitaba vivo, y ella seguiría luchando para que saliera de allí, cumpliendo los deseos de su padre. Nunca dejaría de luchar por él. Salvador lleno aquellos días en la cárcel de horas de estudio y de cartas, recibía cartas de muchos lugares del mundo que se interesaban por él. Él las respondía y eso hacía que tuviese el

tiempo ocupado y los días fuesen menos largos. Lo tranquilizaba pensar que había gente que se acordaba de él. Una de aquellas cartas era de Natalia, que le escribía desde una parte de España de la que él nunca había oído hablar. Aquella carta le llamó la atención: el papel era de color verde; era diferente a las demás. No olía a perfume de mujer como otras, solo olía a papel. Le hablaba de cosas de su vida de diaria, de lo que le gustaba hacer, de sus estudios, de sus sueños y de su familia. Después de dos cartas Salvador se dio cuenta de que aquella chica no sabía que él estaba en la cárcel; no se había fijado en la dirección. Dudó si contárselo. Sabía que era una chica joven que quizás le había pasado inadvertido. Decidió hacérselo saber. Natalia recibió aquella carta y se asustó. Dudó durante varios días qué hacer y después respondió. En aquella carta Natalia le preguntaba por qué estaba allí. Salvador dudó en responder. De repente le importaba lo que ella pensase de él. Salvador esperaba con ganas las cartas de Natalia donde le contaba su día a día, las novedades en el cine, la música. Eran cartas donde le contaba su día a día con sus tristezas y alegrías, pero que siempre lo hacían sonreír nada más ver el sobre. En su cabeza empezó a soñar con una nueva vida al lado de Natalia. Después de unos años, tardó más de lo normal en responder a la última carta. Cuando Salvador había perdido la esperanza de recibir una carta de Natalia, la recibió y se sintió feliz al recibirla. La abrió con ganas de leer su respuesta. Esta vez la carta era más corta de lo habitual y diferente. Parecía que Natalia había cambiado. Natalia siguió escribiéndole, pero sus cartas se iban distanciando en el tiempo y, después de varios años de correspondencia, Natalia dejó de escribirle. Él le escribió varias cartas preguntándole porque no le contestaba. Necesitaba saber si estaba bien, pero no recibía contestación de ella.

Salvador no volvió a tener noticias de ella. Se sentía mal; él había puesto sus sueños y sus esperanzas en ella. Aquel malestar se transformó en ira y odio, y después en preocupación por si le había sucedido algo. No entendía por qué había dejado de escribirle.

Salvador hizo planes pensando en el momento en el que quedaría libre. Quería ir en su búsqueda. Quería buscar a esa chica; le intriga saber qué había sido de ella. Su madre consiguió el dinero necesario para pagar un abogado y demostrar que Salvador no era culpable. El abogado consiguió hacer dudar de los testimonios, de las pruebas y aprovechó el momento en el que se estaban dando varios casos de jóvenes latinos encarcelados injustamente para conseguir llegar a un acuerdo.

Salvador quedó libre con una indemnización para que no hablara del caso y con una nueva identidad para empezar una nueva vida. Salvador aceptó. Solo quería irse de allí y no volver a saber nada de ese asunto. A partir de ese momento, su nombre sería Jairo y su pasado estaría limpio.

Jairo empleó una parte importante de ese dinero en ayudar a que su madre y su hermana regresaran a Uruguay y pudieran tener una vida tranquila al lado de su otra hermana y de los hijos que esta había tenido. Jairo las acompañaría durante unas semanas aunque en su cabeza rondaba la idea de viajar a España para conocer a Natalia.

Jairo habló con su madre mientras la ayudaba a preparar la maleta. Le dijo que necesitaba viajar, conocer sitios. Su madre le preguntó si tenía que ver con aquella chica que se escribía de la que alguna vez le había hablado y que había dejado de recibir cartas de ella. Él cesó por unos segundos de hacer la maleta y le respondió que sí. Su madre le dijo que tenía que tener cuidado. Esa chica tendría una vida y su presencia podía asustarla. No sabía los motivos por los que había dejado de escribirle. Quizás la encontraría casada, con hijos. Podía encontrar a una mujer totalmente diferente de la que él iba a buscar.

—No quiero que tengas problemas —le advirtió—. Quédate aquí con nosotras unos días más. Piénsalo más.

Salvador bajó la mirada al suelo durante unos segundos. Pensó en lo que su madre acaba de decir. Le cogió la mano y la miró.

—No sé lo que me voy a encontrar, mamá; no sé qué vida tiene ahora, pero

si sé que tengo que ir; sé que es muy difícil para ti pero ya tengo los billetes, y si no voy ahora no sé si más adelante reuniré el valor para ir. Es ahora cuando tengo que hacerlo. Te llamaré todas las semanas; estaremos en contacto. Ana ya me ha explicado las redes sociales, cómo estar en contacto, así que sabrás de mí.

—Yo quiero tenerte aquí. Necesito tener a mi familia junta, Salvador, ya estoy mayor. Has sufrido mucho y te vas muy lejos y si pasa algo. Yo...

—Qué te parece si en un año vuelvo pase lo que pase; en un año estaré aquí y me quedaré a vivir aquí. Te lo prometo.

Salvador se despidió de ella haciéndole aquella promesa que iba a cumplir. Abrazó a su madre fuertemente y le dijo que la quería. Su madre salió de la habitación limpiándose las lágrimas con un pañuelo mientras Salvador cerraba la maleta.

Decidió salir en busca de Natalia. Necesitaba conocerla, saber el porqué de su ausencia en esos años. En ese momento, en el autocar se debatía echarle en cara el haberlo abandonado sabiendo que sus cartas eran importantes, las necesitaba para seguir teniendo esperanza y así se lo había dicho en algunas de ellas, pero ahora según pasaban las horas y se acercaba a su destino, no sabía qué hacer. Quizás ella había empezado una nueva vida con otra persona. Quizás no se acordase de él. Quizás Natalia huiría de él nada más presentarse.

El autocar llegó a su destino es de noche. Preguntó al conductor por sitios donde dormir. Salvador llegó enseguida con las indicaciones del conductor. Después de tantas horas de viaje dormiría en una cama.

Se despertó ya entrada la hora de comer. Decidió salir a la ciudad en busca de la calle que tenía en el sobre. Caminó unos metros y se dio cuenta de que no es lo que esperaba. Natalia le había contado en sus cartas que era una ciudad pequeña donde se conocía todo el mundo. Asturias es pequeña; siempre encuentras a alguien que conoce a otro que es hijo de o familiar. Eso es lo que él recordaba y lo que se había imaginado. Pero para él aquella ciudad en la que se encontraba se alejaba mucho de ser pequeña. Ayudado con su móvil y

con la amabilidad de la gente a la que le preguntaba cuando le liaba el GPS, en pocas horas llegó al portal.

Se alejó unos metros. Vio entrar y salir gente, pero desconocía cómo sería Natalia; no tenía fotos de ella, ni una descripción que lo pudiera orientar. Solo tenía su imaginación. Se acercó al portal y, en un momento que entró y salió gente, él entró. Esperó al siguiente viaje del ascensor y con esa excusa pudo mirar los buzones. Buscó el sexto y allí vio unos apellidos que coincidían con los de Natalia, aunque no los nombres. Jairo necesitaba pensar que ella seguía viviendo allí. No había pensado hasta ese momento en que se pudiese haber mudado.

Estaba muy nervioso y quería tranquilizarse. buscó un bar donde poder sentarse y observar aquel portal. Tenía suerte: había varios bares en la calle de enfrente. Cruzó y entró en el que creía que podría observar mejor el portal.

Allí una señora mayor le preguntó si quería algo más con el café y él se dio cuenta de que lleva casi dos días en los que casi no ha comido nada y el hambre ya le está apretando.

—¿Qué me recomienda? Tengo mucha hambre

—Hoy de primero tenemos fabada, que con el día que hace te va a venir de perlas. Dicen que todavía quedan muchos días de frío y lluvia. Y de segundo pescado o carne; lo que tú prefieras.

—¿De dónde eres? No eres de la zona; perdona que me estoy pasando de cotilla, pero me ha llamado la atención tu acento.

—Vengo de Estados Unidos y es la primera vez que estoy aquí. Me han hablado de esta ciudad y quería conocerla. Aunque no he elegido la mejor época. —Salvador se queda callado. No sabe si ha dado demasiados datos y así a la primera pregunta fue un bocazas. No pensó en prepararse un guion algo por si alguien le preguntaba cómo le acababa de pasar.

—Pues para empezar vas a probar la comida. Vas a quedar encantado. Tu acento es raro —le dijo la mujer—. No lo sé, es una mezcla rara.

—Sí, puede ser; estoy muerto de hambre. —Mirando cómo se alejaba la

mujer, se tranquilizó. No quería volverse loco. Tenía que ser un hombre normal. No tenía nada que ocultar. Él ya no era Salvador; era Jairo. Tenía otro nombre y podía tener otra vida.

Miraba por la cristalera del bar viendo pasar gente Natalia podía ser cualquiera de aquellas chicas. «No —se decía—, a Natalia la reconocería si la viese». La señora del bar se sentó enfrente.

—¿Te importa que te haga compañía?

—No —respondió el suavemente.

—Si quieres te puedo hacer una lista con los sitios más bonitos que hay por aquí para que los visites todos y disfrutes de la ciudad y por las noches aquí se juntan muchos chavales a ver el futbol puedes venir y te presento a algunos para que conozcas gente y te lleven de *folixa*.

—¿De *folixa*? —preguntó él y sonrió.

—Sí, quiere decir de fiesta.

—Sí, ya la había escuchado antes, la había leído —se corrigió Jairo—. Y quizás vuelva. Esto está buenísimo. Es lo mejor que he probado en muchísimo tiempo.

—Muchas gracias *fio*, pero tú ya venías con mucha *fame*. Con mucha hambre —le aclaró la señora.

Salvador sacó su mapa y dejó que la mujer le señalase algunos sitios, así hacía tiempo y veía entrar y salir gente. Le pidió un café y mientras contaba los pisos 1, 2, 3, 4, 5,6 ahí es el sexto. Observó las ventanas de aquel edificio. Algunas tenían las persianas echadas y pensaba en si Natalia estaría detrás de algunas de esas ventanas. Estaba tan cerca. Había pasado allí varias horas y pensó que era el momento de irse. Se despidió con un «Quizás vuelva a la hora de la cena». Vio a unas jóvenes que salían del portal al mismo tiempo que él salía del bar y su corazón dio un vuelco. Estaba seguro de que Natalia estaba entre esas jóvenes. Vio sonreír a una de esas chicas y supo que era ella. Pensó que era una locura, pero su corazón no lo engañaba. Al verla sonreír, él sonrió durante unos segundos. Ella estaba feliz, sonriente. Estaba seguro de

que no había pensado en él. Quizás ni se acordaba de él y de sus cartas.

Jairo dio una vuelta por la ciudad. Necesitaba caminar, despejar su cabeza. Acabó en la playa y decidió bajar a la arena y sentarse. Se sentó en la arena; ya estaba en la ciudad de Natalia. Todo era un poco más real; estaba sintiendo la misma arena de la que ella le había hablado tantas veces. Ella solía pasear por ella en cualquier época del año. En sus cartas le había contado que al salir del trabajo a veces iba a leer un rato o a escuchar música. Quizás ella habría estado allí esa mañana o fuera esa tarde. Había leído tantas veces sobre esa playa que le parecía un sitio familiar.

Por la noche volvió al bar. Antes de entrar miró el edificio de Natalia y se sintió un acosador. Aquel no era el sueño que él tenía. La señora lo vio en la puerta y le dijo sonriente que entre.

—Siéntate aquí y ya te sirvo la cena.

—Gracias, es usted muy amable.

Mientras cena, la señora le contó que ya le quedaba poco en aquel bar. Su marido y ella iban a jubilarse y estaban buscando a alguien que se quedara con el bar. Ella lo miró esperando una respuesta.

—¿Me lo está ofreciendo a mí? —le preguntó sorprendido Jairo.

—Sí, no me preguntes por qué, pero creo que vas buscando tu sitio en la vida y quizás sea este. Piénsatelo unos días. Me pareces un buen chaval y aquí solo hay que trabajar mucho, pero tendrás un futuro.

—No se equivoca. Sí estoy buscando mi sitio en este mundo, pero no creo que sea este y menos me veo llevando un bar. No cocino como usted; no sé nada de bares.

—Piénsatelo unos días y ya me dirás algo. La gente que se ha interesado por el bar hasta ahora no me ha gustado mucho. Quiero que se lo quede alguien bueno, y tú lo pareces.

Jairo estaba tumbado en la cama del hotel pensando en el ofrecimiento de la

señora. Sus palabras estaban en su cabeza: «Encontrar su sitio en la vida». Y sí, había llegado hasta allí para eso. Natalia nunca sabría que era él; en esa ciudad podría empezar de nuevo.

Al día siguiente volvió al bar y le comentó a los dueños que quizás estaba interesado en aquel negocio, aunque fuera una locura. La señora le enseñó la parte de atrás: había una pequeña vivienda que ellos habían utilizado cuando eran jóvenes. Luego con los hijos se habían tenido que buscar un piso. Pero a él le podría servir como un pequeño apartamento. Además, si quería, podía cerrarlo porque tenía entrada por el portal y serían independientes. Cuando volvieron al bar, el marido le presentó a otro joven, Andrés. También estaba interesado en hacerse con el bar. Su padre se lo había contado y le parecía muy buena idea.

—Porque no os sirvo unos cafés y habláis; si os animáis, podéis llevarlo entre los dos —les dijo la señora. Los dos se miraron y se sentaron en una mesa.

—Hola, soy Andrés; vivo en este barrio desde que nací. Estoy desempleado, divorciado y soy padre de un niño maravilloso de 4 años. ¿Y tú?

—Soy Jairo, acabo de llegar a esta ciudad y, como habrás notado, no soy de aquí; vengo de Estados Unidos. También estoy desempleado; no tengo pareja ni hijos. Y no sé muy bien que hago aquí. Si estás interesado en el bar te lo puedes quedar; no tengo experiencia y no sé si quiero atarme ahora a un sitio. Ha sido una locura transitoria. —Miró por la ventana a la calle, mirando el trasiego a esas horas de la mañana, pensando solo en Natalia.

Andrés interrumpió sus pensamientos.

—Yo sí tengo mucha experiencia de camarero; he trabajado muchos años en el sector y por eso mi padre, al enterarse ayer de que se iban a jubilar, me lo contó. Este bar está en un buen sitio y tenía clientela fija. Y me vendría bien un

socio. Tengo algo de dinero ahorrado. Podríamos ir a medias. Ya sé que es una locura como dices porque nos acabamos de conocer, pero necesito trabajar ya. Si no, acabaré loco.

—No lo sé, necesito unos días para pensarlo. —Andrés le empezó a hablar de las reformas que podrían hacer, las novedades que podrían poner y sobre todo habría que comprar unas teles grandes, para que la gente fuese a ver el futbol. También le habló de su hermano. Si le parecía bien, lo podían contratar de camarero. Sergio era un buen chaval, pero si no le gustaba no estaba obligado. Era un chaval guapete y extravertido que les llenaría el bar de chavalas. Le contaba Andrés entusiasmado.

—Y el apartamento de atrás —lo interrumpió Jairo—. ¿Qué tienes pensado hacer con él?

—Nada, si lo necesitas, es tuyo. Podemos cerrarlo y llegar a un acuerdo sobre la parte del dinero que nos pidan. Lo podemos consultar con un abogado. Todo lo haremos con abogados para que luego no tengamos malos rollos. ¿Te estoy animando, eh?

—Sí, me estás contagiando tu ilusión. ¿Sabes? Vamos a hacerlo. Es una locura, pero quiero hacerlo. Tengo ganas, muchas ganas de trabajar y no tengo pensado ir a ningún sitio por ahora.

En pocas semanas, Andrés y Jairo tenían todos los papeles firmados y ya habían empezado con las reformas. Las reformas iban a ser más de lo que habían planeado al principio. Querían poner baños nuevos, cambiar el suelo, arreglar el almacén y hacer dentro un pequeño despacho donde llevar todos los papeles del bar. Lo único que Jairo no quería cambiar era el gran ventanal que daba a la calle desde donde podía ver el portal de Natalia. Andrés le había hablado de cerrarlo un poco para crear un poco más de intimidad, pero Jairo lo convenció de que era suficiente con cambiar las cortinas. Se ahorrarían mucho dinero dejándolo así. Podía aprovechar cuando se acercaba

a las mesas del fondo para ver el portal y mirar hacia las ventanas del piso de Natalia. No le gustaba sentirse un acosador, pero le gustaba esa ventana. Jairo se había trasladado al apartamento. Habían decidido cerrarlo y así separarlo del bar. Habían llegado a un acuerdo y Jairo podía disfrutarlo. Aunque todavía estaba en mal estado, había decidido invertir primero en el bar para las reformas y no le preocupaba el estado en el que tenía que vivir, así ahorraría el dinero del hotel. Había estado en sitios peores, se decía, y por las noches iba haciendo pequeños arreglos que no molestaban a los vecinos. Jairo de vez en cuando, aprovechando la excusa de fumar, salía fuera y esperaba volver a ver a aquellas chicas, sobre todo a la que, al verla sonreír, le había dado un vuelco su corazón. Quizás solo habían sido los nervios de estar allí y al verla su corazón se había precipitado.

El día de la inauguración aparecieron aquellas chicas, y su corazón volvió a dar un vuelco al verla. Andrés se acercó y las saludó. Haciendo un gesto con la mano, le indicó a Jairo que se acercara.

—Te presento a unas amigas: esta es Carlota, Natalia y Olivia, y este pequeñín es Nico.

Jairo intentaba mantener la calma mientras las saludaba. Andrés las llevó a una mesa y enseguida les llevó unas bebidas. Jairo la miró desde la barra; se sentía histérico, incapaz de controlarse. Quería pensar que quizás no era ella, quizás todo era una casualidad, pero la miró y supo que era ella. Recordó el nombre de Carlota. Era su prima; no era una casualidad: era ella. Era totalmente diferente a como se la había imaginado. En su mente tenía la idea de una chica frágil, rubia, pelo largo, delgada. «Todo era un cliché —pensaba Jairo influencia— de las películas americanas». Le llamaba la atención su media melena de color rosa. La miraba le quedaba muy bien. Era alta y su cuerpo era perfecto. La veía sonreír y no podía evitar sonreír. Parecía una chica fuerte, segura de sí misma. «Es preciosa», pensaba Jairo. Andrés se le

acercó sin que él se diera cuenta.

—¿Te has enamorado?

—¿Qué?

—¿Que si te has enamorado? No paras de mirar a la mesa de Carlota.

—No, que va, solo estoy sorprendido, nervioso, un poco de todo. Hay mucha gente y solo quiero que todo salga bien.

—Todo va a salir bien, estoy seguro. Pero por si te interesa alguna, creo que están las tres solteras, pero... —Andrés dudó unos segundos.

—¿Qué pasa? ¿Te gusta alguna? —La respuesta de Andrés se hacía esperar, y Jairo solo pensaba en que no dijera el nombre de Natalia.

—Sí, bueno no sé. Tuve una media historia, tampoco sé si se puede llamar así, con Carlota. Pero fue hace mucho. No sé si ella se acordará.

—Entonces Carlota está vetada. —Sonrió Jairo

—Sí —susurro tímidamente—, pero bueno, te quedan dos, y Natalia es muy buena niña.

—¿Os conocéis mucho?

—Aquí nos conocemos todos. Esto es muy pequeño. —Andrés fue a recibir a otros amigos que acababan de entrar.

Jairo siguió atendiendo a la gente que se acercaba a la barra y mirando a Natalia siempre que tenía oportunidad.

Natalia se sentía incómoda. Notaba como el socio de Andrés no paraba de mirarla y no sabía por qué, pero eso hacía que se sintiera muy nerviosa. Ella lo miraba y, cuando sus miradas se cruzaban, Jairo la apartaba rápidamente. Se daba la vuelta para coger algo o desaparecía rápidamente y se escondía en la cocina. Natalia decidió irse antes. Estaba cansada y tenía que madrugar. Se escabulló entre la gente para no despedirse de Andrés ni de su socio. Ya en su casa, Natalia no puede dejar de pensar en aquel chico. Tenía la sensación de conocerlo, de que era alguien familiar, pero no era así. Carlota le había contado que había llegado a Gijón por casualidad. Venía de fuera. No le había dado más datos. Carlota solo hablaba de Andrés y de la ilusión que le hacía el

tenerlo tan cerca ahora. Natalia se durmió pensando en él, en su mirada, en la sensación cuando se le había acercado a dar dos besos. Parecía nervioso. Quizás era por la inauguración del bar. Era raro lo que había sentido. Normalmente, era ella la que se ponía más nerviosa cuando conocía a alguien nuevo.

Natalia volvió al bar varias veces durante aquella semana. Jairo siempre busca una excusa para no atenderla. Siempre se mostraba distante y, cuando lo descubría mirándola rápidamente apartaba la mirada una vez tras otra. Natalia se sentía incómoda. Estaba segura de que le caía mal. No encontraba otro motivo. Siempre se repetía que no volvería, pero siempre volvía porque Carlota estaba enamorada de Andrés y siempre le pedía que la acompañara o que la esperara allí y, por ese momento, se sentía atada. Quería ayudar a su prima en sus encuentros casuales, como ella les decía. Una tarde que estaba esperando a Carlota, se lo comentó a Andrés.

—Te puedo hacer una pregunta —le dijo casi susurrando.

—Sí, claro, ¿qué pasa?

—No te rías de mí, vale, y tampoco pienses que soy una creída. No, mejor déjalo, olvídalo —dudó Natalia.

—¿Qué pasa? Puedes preguntarme lo que quieras, suéltalo no será tan raro.

—Es sobre Jairo. ¿Le caigo mal?

—No porque le vas a caer mal si apenas os conocéis, apenas lleva aquí tres meses. No ha tenido tiempo de que nadie le caiga mal.

—Ya lo sé, pero parece que me mira mal, que no le gusta que entre al bar. Siempre desaparece cuando estoy y, aunque tú estés ocupado y él no esté haciendo nada, siempre espera a que vengas tú a atenderme.

—No sé, nunca me había fijado en nada de eso. Las tías os fijáis en unas cosas, ¡¡madre mía!! —le dijo riéndose—. A lo mejor es que, como sabe que somos amigos, deja que os atienda yo, pero ya me fijaré más en eso.

—No le digas nada, por favor,

—Tranquila esto queda entre nosotros. —Nico entró corriendo y se tiró a los brazos de Natalia. Andrés se fue a traerles unas bebidas. En la barra estaba Jairo sonriendo ante la tierna imagen de Natalia y Nico. Andrés la miró y sonrió. Quizás lo que ella había pensado no tenía nada que ver con la realidad. Jairo podía estar enamorado de Natalia. Andrés se acercó a Jairo.

—¿Todo bien? —le preguntó sonriendo.

—Sí, claro. ¿Por qué me lo preguntas? —Jairo los había visto hablando y vio cómo Andrés lo miraba de reojo durante la conversación. Sabe que habían estado hablando de él y eso lo ponía nervioso.

—Nada, cosas mías. Voy a llevar esto a la mesa. —Jairo se fue a la cocina. Se había puesto muy nervioso en apenas unos minutos. «¿De qué habrán hablado?», se preguntaba.

Al día siguiente Natalia volvió al bar; había un gran partido de fútbol y Andrés las había invitado a verlo allí. Iban a hacer una fiesta. Nicolás pasaría el fin de semana con sus abuelos y tenían la noche libre, por lo que Carlota decidió arreglarse para ir al bar. Quería que esa noche pasara algo con Andrés. Ya llevaban muchas semanas tonteando y se conocían de siempre. Estaba segura de que él sentía lo mismo por ella y sería un gran padre para Nicolás. Andrés las recibió y las piropeó. No podía evitar piroppear a Carlota. Aquella noche estaba espectacular. Enseguida les acercó las bebidas y algo de lo que tenían preparado para picar esa noche. Bromeó con que se quedaría a ver el partido con ellas; no quería dejarlas solas, mientras le rozaba la mano a Carlota. Ella sonrió. Lo tenía seguro: Andrés sentía lo mismo por ella. Y cuando Andrés se alejó, todas sonrieron y comentaron los piropos y los gestos de Andrés. Carlota estaba feliz. Natalia fue al baño pensando en lo feliz que estaba Carlota. Cuando volvió, vio en un lado de la barra unos sobres con unas direcciones. Jairo, al verla, cogió los sobres y los guardó rápidamente. El

corazón de Natalia dio un vuelco. Esa letra le resultaba conocida. Volvió a su mesa y buscó con la mirada a Jairo. Ya no lo vio por ningún sitio. Estaba confundida. No sabía si esa sensación la había producido esas letras o la actitud de Jairo al cogerlos tan rápido. No pudo dejar de pensar en esos sobres y en sus letras. Eran tan familiares; le sonaban tanto, pero no sabía de dónde. Quizás lo había visto antes por el bar, pensó Natalia y la reacción de Jairo le pareció tan exagerada. No podía dejar de pensar en que le caía mal, aquellos sobres parecían vacíos. No creía que hubiese nada de valor en ellos y él sabía que era amiga de Andrés. No iba a robarles.

Al llegar la noche Natalia no pudo dormir dio vueltas en la cama, se levanta y va hasta la ventana. Allí vio a Jairo y a Sergio hablando mientras Andrés bajaba la persiana. Jairo se giró, y Natalia se apartó asustada de la ventana. Sabía que no la había visto, pero el miedo a sentirse descubierta había hecho que su corazón latiera más fuerte. Se sentó en la cama y decidió abrir una vieja caja donde guardaba todas sus cartas de juventud. Le gustaba mantener correspondencia con jóvenes de otros lugares y, después de tantos años, todavía las mantenía. Todavía varios eran amigos de Facebook y seguían en contacto. Fue sacando y mirando los sobres. Allí encontró las de Salvador, un joven uruguayo preso en una cárcel de Estados Unidos. Miró la fecha. Habían pasado tres años desde que había recibido su última carta. Era una locura pensar que podía ser él, pero la caligrafía era muy parecida o eso le parecía a ella a estas horas de la noche. Y él venía de Estados Unidos. Natalia fantaseó aquella noche con él, con la idea de que ese hombre hubiese cruzado el mundo solo por ella. No se parecía a como ella se lo había imaginado. Jairo era rubio, ojos claros, alto y muy delgado. Ella se lo había imaginado más bajo, con la piel más oscura. Todo lo contrario, se decía ella. Quizás esa podía ser su gran historia de amor que llevaba tanto esperando.

Jairo miró las ventanas del sexto, creía haber visto que se movía una cortina,

pero quizás eran alucinaciones. Ya era muy tarde y estaba cansado. Se despidió de Andrés y de Sergio. Estaba deseando irse a dormir. El también dio vueltas en la cama pensando en Natalia, en cómo había mirado los sobres y en el abalanzándose sobre ellos. Se había asustado y no lo había podido evitar. «Natalia», repetía su nombre susurrándolo. Parecía feliz. No le había pasado nada malo que le hubiese evitado escribirle. Seguía viviendo en el mismo sitio y sabía que Nico era hijo de su prima Carlota, no de ella. Las dos se veían bien. Decidió que al día siguiente le preguntaría algo a Sergio sobre ella. Tenía que averiguar algo de su pasado. Algo que le hubiese ocurrido para dejar de escribirle.

Después de varios días sin ver a Natalia por el bar, encontró la oportunidad perfecta para interesarse por ella cuando Carlota estaba en la barra, esperando que llegara Andrés. Carlota le contó que estaba muy liada en el trabajo y que llegaba y se metía en la cama. Era camarera de pisos en un hotel que estaba bastante lejos de la casa. Pero estaba a gusto en el trabajo, así que no lo iba a dejar y tampoco se iba a mudar porque vivían en la casa de sus padres, que hacía tiempo que se habían mudado al pueblo y les habían dejado aquel piso a las dos, para que viviesen, aclaro Carlota. No era que me lo fueran a regalar.

—Mis padres son muy agarrados para eso y todavía están enfadados conmigo por haberme quedado embarazad. Aunque adoran a Nico, yo no les caigo tan bien. —Jairo aprovechó que hablaba de sus padres para preguntarle por los de Natalia. Sabía que Natalia había tenido una infancia difícil por sus cartas, pero necesitaba saber si había cambiado algo.

—¿Los padres de Natalia también viven aquí? ¿O viven en el pueblo con los tuyos? —dudó de si Carlota podría darse cuenta de su interés por Natalia al quedarse callada unos segundos, algo raro en ella.

—No, pobre Natalia. Ella no sabe nada de su padre. La abandonó a ella y a su madre cuando apenas era un bebe, y su madre, al abandonarlas, tampoco quería hacerse cargo de ella, así que se pasó la infancia de un internado para otro. Eso era lo único que ha hecho su madre por ella: pagarle un internado,

tampoco uno caro, no te vayas a creer. Yo no la he visto nunca. Sé de ella por lo poco que me cuenta mi padre: que ellos tuvieron una infancia difícil, que él cuidó siempre de su hermana lo mejor que pudo porque sus padres murieron cuando eran adolescentes, pero que enseguida mi tía quiso hacer su vida y que Natalia le molestaba porque la había tenido muy joven. Cuando yo nací, mis padres decidieron acogerla. Querían que tuviera una hermana ya que mi madre había sufrido mucho en mi embarazo y no quería tener más hijos y llego a mi casa cuando yo tenía tres años y ella siete. Y no se equivocaron. Natalia era la mejor hermana que he podido tener. Me apoyo durante mi embarazo y en el resto de las cosas. He sido un poco cabra loca. Mis padres la echaron de casa porque le echaban la culpa de no haberme cuidado y se tuvo que buscar la vida. Aun así, siempre estuvo pendiente de mí y ahora de Nico. Y cuando mis padres decidieron mudarse al pueblo, le pedí que se viniera conmigo, y desde entonces me ha ayudado a criar a Nico.

—Nico es un niño muy majo; no te puedes quejar, has tenido mucha suerte.

—Sí, lo sé pero, si no hubiera sido por la ayuda de Natalia, no sé qué hubiera sido de nosotros. Mis padres no nos ayudan económicamente. Dicen que ya tenemos bastante con que nos dejen vivir gratis en el piso

—¿Y el padre de Nico? Perdona creo que me he pasado

—El padre de Nico no existe prefiero que no se sepa nada de él, no es un buen hombre.

—¿De qué habláis que os veo tan entretenidos? —les preguntó Andrés.

—De la vida —le respondió Carlota—. Te estaba esperando para ir a ver esos cursos de cocina. A lo mejor me animo a aprender a cocinar y luego me tenéis que contratar aquí. —Carlota cogió su bolso. Se despidió de Jairo diciéndole que ya seguirían otro día hablando de la vida y se fue con Andrés. Había decidido volver a estudiar y Andrés la iba a acompañar a informarse sobre cursos de cocina. Carlota estaba segura de que esa era la excusa perfecta para pasar más tiempo con Andrés. Él también le había hablado de esos cursos. Estaba interesado en formarse para poder aportar más al bar.

Cuando ellos se fueron, entró un grupo de amigas. Una de ellas se acercó varias veces a la barra para ir pidiéndole bebidas, pinchos, servilletas. Cualquier excusa era buena para hablar con él. Antes de irse, se presentó. Se llamaba Leticia y volvería más veces por allí. Trabajaba en unas oficinas cercanas y le había gustado mucho su bar. Durante unos minutos, Jairo se olvidó de Natalia y se sintió vivo al estar allí coqueteando con Leticia, sin preocupaciones, sin malos rollos. Leticia, como le dijo, volvería durante varios días y noches. Una de aquellas noches Leticia apareció casi a la hora de cerrar. Jairo se quedaría con ella, les dijo a Sergio y a Andrés, que ya cerrarían él. Jairo pasó la noche bebiendo con Leticia. Por momentos pensó en si ella fuese Natalia. La besó y Leticia le correspondió. Jairo cerró el bar y acabaron la noche en su apartamento. Jairo se levantó a la mañana siguiente y vio a Leticia saliendo de la ducha. No sabía qué hacer. Había metido la pata. No quería que Natalia se enterara, aunque no fueran nada. Pensó que la decepcionara. Leticia se despidió con un suave beso en los labios y un «Ya nos veremos». Y Jairo solo acertó a despedirse.

Natalia seguía sin volver al bar. Cuando llegó del trabajo releía las cartas de Salvador. Le había hablado de sus padres, de sus hermanos, de lo que le gustaba, de lo que odiaba. Si aquel hombre era Salvador, tenía toda su vida en aquellas cartas. No sabía muy bien qué era lo que sentía, si era miedo o prudencia, por lo que no había vuelto al bar. Dudaba de si se estaba volviendo loca. ¿Por qué aquel hombre sería Salvador?, se preguntaba. ¿Por qué iría a buscarla? Pero Carlota y Olivia ya le habían insistido en que las acompañara, que tenía que despejarse y salir, y no podía seguir poniendo excusas.

Una tarde después de ir al cine decidieron tomar algo en el bar y ella no pudo negarse. Al entrar vio a Jairo tonteando con Leticia. Natalia se sentía celosa y solo pensaba en irse de allí. Pero tenía que controlarse; no tenía por qué sentir eso. No eran nada. No se conocían de nada, se repetía. Se sentaron

en una mesa y enseguida Sergio las atendió. Jairo la miró desde la barra y ella le apartó la mirada. Jairo sentía que ella había cambiado. Era la primera vez que ella le apartaba la mirada. Miró a Leticia. Quizás estaba celosa. «Es una locura», pensó Jairo, pero no pudo evitar fantasear con esa idea. Se apartó de Leticia disculpándose con que tenía que ir al almacén. Una vez allí apoyado en la puerta para que nadie entrara, Jairo pensó en Natalia y en lo que está haciendo con Leticia. Se había olvidado de Natalia. Todo era tan fácil al lado de Leticia, tan divertido. Leticia era como había soñado que sería Natalia. Y a Natalia quizás no la amaba, quizás no la necesitaba tanto. Era tan difícil acercarse a ella. Todo era confuso en su cabeza. Leticia en apenas unos días le había dado lo que había deseado encontrar en Natalia, pero no estaba enamorado de ella, o sí; no podía recordar que se sentía al estar enamorado. O quizás había confundido todo con la obsesión de buscar a Natalia. Leticia era diversión y «Natalia, Natalia, Natalia». Se repetía qué podía esperar de ella, cómo acercarse a ella.

Natalia decidió irse cuando vio que Jairo desaparecía. No entendía nada de lo que pasaba. Si él era Salvador, ¿qué hace ahí?, ¿por qué estaba con otra mujer? Quizás esperaba que fuera diferente, más guapa, más delgada, más alta y al conocerla se había desilusionado, y por eso no le había dicho nada. Se miró en el espejo de la habitación. Se sentía insegura. Quizás su color de pelo no era un color que atrajera a los chicos. Quizás había pensado que estaba loca, pero a ella le gustaba y su cuerpo estaba bien. Siempre se había sentido cómoda. Sabía que no tenía 36 como la chica que hablaba con él, pero se sentía muy bien en su 42. Solo pensaba en desenmascararlo. En ese momento solo quería estar segura de que él era Salvador, confirmar que no estaba loca.

Dentro de unos días era el cumpleaños de Andrés, y Carlota quería hablar con Jairo y con Sergio para que lo llevaran a casa y ahí darle una fiesta sorpresa. Natalia se ofreció a hablar con Jairo y a encargarse de la cena.

Carlota se lo agradeció. Sabía que la cocina no se le daba nada bien. Ella se encargaría de las compras para que no le faltara nada, de limpiar y decorar la casa. Natalia decidió bajar esa tarde al bar. Sabía que había unas horas en la que estaba vacío y que Jairo se quedaba solo. Había estado espiándolo varios días y quería quitarse ya ese peso de encima. No quería seguir dándole vueltas a todo.

Al entrar se sentó en la barra, un lugar seguro para Jairo, del que nunca salía cuando ella estaba en el bar. Le pidió una cerveza. Cuando se acercó, Natalia lo miró a los ojos.

—Puedo hablar contigo unos minutos. —Los dos temblaron a la vez.

—Sí, dime. —Cogió un trapo de debajo de la barra para hacer que limpiaba y ocultar su nerviosismo.

—No voy a quitarte mucho tiempo que sé que tienes cosas que hacer. En cuatro días es el cumpleaños de Andrés, el 15, y Carlota quería hacerle una pequeña fiesta en nuestra casa. Sería el día que cerráis por descanso, que él no se lo esperará porque es el día después de su cumpleaños y, si no le decimos nada, pensará que nos hemos olvidado. Y tú y Sergio sois los encargados de llevarlo a la fiesta, si te parece bien, claro. Se lo tienes que decir a Sergio, que no sabe nada.

—Vale, podéis contar conmigo; yo lo llevaré a la fiesta. ¿A qué hora?

—A las ocho estará bien. Solo tenéis que inventaros algo para llevarlo o venderle los ojos, no sé. Háblalo con Sergio. Ya no te quito más tiempo, hasta luego. —Natalia tenía ganas de salir del bar. El tenerlo tan cerca mirándola tan fijamente la había puesto más nerviosa de lo que esperaba antes de entrar.

—Natalia —la llamó antes de que saliese por la puerta—. Aquí me tienes para lo que necesites. Tú nunca me quitarás tiempo. —Los dos se miraron en silencio y Natalia salió de allí sintiendo que su cara estaba ardiendo a pesar de todo el maquillaje que se había puesto para poder hablar con él sin preocuparse de ponerse roja al hacerlo. Era la primera vez que habían hablado tanto. Jairo le hacía gestos para saludarla y apenas había escuchado su voz,

esa voz que la había traspasado. Jairo se quedó mirando cómo desaparecía en la calle. Se arrepentía de haberle dicho esas palabras. Había metido la pata hasta el fondo. Ella pensaría que estaba loco al decirle algo así. Por lo menos sabía que no estaba enfadada con él después de verlo con Leticia. Había estado amable, dulce, pensaba él, y feliz hablando de la fiesta de Andrés. Era perfecta.

Todo estaba preparado para la fiesta de Andrés. Natalia llevaba horas en la cocina preparando el menú que había elaborado después de leer las cartas de Salvador. De primero tenía ya una crema. Salvador odiaba las cremas, los purés, todo lo que tuviese una consistencia parecida. Le recordaba a la época en la que su abuelo materno estaba enfermo y solo comía purés. Lo recordaba con el puré cayéndole por los labios y eso le producía mucho rechazo. Y de segundo: pescado. Había elegido uno con pocas espinas, para que Nico lo comiera sin miedos, pero era pescado y él también lo odiaba. Le había contado que de pequeño se había tragado una espina y que lo había pasado muy mal, así que él era un carnívoro total. Nada de pescados. A ratos se sentía mal por preparar ese menú, pero sabía que a todos los demás les iba a gustar, así que se le pasaba la culpabilidad. En lo único que iba a tener clemencia era en el postre. Había buscado recetas típicas de Uruguay de las que él le había hablado en alguna carta y había encontrado varias, entre ellas una tarta de la que le había hablado, una tarta *chaja*. La iba a hacer como tarta de cumpleaños y varios postres típicos.

Ya eran las ocho y diez. Ellas estaban en casa esperando la llegada de Andrés y del resto. Natalia se había arreglado esa noche. Carlota la había maquillado y decidió ponerse un vestido que tenía sin estrenar. Carlota estaba nerviosa. No quería llamarlos y no dejaba de mirar el reloj y de retocarse el maquillaje. Quería estar perfecta para Andrés. En diez minutos más llamaron al timbre. Carlota abrió impaciente. Allí estaban: Sergio, Andrés, Jairo, Leticia y Carmen, una amiga de Leticia. Sorprendida, los invito a entrar. Andrés la piropeo nada más verla. Y al entrar vio el salón decorado y una

pancarta de «Feliz cumpleaños, Andrés».

—Me parece que no venimos a arreglar un grifo —le dijo a Sergio. Todos rieron.

—¿Un grifo? —preguntó Carlota.

—Sí, me dijo Sergio al salir del cine que le habías mandado un WhatsApp que se había estropeado un grifo y que no sabías que hacer, y Leticia y la amiga nos trajeron. Nos encontramos con ellas a la salida del centro comercial. —Carlota las miró no soportaba a esa Leticia y menos a esa amiga.

—Muchas gracias, Carlota; Andrés la abrazó y Carlota se olvidó de todo. Natalia salió de la cocina acompañada de Nico. Llevaban unas bandejas de entremeses para poner en la mesa. Vio a Leticia y a Carmen hablando con Jairo. Apenas lo colocó la mesa se fue a la cocina cuando Andrés la llamó para abrazarla. Jairo se giró.

—Muchas gracias, Natalia, y a ti también, Nico.

—Dale las gracias a Carlota. Ella es la que lo ha organizado todo —le dijo bajito al oído. Andrés se acercó a Carlota y la volvió a abrazar.

—Estoy súper feliz, Carlota, muchas gracias.

Leticia se acercó a Natalia y a Carlota.

—Perdona que nos hayamos acoplado. No sabíamos que era una fiesta. Nos encontramos en el centro comercial y, como nos dijeron que tenían prisa, pues les acercamos. Y pensábamos en ir luego a tomar algo, si queréis nos podemos ir.

—No, tranquilas, hay comida para todos. Podéis quedaros —le respondió Natalia mientras miraba a Jairo que estaba a su lado. Él no sabía qué decir. Solo podía mirarla embobado. Estaba muy guapa. Se había arreglado para esa noche.

—Gracias —le respondió Leticia. Olivia entró por la puerta—. Lo siento, llego tarde: me entretuve en clase.

—Llegas bien, deja las cosas en la habitación y ven. La cena ya está.

Natalia decidió cambiarle el sitio en la mesa a Leticia y que ella se sentara

al lado de Jairo. Natalia se sentaría al lado de Olivia. Enseguida empezó a servir la cena. Quería acabar cuanto antes. No soportaba ver a aquella mujer al lado de Jairo todo el rato cuchicheando y tocándolo. Jairo se sentía incómodo. No creía que Leticia y su amiga subirían hasta el piso y menos que se quedarían a la cena. Pero Natalia las había invitado y ahora intentaba poner un poco de distancia entre ellos. No era la noche que Jairo había soñado. Confiaba en encontrar un momento a solas para acercarse a Natalia y hablar. Jairo se sorprendió al ver la crema que había de primero; lo sentía, pero no le gustaban las cremas. Él seguiría comiendo aquellos entremeses, se disculpó. Los demás disfrutaron de aquel primer plato. El segundo plato volvió a sorprenderlo: pescado. Y miró a Natalia, que le había estado evitando la mirada toda la noche. Volvió a disculparse. No podía con el pescado. Carlota se ofreció a hacerle otra cosa. Le ofreció los restos de una lasaña del día anterior y él lo aceptó con ganas. Todos disfrutaban de la cena. Jairo miraba a Natalia. Natalia intentaba concentrarse en los otros invitados y no mirar a Jairo. Pero él la buscaba constantemente con la mirada. Había algo raro en la cena.

Antes de la tarta, Jairo le preguntó a Olivia dónde estaba el baño y ella le indicó donde estaba. De camino al baño vio las puertas de las habitaciones entreabiertas. Miró hacia atrás y vio que nadie lo veía. Fue abriéndolas un poco hasta encontrar la de Natalia. Esperaba encontrar algún detalle que le hiciese saber cuál era su habitación. Dudó unos segundos si entrar. Volvió a mirar hacia atrás no había nadie todos seguían en el salón. Entró. Estaba seguro de que esa la habitación de Natalia y vio sobre una estantería un cuadro. Era un dibujo que él le había mandado a Natalia. Era un castillo sobre unas nubes. Natalia en sus cartas le hablaba mucho de que siempre estaba construyendo castillos en el aire y que al final nada salía como ella soñaba y que tendría que madurar y dejar de hacerlo, centrarse solo en su realidad y tratar de sobrellevarla. Salvador le respondía en sus cartas que era muy joven para dejar de soñar, nunca había que dejar de soñar. Él estaba allí encerrado y

también construía castillos sobre el aire.

—¿Te has perdido? —le preguntó Natalia.

—No, perdona, lo siento. —Jairo se dio la vuelta y vio a Natalia en la puerta con Nico y unos regalos para Andrés—. Lo siento volvió a repetir.

—¿No has encontrado el baño? —le preguntó Natalia.

—No.

—Yo te acompaño —le dijo Nico.

Jairo salió de allí avergonzado sin poder mirar a Natalia. Natalia se quedó en la puerta y, cuando él entró en el baño, ella entró en su habitación. Miró hacia donde él estaba mirando y lo vio. Allí estaba aquel dibujo que le había mandado por su cumpleaños hacía muchísimo tiempo. Ya no tenía dudas: era él. Volvió al salón con los regalos. Sacó los postres y luego la tarta. Andrés estaba feliz. Solo le faltaba su hijo para que aquella noche fuera la mejor de su vida. Jairo vio los postres que había preparado Natalia. Sin duda sabía que era él, le había hablado en sus cartas de todo eso y esos postres era lo que más le gustaba del mundo. Sabían mejor los de su madre. Sonreía mientras los probaba, pero estaban buenísimos. Le recordaban a su hogar y le confirmaban que ella sabía quién era.

Sergio decidió que era la hora de irse les invito a tomar algo pero Natalia lo dejó para otro día y, Andrés se ofreció a recoger la mesa. Natalia se lo agradeció. Ella tenía que madrugar y así ayudaría a Carlota. Se despidió de todos y desapareció con Nico en brazos, que se había quedado dormido en el sofá. Los demás se fueron a tomar algo, así los dejaban solos. Jairo se disculpó en el portal:

—Me voy para casa. Estoy muy cansado. —Leticia se ofreció a acompañarle, pero él le dijo que no. Estaba muy cansado y quería estar solo. Le prometió que saldrían pronto a cenar juntos.

Jairo pensaba en esa noche, quizás todo había sido casualidad. Sabía que Andrés estaba loco por el pescado. Pasaba los veranos con sus abuelos en un pueblo pesquero, y lo que su abuelo y él pescaban su abuela lo cocinaba.

Sergio y él eran los niños más felices en aquellos veranos. Todo había salido mal aquella noche. En su cabeza él se había imaginado junto a Natalia, sentados juntos cenando, conociéndose más, ofreciéndose él a ayudarla a recoger la mesa. «Una historia, te has inventado una historia», se repetía. Y después pensaba en Leticia. Tenía que acabar con ella. No podía seguir así si quería tener algo con Natalia. Leticia solo había sido una distracción. Se arrepentía de haber caído. Le iba a hacer daño y ella no se lo merecía.

Carlota y Andrés se pasaron la noche hablando, riendo y esperando el momento oportuno para el beso que los dos estaban deseando. Carlota llevaba esperando ese beso desde que iba al instituto. Allí había sido donde se había enamorado de él desde la primera vez que lo había visto sonreír con su dentadura perfecta después de que le hubiesen quitado el aparato. Llevaba el pelo largo y negro, algo que no había cambiado con los años. En ese momento, lucía una barba que lo hacía todavía más atractivo, pensaba Carlota. Sus ojos marrones mirándola fijamente le hacían temblar todo el cuerpo. Sus manos cuando la rozaban en el bar le confirmaba roce tras roce que seguía enamorada de él como la primera vez. Andrés era unos años mayor que ella, pero coincidían en la entrada al instituto, en los recreos, en las salidas. Cuando él se acercaba a Sergio y entonces hablaba con ella, siempre era tan amable que Carlota dudaba muchas veces si él podía sentir algo por ella o solo era que Andrés era amable y divertido porque ella era muy amiga de Sergio. Carlota se había hecho muy amiga de Sergio para poder ver a Andrés más a menudo, aunque eso solo le había servido para ver la realidad. Andrés no le hacía mucho caso. Él estaba enamorado de su novia y para el Carlota solo era la amiga de su hermano pequeño y pensaba que terminarían siendo novios, ya que siempre estaban juntos. Una noche de fiesta, Carlota vio a Andrés solo y bebiendo mucho, así que decidió que esa era su oportunidad. Le daba igual que tuviese novia. Deseaba estar con él. Se acercó y hablaron y en uno de esos

momentos, que para ella estaban siendo mágicos, le confesó lo que sentía por él. Andrés la miró y la abrazó. Mientras que le decía que era una chica muy especial para él, que no quería hacerle daño, pero que lo suyo no podría ser. Su novia, Cris, estaba embarazada. Se lo había dicho esa tarde. Él estaba allí pensando en cómo sería su vida a partir de ese momento y qué era lo que tendría que hacer para ser un buen padre. Andrés la acompañó a casa. Sabía que le había roto el corazón y no quería dejarla sola. Le pidió que eso no rompiera su amistad con Sergio. Y ella le dijo que nada cambiaría. Carlota no volvió a ver a Sergio después de eso. Siempre decía que estaba muy ocupada y poco a poco su amistad se fue enfriando. Se sentía avergonzada. Carlota empezó a frecuentar otras amistades. Al año, ella se quedó embarazada de un chico de su nueva pandilla. Siempre les había dicho a sus padres que no sabía quién la había dejado embarazada, que no se acordaba, pero si se acordaba. Solo quería protegerse de aquel chico. Lo conocía y ahora que estaba embarazada era mejor no volver a verlo y apartarlo de sus vidas. Sabía que acabaría mal y se alegraba de haberse alejado a tiempo y verlo todo desde otra perspectiva con el embarazo.

Aquella noche recordaron aquel momento. Carlota se puso roja cuando Andrés empezó a hablar de este.

—Si todo hubiera sido distinto aquella noche, pero no fue nuestro momento.

—Las cosas sucedieron así; no hay que darle más vueltas, tú tienes un hijo maravilloso y yo tengo otro, todo salió bien.

—Sí, te veo y recuerdo tu cara en cada segundo de aquella noche, me sentí tan mal, nunca te pedí perdón, sé que luego todo fue mal...

—Fue distinto, pero nada fue culpa tuya —lo interrumpió Carlota.

—Ahora puedo cambiar las cosas, hacer que suceda lo que tendríamos que haber vivido aquella noche. —Andrés la miró le acarició el rostro suavemente. Le apartó su larga melena que esa noche llevaba con unas ondas suaves que le caían sobre el pecho.

—Sí —le respondió suavemente Carlota y por fin llegó aquel beso con el

que había estado soñando desde que era una adolescente. Andrés la acercó hacia su cuerpo y Carlota se separó.

—Hoy no es el momento. Nico está en la habitación de al lado.

—Vale —le susurro Andrés mientras la volvió a besar—. Esperaremos el momento adecuado. Espero que sea pronto. —Los dos se rieron. Carlota lo besó y se acercó más a él, y Andrés la rodeó con sus brazos.

A los pocos días, Natalia volvió al bar. Carlota y Olivia le habían insistido. Se iba a celebrar un concierto y Nico también quería ir. No tenía excusa para quedarse en casa. Jairo sonrió al verla aparecer. Enseguida les hizo un hueco en la barra. Se disculpó porque las mesas estaban llenas. Habían llegado tarde para encontrar una mesa. Andrés saludó a Carlota con un beso en los labios. Y Carlota se puso roja. Se sentía una adolescente cuando su novio le da el primer beso delante de las amigas. Buscó a Nico con la mirada. Todavía no le había explicado que ellos eran pareja o que lo serían, pero él estaba hablando con una niña que conocía del colegio y no ha visto la escena. No sabía cómo reaccionaría cuando se enterara de su relación con Andrés. Nico nunca la había visto con ningún hombre, ni a ella ni a Natalia, así que dudaba de cómo contárselo. Confiaba en Andrés y sabe que no va a desaparecer de sus vidas, pero aun así la incertidumbre pudo con ella. Andrés le acarició el brazo.

—En cuanto quede una mesa libre es vuestra —le dijo al oído. Jairo les puso las cervezas. Comentaban lo lleno que estaba el local. Jairo y Natalia se miraron. Él se acercó un poco a ella—. Me gustaría hablar contigo si tienes un rato.

—Después del concierto —acertó a decir ella—, si te parece bien.

Aquel momento fue interrumpido por Leticia que se subió a la barra para besar a Jairo empujando levemente a Natalia.

—Perdona no te había visto —Leticia se disculpó con Natalia.

Natalia buscó desde la barra alguna mesa libre, pero no había ninguna. El

cantante ya estaba encima del pequeño escenario y aquello iba a empezar. Tenía a Leticia y a unas amigas detrás hablando y riendo, y ella se sentía más incómoda cada minuto que pasaba. No podía irse Carlota y Olivia se enfadarían con ella, y Nico estaba bailando; no podía utilizar como excusa que estuviera cansado. Decidió ir al baño allí tendrá unos minutos para tranquilizarse. Después de esquivar gente, llegó al baño. Solo tenía ganas de llorar. Se ha sentido humillada con aquel leve empujón. Sentía que lo había hecho aposta; no estaba loca y esas risitas... quizás si estaba loca. Aquella situación la había desbordado. Nunca había imaginado que cuando volviese a ver a Jairo sería así. Después de unos minutos, Natalia salió convencida de que les diría que se sentía mal y se iría a casa. No tenía por qué estar allí pasando un mal rato.

—Espera —le susurro Jairo mientras la agarraba por el brazo—. ¿Podemos hablar?

—Me voy a casa, Jairo, me encuentro mal y no quiero hablar.

—Solo unos minutos. Si te dejas ir, no sé cuándo volverás por aquí.

—Unos minutos —Jairo la llevo al almacén—. Entraron y cerró con llave.

—No tiene buena pinta esta situación.

—Es para que no nos molesten. No estés incomoda; toma la llave.

—No la necesito. Estoy incomoda, así que habla rápido. —Jairo la miraba.

—Me siento estúpido, Natalia, pero tengo que preguntártelo: ¿sabes quién soy? —Natalia le sostuvo la mirada.

—Si me lo preguntas así es que ya sabes la respuesta, si no, no te atreverías. Tú sabes quién soy yo y yo sé quién eres tú. —Los dos se miraron. Jairo sentía que la mirada de Natalia le desnudaba el alma. De repente, era otra vez Salvador en aquella cárcel esperando las cartas de Natalia.

—¿Me abres la puerta? Me quiero ir de aquí. Estarán preocupadas por mi ausencia. Esto es una estupidez. —Jairo se acercó a la puerta y abrió la cerradura—. Puedes estar tranquilo: nunca se lo he dicho a nadie y así va a seguir siendo.

Natalia agarró el pomo de la puerta para salir. Dudó unos minutos. Había tanto que le gustaría saber de él, pero ese no era el momento. Natalia salió del almacén y Leticia la vio. Se cruzaron en el pasillo. Leticia quería confirmar sus sospechas y vio allí en el almacén de pie a Jairo. Y enseguida le pidió explicaciones. A gritos le preguntó qué hacía allí con aquella mujer. Jairo le pidió que se fuera. No había pasado nada y no era el momento para hacer un escándalo. Leticia salió de allí cabreada en busca de Natalia. Jairo salió detrás de ella; tenía miedo de lo que podía pasar, pero Natalia ya se había ido. Jairo la frenó cuando se iba a encarar con Carlota y con Olivia. La cogió por el brazo y le pidió que se tranquilizara. Solo habían estado hablando, nada más.

Leticia lo besó y él se apartó.

—No te entiendo —Leticia le dijo.

—Sigue viendo el concierto y luego hablamos.

—No tengo nada de qué hablar, Jairo. Te creo si dices que no ha pasado nada. Además, tú la has visto. No tengo de que preocuparme. —Leticia volvió a su mesa riéndose de Natalia. Se sentó y disimuló cuando le preguntaron sus amigas. Pero sabía que lo que había visto no era normal. Sabía que entre ellos había algo que se le escapaba. Jairo estaba en una esquina del bar. Andrés se acercó y le preguntó que le había pasado Jairo se disculpó. No quería hablar porque había mucho que hacer. Se sentía observado por todos y decidió salir fuera a fumar unos minutos y tranquilizarse. Miró la ventana de Natalia: la persiana bajada, y ella allí dentro. «¿Qué estará sintiendo ahora?», se preguntaba. Miró para el bar: estaba lleno y todos disfrutando. Decidió dar un paseo. Si se queda más tiempo allí, correría a la puerta de Natalia y sabía que eso no sería una buena decisión.

Una tarde después de varios días de ausencia de Natalia, Jairo decidió ir a esperarla a la salida del trabajo. Natalia lo vio allí y no supo qué hacer; pensó en evitarlo, pero sabía que si estaba allí era porque quería continuar la conversación y quizás era lo que debían hacer. No podía salir corriendo. Él sabía dónde vivía y ella no había parado de pensar en él y en el momento en el que lo había tenido de frente. Cuando los dos se habían mirado sabiendo quiénes eran.

—Hola.

—Hola.

—¿Quieres dar un paseo? —acertó a preguntar Jairo.

—No me apetece pasear, estoy cansada —le respondió sin mirarlo a la cara disimulando guardar su móvil en el bolso.

—Entonces tomamos algo.

—Aquí cerca hay una cafetería, coge unos cafés para llevar y los tomamos en la playa. No quiero estar pendiente de quién nos puede escuchar. Esto es muy pequeño y puede haber alguien del trabajo. En apenas unos minutos ya estaban sentados en la arena, sujetando el café.

—Empieza tú. Me has venido a buscar hasta aquí.

—Natalia, no sé por dónde empezar.

—Soy Salvador, pero ahora me llamó Jairo por... —Natalia lo miró a los ojos por primera vez en aquel rato que llevaban juntos.

—Vale —respiro hondo—, soy Salvador. —No pudo sostenerle la mirada y miró al horizonte—. Me cambie de nombre para empezar una nueva vida. Estoy aquí porque quería encontrarte, ponerte cara, conocerte, saber por qué

habías dejado de escribirme, yo...

—Eso lo has hecho con todas las personas que te escribían y dejaron de hacerlo.

—No, solo contigo. —Natalia lo miró quería preguntarle porque lo había hecho solo con ella. Pero decidió cambiar de pregunta.

—¿Y porque no me dijiste quién eras? Llevamos meses viéndonos. Casi tres meses, si no me equivoco, viéndonos casi a diario. ¿Nunca encontraste un momento?

—Tenía miedo de que te asustaras. Lo fui aplazando, pero cuando te vi como miraste aquellos sobres y después la cena, ya no tenía dudas de que sabías quién era.

—Tampoco fue muy difícil averiguarlo. —Natalia se quedó en silencio unos segundos, bajo la mirada a la arena y le preguntó—. ¿Y cuándo me viste te arrepentiste de haber venido? Yo no era lo que estabas soñando, por eso estás con Leticia. ¿Te has enamorado de ella? ¿Estáis saliendo? Vi como os besabais.

—Eres tal y como te soñaba Natalia. —Jairo intentó tocarle la mano que ella tenía apoyada sobre la arena, pero Natalia la apartó rápidamente.

—Estás con otra mujer. Estás con ella desde que llegaste; por algo será, que quieres de mí ahora. —Jairo se quedó en silencio.

—No sé qué hago con Leticia. Sé que suena a excusa barata, pero después de tanto tiempo en la cárcel apareció y fue divertido, estaba agobiado, yo...

—Vamos que yo te he echado en brazos de Leticia porque no caí en tus brazos nada más verte. ¿Y yo provocaba tu agobio?

—Yo me provocaba el agobio. Te veía y quería acercarme, hablar contigo, pero no sabía cómo. Si te hubiera dicho quién era, te habrías asustado, y esa idea cada vez iba cogiendo más fuerza en mi cabeza. Después de estos meses, cómo te lo iba a decir. No podía acercarme a ti. Cada vez me paralizaba más, me asustaba. Solo esperaba que llegase el momento oportuno. Sé que puede sonar a disculpa barata, pero fue más fácil acercarme a Leticia que a ti.

Contigo tenía más que perder... se hizo un silencio entre ellos.

—Dejé de escribirte porque me asusté. —Natalia decidió desviar la conversación—. Al principio no le daba importancia a que estuvieras en la cárcel, estabas muy lejos. Pero un día me llegó una carta de tu madre. Me pedía dinero para contratar un buen abogado para sacarte de allí. Me contaba lo que tú me habías contado muchas veces. Me asusté al recibir aquella carta. Pensé que quizás te habías estado riendo de mí durante ese tiempo, y ahora me pedías dinero. Tenía miedo. Le había dado mi dirección a un desconocido. Le había contado mi vida. Lo pasé mal durante meses. Dejé de escribir a mucha gente y cuando recibía tus cartas preguntándome por qué no te escribía, lo volvía a pasar mal. Tenía miedo de haberme metido en un lío. No tenía a nadie que me ayudase si eso ocurría. Nunca le conté a nadie que me escribía contigo. Así que sí me habría asustado mucho si te hubieras acercado a mí presentándote. No sé cómo habría reaccionado. No sé cómo reaccionar ahora.

—Sé que mi madre estaba desesperada por sacarme de allí, pero nunca me contó que te había escrito pidiéndote dinero. No sé qué decirte.

—Nada, es tu madre, es lógico. No tienes que decirme nada. Salva... Jairo.

—Si quieres puedes llamarme Salvador. Les contaré a todos la verdad.

—No, estás loco. Cómo les vas a decir que les has estado engañando durante meses con el fin de conocer a una chica. Es mejor que nadie sepa nada. Tu siempre serás Jairo. No les puedes contar tu pasado; no es una buena idea. Es mejor dejar las cosas como están.

—¿Es mejor dejar las cosas como están? Conservas el dibujo; lo vi en tu habitación.

—Sí, me gusta mucho. Es el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho nunca. A veces pensaba en tirarlo. Me sentía estúpida conservándolo. No sabía si me habías mentido, pero a la vez quería seguir conservándolo. Dibujas muy bien. ¿Terminaste la carrera?

—No, la tengo a medias, bueno, Salvador la tenía a medias. No sé si algún día podría retomarla como Jairo, pero ahora no pienso en eso. ¿Qué va a pasar

ahora después de que nos levantemos de la arena? —Natalia dudó en contestar unos segundos.

—Como te dije antes, es mejor dejar las cosas como están, Jairo. Todo seguirá igual: tú seguirás con tu vida y yo con la mía. Nos veremos de vez en cuando en el bar y nos saludaremos. Carlota está muy enamorada de Andrés y quiero que todo les vaya bien, no quiero poner trabas. Y no sé si a Olivia le gusta Sergio... —Jairo la interrumpió.

—¿Y nosotros? Quiero conocerte, que me conozcas, pasar algo de tiempo juntos y no siempre con gente delante. Sé que te he decepcionado con Leticia, pero si me das una oportunidad, quizás pueda haber un nosotros. Lo que siento por ti es especial; siento que te conozco de toda la vida. Lo que más deseo es estar contigo. Tú me has salvado la vida con tus cartas. Estar contigo aquí y ahora es un sueño, ver que eres real y perfecta.

Se quedaron en silencio mirándose unos minutos.

—No hay un nosotros, Jairo. —Natalia se levantó—. Ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar. Me voy a casa. —Jairo se levantó al ver que Natalia comenzaba a caminar.

—Te acompaño, vamos para el mismo sitio. —Los dos caminaron en silencio un largo rato. Sin saber qué más decir para cambiar aquella situación.

Natalia se despidió y subió casa. Ya era tarde y tenían la cena preparada. Se disculpó. No tenía hambre; estaba agotada, pero Nico le insistió. Tenía que contarle su día y ella aceptó. Después de acostar a Nico, fue a su habitación. Gracias a Nico se había olvidado un rato de Jairo. Se asomó a la ventana. Aún estaba el bar abierto. Miró aquel dibujo. Estaba enamorada de él. Lo sabía. Desde el primer momento que lo había visto había sentido algo, pero que hacer en ese momento; él estaba con otra mujer. Como le había contado esa tarde, Leticia le había hecho olvidar sus preocupaciones, y sus preocupaciones solo tenían su nombre: Natalia. Lo suyo no era posible. Quizás en el pasado, ahora no. Quizás ella solo había sido una ilusión como ese dibujo. Alguien en quien pensar, con quien hacer planes y construir castillos en el aire. Al

conocerla, él se había dado cuenta de que ella no formaba parte de ese dibujo, que él estaba buscando a otra persona con quien construirlo. Natalia no lo podía evitar; él se había decepcionado de ella. Las lágrimas empezaron a recorrer su rostro. Se sentía ridícula llorando por algo que nunca había tenido, nunca habían sido nada, nunca habían hablado de amor y él estaba con otra. Natalia volvió a tener esa sensación de sentirse nada, tan poca cosa. Mientras, en el bar, Andrés le preguntaba a Jairo por sus últimas ausencias. Quería saber si estaba bien. Jairo le respondió con evasivas. Solo necesitaba ese tiempo. Andrés le pidió las llaves de su apartamento. Quería llevar a Carlota, prepararle una cena y quizás pasar la noche allí. Desde su divorcio él vivía con sus padres y quería estar con Carlota. Solo sería una noche, unas horas, y en un hotel no sabía si Carlota podría molestarse o sentirse incomoda. Él podía pasar la noche con Leticia y lo dejaría todo recogido, no se enteraría de que habían estado allí. Jairo aceptó. Le dejaba las llaves para su noche romántica.

Andrés había estado toda la tarde preparando el apartamento de Jairo para su noche con Carlota. Había puesto en marcha todos los clichés que a Carlota le podían gustar, velas encendidas, flores naturales, cava, copas. Quería que todo fuese perfecto. Carlota llegó antes de tiempo no podía esperar más llevaba una hora arreglada, sentada en su cama mirando el reloj. Cogió su bolso se despidió de Nico y de Natalia y bajo. Sus piernas temblaban al cruzar la calle. Tenía miedo de caerse aquellos tacones eran demasiado para ella. Llamó a la puerta y Andrés le abrió con el delantal puesto.

—Sé que llego muy pronto, pero no tenía nada que hacer para esperar la hora, así que decidí venir ya. ¿Te ayudo con la cena?

—Estás guapísima, increíble, pasa. —Andrés la besó—. Me alegro de que ya estés aquí. Hueles muy bien. Carlota lanzó su bolso encima de una silla. Y le quito el delantal. Los dos seguían besándose. Aquella iba a ser su noche y nadie la iba a estropear.

Jairo pensaba ir a ver a Natalia aquella noche. Esperaría al cierre y llamaría a su puerta. Lo había decidido apenas hacía unos minutos cuando Sergio le contó que saldría con Olivia esa noche, después de ayudarle a cerrar el bar. Natalia estaría sola con Nico y él ya estaría dormido para entonces.

Jairo llamó al telefonillo; contaba con que quizás a esas horas se asustaría y no le abriría, pero tenía que intentarlo. Al estar fuera Carlota y Olivia podía pensar que eran ellas. Y así fue, Natalia contestó al telefonillo. Al oír a Jairo dudó unos segundos. Le abrió. Esperó que subiese mirando tras la mirilla. Al verlo salir del ascensor le abrió la puerta.

—¿Qué quieres, Jairo? Es muy tarde. Nico está durmiendo, y yo me iba a dormir ya.

—Quería verte, hace mucho que no te veo.

—No hace tanto.

—¿Puedo pasar?

—Ya lo hemos hablado todo, Jairo, es tarde.

—No, no puedo dejar de pensar en ti Natalia.

—¿Y mientras piensas en mí sigues con Leticia?

—La voy a dejar. Hace días que no nos vemos...

—¿A qué has venido? ¿Quieres saber si yo siento algo por ti antes de dejarla? Si pensaras tanto en mí, ya la habrías dejado. No me dirías que hace días que no la ves. Las cosas no son así. —Ella lo miró—. Buenas noches, Jairo y cerró la puerta.

Jairo se quedó allí unos minutos y después se fue. Se sentía derrotado. Aquel impulso no había tenido el resultado que él había esperado. Estaba seguro de que Natalia le dejaría entrar y después...

«Soy un imbécil —se repetía Jairo—. No tendría que haber actuado así».

Natalia estaba detrás de la puerta temblando. Quería abrir la puerta y lanzarse a sus brazos, sentir sus besos. Hablar de lo que ella sentía. De por qué él no había dejado todavía a Leticia. Se alejó de la puerta y se metió en su habitación. Cuanto más lejos de él mejor, pensó. Jairo volvió al bar. Se

quedaría en el almacén a pasar la noche. Hablaría con Leticia a la mañana siguiente tenía que dejarla para tener una oportunidad de estar con Natalia. Tendría que haberlo hecho hace días, pero lo había ido dejando, no había pensado en ella. Solo pensaba en cuando había tenido a Natalia a su lado en la arena.

Jairo buscó a Leticia a la mañana siguiente. Había madrugado para ir a su casa a primera hora antes de que ella saliese para el trabajo. Solo pensaba en empezar una nueva vida con Natalia, en cumplir su sueño, el sueño que lo había llevado hasta allí. Leticia lo recibió con prisa no se podía entretener mucho para no llegar tarde al trabajo.

—He estado pensándolo mucho, Leticia, y debemos dejar esta relación, te...

—Me merezco un hombre mejor que tú; yo no soy la culpable. Lo eres tú. Ya sé, me esas historias, Jairo. Yo también tengo algo que contarte. No es buen momento, pero ha ocurrido ahora. Estoy embarazada y tú eres el padre, y vete haciéndote a la idea porque no vas a ser un padre ausente. Quiero tenerlo y tú vas a hacerte cargo de él, como es lógico. No quieres nada conmigo, vale, pero con nuestro hijo sí.

—Me lo dices de verdad. Estás embarazada en serio.

—Sí, y ahora sal de aquí. Voy a llegar tarde.

—Tenemos que hablar de esto, Leticia. ¿Estás segura de que es mío? No es que sea imposible, pero solo hemos tenido unos encuentros, una noche, no se...

—Sí, estoy segura. —Leticia cogió su bolso. Sujetó a Jairo del brazo para levantarlo del sofá y los dos salieron del piso. Jairo caminó hacia su bar. Sentía una mezcla rara de felicidad al ser padre y tristeza al no ser Natalia la madre. Iba a ser padre, se repetía, y sonreía, ¿Qué iba a hacer? No podía contárselo a nadie todavía. Aquella mañana al llegar al bar vio a Natalia saliendo del portal de su casa. No sabía cómo comportarse.

—Hola, te veo muy feliz —le dijo Natalia al verlo. Era lo segundo que

Natalia pensó al verlo, lo primero era si le daba tiempo al volver al portal y así no tener que saludarlo.

—Sí —le respondió rápido—, he roto con Leticia. —Salió de su boca. Se dio cuenta de que no podía decirle la verdad necesitaba tiempo.

—¿Estás bien? —le preguntó Natalia intentando no sonreír—. ¿De verdad?

—Sí, lo mío con Leticia solo había sido una noche. Hacía mucho que no nos veíamos, pero he hablado con ella para que todo quedara claro. Me equivoque, Natalia, ¿podemos quedar para cenar? La cena la preparo yo esta noche en mi casa, o es muy rápido, quiero que hablemos tranquilos, estar contigo. O mañana, no sé, tú decides.

—Crees que porque ya has roto con Leticia me voy a tirar a tus brazos. —Jairo la miró sorprendido sin saber qué decir—. Nos vemos esta noche —dijo Natalia sin darle tiempo a reaccionar. Se despidió de él con un beso en la mejilla. Los dos sonrieron. Estaba nerviosa. Iba a tener su primera cita con Jairo después de tanto soñar con ella. En aquel momento no le importó su historia con Leticia, ni el tiempo que él había pasado ocultándole su identidad. Solo quería estar con él, tenerlo cerca, besarlo. Sabía que aquella frase no había sido la más ingeniosa, pero le daba igual, por fin quedarían y estarían solos.

Las horas hasta la cita pasaban rápido. Natalia dudaba si mandarle un WhatsApp para preguntarle la hora. Tenía su número porque él se lo había dado cuando habían hablado del cumpleaños, pero ella lo seguía conservando en el trozo de papel. No lo llegó a meter en el móvil; tenía miedo de que, si lo tenía en el móvil, estaría todo el rato mirando si estaba en línea y se volvería loca preguntándose qué estaría haciendo. Decidió ir al salir del trabajo aquel día. Acabaría a las nueve porque había aceptado hacer el turno de una compañera y ya no podía negarse. En un momento de aquella tarde vio a su jefa en el despacho. Le preguntó si habría alguien más para hacer el turno al

que ella se había ofrecido. Julia le respondió que no. Estaban en horas bajas y no podía hacer nada en unas horas. Ella se tendría que quedar también más horas de las que esperaba. Le preguntó si se encontraba bien, si le había pasado algo. Natalia le contó que tenía una cita y que solo le daría tiempo a una ducha en el hotel. Al menos no olería a sudor y poco más. No había tenido tiempo de comprarse nada y no tendría tiempo de pasar por casa. Julia le dijo que no se preocupase. Llamarían a su sobrina. Segura de que podía buscar algún vestido bonito en su armario y se lo prestaría para esa noche y también la podría ayudar con el peinado. Pero le tendría que contar quién era ese chico que la tenía enamorada y cómo se habían conocido. Se arregló lo que pudo en el vestuario del trabajo con la ayuda de Julia y de su sobrina, que le había llevado varios vestidos para elegir. Natalia había elegido uno corto de flores pequeñas y muchos botones. Después de que le dieran el visto bueno, salió en busca de Jairo.

Jairo había estado toda la tarde cocinando y, después de quemar varios platos, uno le había salido bien. Por fin escuchó que llamaban al timbre. Natalia ya estaba allí.

—Hola, estás muy guapa.

—Gracias, pero no es para tanto, huele bien.

—Estás preciosa, Natalia, ojalá pudieses verte como yo te veo para que vieras lo hermosa que eres. —Los dos se miraron unos segundos y Natalia bajó la mirada. Se sentía ruborizada por lo que Jairo le acababa de decir—. Ven, ya lo tengo preparado. Jairo le cogió suavemente de la mano. Y la llevó hasta la pequeña mesa del salón. Había puesto las velas y las flores que había dejado Andrés.

—Está muy bonito, no será de la cena de Andrés y Carlota. Los dos rieron.

—Las velas y las flores sí, la comida no. Esto es para nosotros. Jairo le apartó la silla para que se sentara. Empezó a servir la cena. Hablaron de todo lo que se habían dicho en las cartas. Jairo le contó que había visto muchas de las películas de las que le había hablado y también había escuchado la música

y estaba todavía con algún libro. Estos meses que llevaba en España los había aprovechado para encontrar los libros. Ya entrada la madrugada del día siguiente Natalia se levantó del sofá.

—Ya es muy tarde es mejor que me vaya. Mañana tengo que madrugar.

—Quédate a dormir —le dijo Jairo sujetándola de la cintura—. Los dos se miraron, y Natalia lo besó. Jairo empezó a desabrocharle el vestido. Estaba tan nervioso que parecía lo más complicado que había hecho nunca. Natalia se reía al verlo. Ella apartó sus manos y empezó a desabrocharse los botones mientras lo besaba. Ya no se iría a su casa aquella madrugada.

Carlota estaba ilusionadísima después de su primera noche con Andrés. Hacía planes de futuro. Dónde vivirían. Le daría los apellidos a Nico. Pensaba en cómo se llevarían sus hijos. Deseaba que bien, si no, sabía que no funcionaría. Después de hablar con Nico estaba feliz. Nico se lo había tomado muy bien y le había dicho que Andrés le caía bien y le hacía ilusión pensar en que lo llevaría al colegio. Unos niños se habían burlado de él por no tener papá. Carlota le preguntó cuándo había pasado eso y le respondió que daba igual, que él tenía dos mamás que lo querían mucho, pero que tener papa ahora le parecía guay. Carlota abrazó a su hijo. Quería corregirlo y decirle que solo tenía una mamá y que Natalia era su tía, ya le había pasado alguna otra vez que había dicho que tenía dos mamás y Carlota lo corregía. «Solo tienes una mamá», le decía, pero decidió dejarlo así aquella noche. Mientras él se quedaba dormido a su lado, Carlota pensaba en cómo se lo tomaría la ex de Andrés. Lo que sabía de ella es que no era muy maja en el instituto y a ella nunca la había tratado bien cuando habían coincidido en casa de Andrés. Siempre se reía de ella, le daba igual, unas veces que si llevaba aparato, otras por la forma de vestir, por el corte de pelo. Era la primera vez desde que había tenido a Nico que tenía una relación. Había tenido dos citas a lo largo de esos años, pero en cuanto decía que era madre soltera salían corriendo. Empezó a mandar WhatsApp a todas sus amigas. Quería que todas supieran que estaba con Andrés y así conseguiría que ella también se enterase. Estaba planeando ir al pueblo ese fin de semana con Andrés, con su hijo y con Nico, así los niños se conocerían y les presentaría a sus padres un buen hombre. Cuando se casasen, sus padres la perdonarían; estaba segura. Sería una mujer

respetable, como le decía su madre. Todo estaría bien, ya no sería una adolescente que se había quedado embarazada y los avergonzaba. Volvería a recuperar la relación con sus padres. Sabía que iba rápido pensando en boda, pero por qué no iba a pensar en ello. Conocía a Andrés de toda la vida y estaban enamorados. Tampoco había por qué ir despacio.

Le contó a Andrés sus planes de pasar el fin de semana en el pueblo y él aceptó. Era un buen sitio para que sus hijos se conocieran. Carlota estaba feliz todo iba saliendo como ella tenía planeado.

Natalia llegó a casa al día siguiente por la noche después de trabajar y vio a Carlota haciendo las maletas.

—¿Qué pasa dónde vas?

—Voy a pasar el fin de semana al pueblo con Nico, Andrés y su hijo; estoy nerviosísima. Espero que todo vaya bien. No te he visto esta mañana; te has ido pronto. Quería contártelo antes de irnos.

—Sí, tenía que entrar antes. —No le gustaba mentirle, pero no quería contarle tan pronto lo que estaba viviendo con Jairo. Llamaron al telefonillo y Carlota salió corriendo.

—Es Andrés, ya está aquí, gritaba. —La estaba esperando abajo. Carlota llamó a Nico y enseguida apareció con sus juguetes.

—Venga, vamos. Andrés nos está esperando. —Natalia la paró.

—Todo va a salir bien, no te agobies; respira. Solo tienes que ser tú; él está contigo, te quiere. No te vuelvas muy loca. —Carlota le hizo caso y respiró hondo.

—Quiero que todo vaya bien; lo quiero.

—Todo va a ir bien. Eres maravillosa y te mereces que todo te salga bien. —Se abrazaron y Carlota cogió las maletas y a Nico, y se despidió de Natalia.

Natalia buscó a Olivia, pero no estaba en casa. Llevaba días sin apenas verla. Le mando un WhatsApp y esperó a que le respondiera. En pocos minutos le respondió que estaba cenando con unas amigas de la universidad y luego se irían de fiesta. Podían quedar al día siguiente para comer.

Olivia había llegado a su vida unos meses antes de que apareciese Jairo. Se quedó sorprendida cuando apareció en su puerta diciéndole que era su hermana. Tardo días en asimilarlo. Tenía una hermana de la que no sabía nada. Su madre había tenido una hija y nunca le había contado nada. No era de extrañar porque no tenían ninguna relación, pero Natalia no podía evitar pensar en su madre volviendo a ser madre. No se había acordado de ella cuando tenía en brazos a Olivia, ni cuando le enseñaba a andar. Sabía que su madre no la quería, pero no sabía que era tanto el rechazo que sentía por ella. Olivia le había contado que se había enterado de su existencia y que había querido conocerla. Su madre no estaba de acuerdo; no quería que tuviese relación con Natalia, pero era mayor de edad y podía hacer lo que quería. Natalia sabía que solo estaba allí por hacer sufrir a su madre, pero la aceptó. Quería conocerla. Olivia apenas paraba por casa en poco tiempo ya había conocido a mucha gente y no habían llegado a tener una relación de hermanas como Natalia había soñado. Natalia tampoco se atrevía a reñirle por estar siempre de fiesta o por no ayudar en casa. No quería que se fuera, y Olivia tampoco le contaba mucho. Pensaba que poco a poco iría mejorando su relación y ella le tendría más confianza. Su madre le pasaba un dinero al mes y con eso Olivia se mantenía mientras estudiaba turismo en la universidad. Natalia pensaba en su madre. Era una mujer que había tenido una infancia normal, unos padres normales como le había contado su tío materno. Si es verdad que los habían perdido jóvenes pero eso no era motivo para ser así, para tratarla así. Nunca le había dicho quién era su padre, por más que ella se lo pedía cuando la veía. «Por eso dejó de visitarme —pensaba Natalia—, quizás yo me parezco a él y no quería recordarlo». Después, según le había contado Olivia, se había casado y seguía casada con su padre. Tenían una buena posición económica, y ella trabajaba en la empresa familiar. Algo que también querían para Olivia, pero ella se negaba. Recordaba cuando le había preguntado tímidamente el motivo por el que no quería que se conocieran. Olivia no supo responderle. «Mi madre, nuestra madre es así, no te da motivos

solo hay que hacer lo que ella dice». Natalia intuyó en las palabras de Olivia y en cómo le esquivaba la mirada que sí le había dado alguna razón, pero que no se la diría para no hacerle daño.

El móvil de Natalia volvió a sonar. Era Jairo mandándole corazoncitos y pidiéndole que bajase al bar. No había mucha gente y le invitaría a cenar. Ella sonrió. No tenía que pensar más en esa mujer. Ahora era una mujer enamorada de un hombre que había recorrido el mundo para encontrarla, un hombre que la amaba. Le respondió mandándole más corazones y le dijo que esa noche tenía la casa para ella sola, así que se iba a dar un baño y se iba a meter en la cama. Mañana se verían. A los pocos minutos llamaron al timbre. Jairo le llevaba la cena. Había dejado a Sergio a cargo del bar y él quería pasar la noche con ella, si ella quería. Natalia lo besó.

—Quiero estar contigo toda la vida —le susurro—. Te amo, Natalia.

Los días habían pasado muy rápido y se acercaba el aniversario de Natalia y Jairo. Ya llevaban tres meses, y Jairo quería celebrarlo. Había reservado unos días en un hotel rural. Natalia siempre le había hablado de lo que le gustaría conocer alguno de los rincones de Asturias y perderse paseando junto con él. Natalia estaba feliz con la sorpresa; se sentía aliviada. Jairo había estado raro los últimos días y ella había empezado a preocuparse. Quería que su relación fuese perfecta y con la actitud de Jairo dudaba. A veces era el hombre más cariñoso y atento del mundo y otras lo descubría absorto en sus pensamientos. Por fin estaban en aquella pequeña habitación los dos solos sin nadie que les distrajese, sin excusas de tener que irse a otro sitio. Natalia lo miraba mientras él sacaba su ropa de la maleta y cuando Jairo la miraba ella sonreía. Ya llevaban tres meses y todavía se confundía al pensar en él. Dudaba si llamarlo Salvador o Jairo; sabía que no era lo mismo. Eran dos personas diferentes: Salvador había sido su amor platónico durante mucho tiempo, un hombre que había sido capaz de cruzar el mundo para encontrarla y vivir una historia de amor; y Jairo para todos era el dueño del bar de enfrente de su casa con el que estaba comenzando una relación.

—¿Estás bien?

—Sí, es un sitio muy bonito.

—Si no estás segura, podemos volver a Gijón.

—Sí, estoy segura. —Natalia se acercó a él y lo abrazó. Jairo la rodeó con sus brazos.

—Quiero que todo sea perfecto. Es nuestro primer viaje juntos, aunque sea cortito. Me he comprado hasta un pijama. Natalia se rio. Jairo buscó entre la

ropa que acababa de sacar de la maleta y se lo enseñó—. Los hombres también nos preocupamos por esas cosas. —Natalia se acercó y lo besó.

—No tienes que preocuparte; yo estoy bien y todo va a ser perfecto. Yo también me he comprado algo para esta noche, pero ya lo veras luego.

—Te amo, Natalia, no lo olvides nunca. Eres lo más importante de mi vida.

—¿Estás bien? Te has puesto muy serio.

—Estoy bien. Solo quiero que no te olvides de que te amo. —Natalia volvió a sus brazos y lo besó.

—¿Quieres que me ponga ya lo que me compré?

—No veo motivos para esperar —le respondió Jairo riendo. Natalia cogió una bolsa de su maleta y fue al baño. Se sentía súper nerviosa. Era la primera vez que hacía algo así. Nunca se había comprado nada igual. Era la típica de sujetadores blancos y cómodos y su cajón no tenía mucha variedad de colores. Se vistió nerviosa. Se sentía ridícula en aquel momento mirándose al espejo. Cogió un albornoz y se lo puso. No entendía por qué se sentía así. No era la primera vez que estaba con Jairo. Se lo había comprado para arreglar algo que pensaba que se estaba rompiendo. Eran solo sensaciones, pero él había preparado esta pequeña escapada porque quería estar con ella. Nada se estaba rompiendo, se dijo Natalia. Salió del baño con el albornoz y Jairo se acercó a ella y empezó a quitarle el albornoz mientras la besaba. Natalia solo deseaba que aquel momento no acabase nunca.

Durante esos dos días Jairo pensaba en el momento en el que le contase a Natalia que iba a ser padre, pero que la amaba y que quería seguir a su lado. Pero la veía tan feliz que no sabía cómo hacerlo ni cuál sería el momento. Solo quería disfrutar del presente. Estar con ella entre sus brazos en aquella cama era todo lo que había deseado durante esos años y ahora no quería pensar en nada más.

Después de aquel fin de semana, cuando Natalia regresó a casa, se encontró a

Carlota destrozada. Carlota enseguida corrió a abrazarla cuando la vio. Andrés quería dejar la relación, pasar un tiempo separados. Él está enamorado de ella, pero tenían que ir más despacio. Su ex le estaba complicando la situación con su hijo. Después de aquel fin de semana juntos no hacía nada más que llamarlo y lo amenazaba con irse fuera y con que no volvería a verlo. No soportaba la idea de que Carlos estuviera con ella y con Nico. Andrés le había dicho que quizás en unos meses todo volvería a la calma.

—Dale tiempo, Carlota, te ha pedido tiempo y te ha dicho que está enamorado de ti. Todo se arreglará.

—No tengo tiempo, Natalia, no quiero esperar, quiero estar con él.

—Carlota, tranquilízate; vais a estar juntos aunque tarde un poco más. Él te quiere es lo que siempre habías soñado.

—No puedes estar segura de eso. Él por su hijo haría cualquier cosa, si incluso aguantó los cuernos de ella para estar a su lado. Fue ella la que lo dejó porque no le quería. Siempre es ella. Ella es la que estropea siempre nuestra relación.

—No sé qué decirte Carlota, no sé cómo ayudarte no quiero verte así.

—Díselo

—¿Qué quieres que le diga?

—Que estoy muy mal, que venga a verme, que nunca me habías visto así.

—Carlota, no sé si es lo mejor, no puedes agobiarlo. Él también estará mal. No ha pasado nada de tiempo. Déjalo que arregle sus cosas, su cabeza.

—Solo te pido eso, Natalia, por favor. ¿No dices que quieres ayudarme? Carlota le acercó el teléfono.

—Bajaré al bar, así veré como está él. —Natalia cogió su cazadora y bajo al bar. Andrés estaba hablando por teléfono alterado. Sergio le contó que estaba hablando con su abogado sobre la custodia. Jairo sonrió al verla.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba. No puedes vivir sin mí.

—No he venido a verte a ti, he venido a ver Andrés —le respondió Natalia sonriente.

—De todas formas ha sido una sorpresa agradable. —Él la besó en los labios, sin saber que había unas amigas de Leticia observando aquella escena. Leticia les había dicho que pasasen por allí de vez en cuando para ver qué hacía Jairo.

Andrés se acercó a ellos; el abogado le había dicho que ella no podía hacer nada. Que él tenía trabajo. Siempre pasaba la pensión y había hecho varios ingresos cuando ella se lo había pedido. Carlota era una chica normal, madre de un niño pequeño, lo que le daba una cierta madurez. No tenía antecedentes.

—No me lo puede quitar si ella quiere irse; el niño se puede quedar conmigo. —Andrés sonreía—. Estoy feliz; estaba fatal hace unas horas. No me puede quitar a mi hijo; pensé que me volvía loco.

—Cuéntaselo a Carlota. Ella está muy mal; tiene miedo a perderte. No sabe cómo ayudarte.

—Sí, tengo que contárselo. No quiero que esté mal. Ella es muy importante para mí. Quiero estar con ella, formar una familia, casarme con ella.

—Díselo —le dijo Natalia.

—Cásate, hermano —lo animó Sergio—. Nadie te puede quitar a tu hijo y debes ser feliz.

Andrés se fue en busca de Carlota. Nada más abrir la puerta, Andrés se arrodilló y le pidió matrimonio, y ella no podía creer lo que veía. Andrés le dijo que no llevaba anillo, pero no quería esperar más. Carlota aceptó, Andrés se levantó. Se besaron entre risas sin soltarse. El sueño de Carlota estaba a punto de cumplirse. Carlota quería una boda rápida. No quería que hubiese tiempo para nuevos problemas. Cuando Natalia regresó a casa, se lo contó entusiasmada. Por fin se iba a casar; Nicolás tendría un padre y ella un marido. Natalia la abrazó y la felicitó. Sabía cuánto significaba para ella. Carlota le dijo a Natalia que quizás Olivia debería volver con sus padres. No podía empezar una nueva vida con ella allí. Natalia se quedó en silencio.

—Yo también me iré; buscaré una casa y así estaréis más cómodos. Quizás Olivia y yo podamos vivir juntas si no quiere regresar con sus padres.

—Gracias, Natalia, no sabía cómo decírtelo. No quiero que te lo tomes a mal. Te ayudaré a buscar algo y lo encontraremos superrápido.

—¿Cuánto tiempo tengo? Superrápido no suena a mucho tiempo.

—No te preocupes; eso ya lo iremos viendo.

Natalia estaba sentada en el sofá al lado de Carlota escuchando todo lo que necesitaba para su boda y qué reformas haría en la casa. Natalia no lo podía creer. Otra vez se vería en la calle, otra vez la volvían a echar de la misma casa. No sabía por dónde empezar a buscar ahora que parecía que su vida se estabilizaba tenía que dedicarse a buscar un sitio para vivir. Una llamada la sacó de sus pensamientos. Era el hospital. Olivia había tenido un accidente y tenía que acudir.

Natalia estaba esperando que le dieran noticias de Olivia acompañada de Jairo; él la iba a buscar para cenar juntos cuando vio como ella salía corriendo. A los pocos minutos les informaron que estaba muy grave y que estaban haciendo todo lo posible por ella. Le pidieron que avisara a sus padres. Era necesario que estuvieran allí. Natalia no sabía cómo ponerse en contacto con su madre. Les preguntó a los doctores si tienen algún efecto personal de su hermana. Ella no tenía el teléfono de sus padres y necesitaría su teléfono. Ellos accedieron sorprendidos y reticentes. No entendían como no tenían el teléfono de su madre. Se lo dejaron con la condición de que luego se lo devolvería a la enfermera. Natalia aceptó. Cogió el teléfono nerviosa sin atinar a buscar el número. Jairo la ayudó. Le cogió el móvil, le buscó el contacto y le preguntó si quería que la llamara él. Ella le dio las gracias, pero tenía que hacerlo ella. Sonaron unos tonos y al otro lado escuchó una voz dulce.

—Cariño mío, que abandonada me tienes. Que ganas tenía de escucharte aunque sea a estas horas. —A Natalia se le encogió el corazón al escucharla —. Olivia, ¿estás ahí?

—No, soy Natalia. Olivia ha tenido un accidente. Esta grave. Tienes que venir. —No escuchó nada al otro lado del teléfono durante unos minutos. Después de ese silencio, le colgaron el teléfono. Natalia no sabía qué hacer, se quedó parada con el móvil en la mano.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Jairo.

—Me ha colgado, ni siquiera me ha preguntado donde está. —Natalia se acercó al mostrador y le entregó el teléfono a la enfermera.

—Lo siento, es que no sé si tendrán que llamar. Me ha colgado y no me ha preguntado donde está, yo...

—No te preocupes; ya me encargo yo. Siéntate. Tardaran unas horas en dar noticias de tu hermana.

—Gracias —respondió Natalia. Jairo la cogió de la mano y caminaron unos pasos hasta las sillas. Jairo llamó a Andrés para darles noticias sobre el estado de Olivia.

En pocas horas los padres de Olivia entraron por la puerta del hospital. Su madre se acercó a ella rápidamente y la abofeteó sin darle tiempo a decir nada ni a reaccionar. Jairo reaccionó poniéndose en medio antes de que se volviera a repetir la escena.

—Tú eres la culpable de que mi hija este así. Si a Olivia le pasa algo, acabaré contigo. —El padre la retiró y fueron en busca de los médicos.

Natalia seguía de pie en medio del pasillo de urgencias. Todo el mundo la miraba y murmuraba a su alrededor. Jairo la abrazó. Pero ella seguía inmóvil.

—Vamos fuera. Esperaremos noticias en el coche. Estarás más cómoda. Jairo intenta que se mueva.

—Yo no he hecho nada por lo que me tenga que ir —susurró Natalia.

—Natalia, ya lo sé. Ven vamos fuera tomaremos algo caliente y volvemos. —Natalia se soltó y fue en busca de su madre. La encontró hablando con unos médicos.

—Yo no he hecho nada —le gritó. Su madre se giró al escucharla—. Yo no soy culpable de nada. La única culpable eres tú, fue de ti de quien salió

huyendo. Todo lo que ella ha hecho es culpa tuya. ¿Me escuchas? Es tu culpa. Destruyes a quien está a tu lado.

El médico se acercó a Natalia y le pidió que se tranquilizara y que se fuera. El hombre de seguridad la acompañó hasta el ascensor. Le aconsejó que se diera un paseo. Estaba viviendo momentos duros y era importante que mantuviese la calma y que pensara en la persona que tenía ingresada. Natalia salió del hospital y buscó a Jairo, que la esperaba en la entrada. Lo miró y Jairo se acercó a ella, la abrazó y juntos fueron al coche. Allí esperarían hasta que pasara la operación.

Natalia y Jairo se despertaron en el coche cuando amanecía. Natalia salió rápido y fue a la planta donde estaba Olivia. Allí le dijeron que tenían órdenes de no informar a nadie. Por más que lo intentó no le dieron información. Una enfermera salió de detrás del mostrador y le dijo que la acompañaría hasta el ascensor. De camino al ascensor le contó que su hermana había salido bien de la operación, todo lo bien que podía salir con la situación en la que entró y que lo más posible es que se quedase en una silla de ruedas, pero que tenían que esperar a ver como resultaba el traslado porque eran muchos kilómetros y ella estaba muy delicada. Natalia no era capaz de asimilar toda la información que le estaba dando.

—¿Traslado? —acertó a preguntar.

—Sí, nada más salir de la operación, vuestros padres lo tenían todo preparado para llevársela a Galicia. Los médicos les aconsejaron que no lo hicieran, pero ellos ya lo tenían decidido y apenas hace unos minutos que han salido de aquí. Siento no poder ayudarte en nada más. Tenía que ser muy complicada tu situación. Con lo que tienes que quedarte es con que ella está viva.

—Gracias, ha sido muy amable —respondió Natalia sintiendo como las lágrimas llenaban sus ojos. Jairo la esperaba donde el ascensor viendo desde unos metros como la enfermera hablaba con ella. No era capaz a adivinar qué había pasado. Natalia se acercó limpiándose las lágrimas y, mientras llamaba

al ascensor, le dijo que se la habían llevado a otro hospital. Habían puesto la vida de Olivia en riesgo con tal de que no estuviera cerca de ella. Jairo la rodeó con su brazo y volvieron al coche. Le dijo que podrían desayunar juntos en el bar o en su casa, que lo mejor era que no fuera al trabajo. Natalia apenas le habló; le dio las gracias por acompañarla, se despidió con un beso y subió a su casa. Se tenía que preparar para ir al trabajo. Jairo insistió en acompañarla; la podía preparar el desayuno mientras ella se duchaba, pero Natalia no quiso. Quería estar sola.

Habían pasado unos días desde el accidente de Olivia y Natalia había llamado a todos los hospitales de Galicia y todos les daban la misma respuesta. Allí no había nadie con esos datos. Sabía que nadie le daría información. Su madre se habría encargado de eso, pero tenía la pequeña esperanza de que alguien le pudiese dar información después de contarle la historia. Su hermana pequeña había tenido un accidente grave y, dada la mala relación con su madre, esta la había alejado de ella y solo quería saber que estaba bien, fuera de peligro. Pero nadie se compadeció de ella. Buscó entre carpetas de sus tíos algún papel donde poder encontrar alguna dirección de su madre o algún teléfono. Se reprochaba el no haber copiado aquel número de teléfono cuando tuvo el móvil de Olivia; si lo hubiera hecho, ahora tendría donde llamar. Carlota la vio rebuscando entre las cajas de papeles que sus padres habían dejado en la casa y discutió con Natalia. No le parecía bien que rebuscara entre las cosas de su padre. Le prometió que todo quedaría ordenado, que no se enterarían. Carlota accedió de mala gana. No quería hacer nada que pudiera disgustar a sus padres en ese momento que estaban felices con ella. Dio con un sobre que tenía una dirección de hacía ya muchos años. Decidió apuntársela antes de volver a dejar el sobre. Lo miraba dentro de la caja, lo cogió y lo abrió. Esperaba encontrar alguna carta de su madre preguntando por ella, pero estaba vacío. Lo volvió a colocar entre los papeles de sus tíos y lo dejó todo en el mismo sitio que ellos los tenían. Le envió un WhatsApp a su prima diciéndole que ya no los iba a tocar más y que todo

había quedado tal y como estaba antes de que ella lo tocara. Con la dirección en su mano, pensó en qué hacer. Tenía su coche en el garaje, pero apenas lo había tocado en los últimos años. No sabía si recordaría conducir. Bajó al bar y buscó a Jairo. Le pidió que la llevase a Galicia y él aceptó sin dudarle. Dejó a Andrés encargado de todo, buscó las llaves de su coche y pusieron camino a aquella dirección.

—¿Estás segura? —le preguntó Jairo después de varios kilómetros en silencio.

—Sí, es mi hermana. Quiero verla, saber cómo esta. Tengo que intentarlo. ¿Qué va a hacerme? Volver a pegarme, no dejarme verla.

—Voy a estar a tu lado no dejaré que te vuelva a hacer daño. Natalia lo miró y sonrió.

—Ya no puede hacerme más daño.

Llegaron a aquella dirección. Era un chalé a las afueras de la ciudad. Sin duda tenía que ser la casa de su madre, pensó Natalia. Parecía tan ostentoso como ella. Cuando la vio en el hospital iba perfecta maquillada, peinada, bien vestida. Natalia solo había acertado a coger el bolso y salir corriendo cuando recibió aquella llamada. Le pidió a Jairo que la esperara en el coche y se dirigió a la puerta. Enseguida salió una persona preguntando que quería. Natalia se presentó y le dijo que quería ver a Olivia.

—Lo siento, la señorita Olivia no se encuentra en la casa en estos momentos y no creo que vuelva en un tiempo.

—¿Por qué no va a volver? Sé que ha tenido un accidente de tráfico apenas hace unos días, unas semanas, como le he dicho soy su hermana, ¿está más grave?

—Lo siento no puedo darle más información. Y yo no tengo conocimiento de que la señorita tenga hermanas, así que le ruego que se vaya.

—Solo quiero saber si está bien.

Un coche apareció mientras el guardia le indicaba que se apartase. El hombre al verla bajo del coche. Jairo, al ver que bajaba, decidió salir del

coche y acercarse a Natalia.

—Hola, Natalia, soy el padre de Olivia.

—Hola, solo quiero saber cómo está Olivia y verla unos minutos.

—Siento que hayas venido hasta aquí, pero no va a ser posible. Olivia sigue en el hospital. Se está recuperando, pero no va a recibir visitas. Tu madre lo ha decidido así.

—No quiere visitas o no quiere mi visita. —Natalia lo miró unos segundos aquel hombre permanecía impasible—. ¿Cómo está? Solo quiero saber eso. Estoy preocupada. Es mi hermana.

—Natalia, es mejor que te vayas y vuelvas a tu vida, no te busques problemas,

—¿Problemas? ¿Por preguntar por mí hermana? No entiendo nada. ¿Qué os pasa? ¿Qué os he hecho?

—No quiero verte por aquí.

Se subió en su coche y entró en su casa. Natalia caminó unos pocos metros donde Jairo la esperaba y caminaron hasta el coche.

—¿Estás bien?

—No, sé que le he hecho en la vida que es tan horrible. Por qué no quiere saber nada de mí, por qué no quiere que me acerque a Olivia. Y ese hombre no me conoce de nada, como me ha tratado así con esa soberbia. Nunca les he pedido nada, nunca la he buscado ni la he molestado. No la entiendo. Es buena madre con Olivia; la quiere se preocupa de ella.

—Natalia, tú no has hecho nada, no es una buena mujer. No merece que te disgustes, no merece tus lágrimas.

—Eso es fácil decirlo; tú tienes una madre que te quiere, que se preocupa por ti que siempre te ha apoyado incluso en tus momentos más difíciles. Pero la mía nunca se ha hecho cargo de mí. Me ha ido dejando de sitio en sitio. ¿Sabes? No ha sido fácil. Nunca he tenido un sitio en el que sentirme segura, una familia.

—Tus tíos, ellos te han cuidado, Carlota, Nico, ellos son tu familia.

—Mis tíos solo me tenían para hacer de canguro. Siempre me hicieron sentir que yo no era su hija y que me estaban manteniendo y debía agradecerse y, en cuanto pudieron, me echaron de casa. Nunca me pidieron perdón por aquella noche. Me seguían culpando del embarazo de Carlota. Hay muchas situaciones que yo no contaba en las cartas que me daban vergüenza. Me sentía culpable de que me pasaran y mi prima, no lo sé, ella es así supongo que si me tiene cariño, pero solo me pidió que volviera cuando ella estaba sola. Antes no se había preocupado. No dio la cara por mí cuando sus padres me echaron y sabía que al final se enterarían de que ella era la que estaba embarazada, y Nico, Nico es un niño maravilloso, que sé que me quiere y yo lo amo. Pero es el hijo de Carlota. Yo estoy sola.

—Ahora lo ves todo mal, ya verás que en unos días todo cambia y te encuentras mejor. Cuando llegemos a Gijón, te vienes a casa conmigo. Te prepararé una buena cena y descansarás. Y no estás sola. Me tienes a mí. — Jairo arrancó el motor y pusieron rumbo a Gijón.

—No lo sé, Jairo, quizás es la primera vez que lo veo todo claro.

De regreso a Asturias, Natalia decidió quedarse en su casa. Quería estar sola. Al entrar vio una nota de Carlota. Se había ido al pueblo con sus padres. Tenía la casa para ella sola. Natalia sonrió. Necesitaba estar sola. Se fue a su habitación y se tumbó en la cama. El sonido del móvil la despertó. Le pedían que cubriese unas horas a una compañera de trabajo que se había puesto enferma. Su descanso apenas había durado unas horas. Vio que tenía WhatsApp de Jairo donde le decía que la quería y que ella nunca estaría sola porque él siempre estaría a su lado. Natalia sonrió al leerlos. Si en ese momento de su vida Jairo no estuviese en esta, no sabría qué hacer. Jairo se había convertido en la persona más importante de su vida. Pensaba en casarse, en tener hijos en formar su familia. Podía verse en una casa con sus hijos, despertando todos los días con Jairo. Quedando con Carlota para hablar de sus hijos, de sus parejas, comer de vez en cuando juntas, una vida nueva. Una vida nueva en la que le gustaría que Olivia formara parte. Aún tenía la

dirección de aquella casa en su bolso; la buscó. Estaba arrugada, pero se entendía. Decidió que le escribiría cartas. Sabía que es muy probable que nunca le llegaran, pero si insistía lo suficiente, quizás Olivia se enteraría alguna vez de que no había dejado de pensar en ella.

Natalia caminó hacia el trabajo con la sensación de que otra vida era posible y que todo habían sido unos malos días. Siempre había sabido superar los malos momentos. Si había superado el verse sola en la calle siendo tan joven, ese también lo superaría.

Cuando Carlota regresara del pueblo esperaría unos días, pero ya tenía decidido pedirle a Natalia que se fuera de casa. Había estado hablando con Andrés y querían vivir juntos cuanto antes. Cuando Natalia regresó una tarde del trabajo ya tenía la cena preparada. Se sorprendió al ver la mesa puesta.

—¿Estás esperando a Andrés? Me quedaré en mi habitación y no os daréis cuenta de que estoy aquí.

—Es para cenar nosotras.

—¿Nosotras? ¿Qué ha pasado? ¿Qué quieres?

—Siéntate, que si no se va a enfriar. —Natalia se sentó.

—¿Qué quieres Carlota? No voy a poder cenar tranquila si no me dices qué está pasando.

—La fecha de mi boda con Andrés se acerca y solo quería decirte que he llamado a Jairo hace un rato y a él le parece genial que te vayas a vivir con él. Estaba súper ilusionado cuando se lo he contado. Os va a ir genial, quizás la próxima boda es la vuestra.

—¿Qué has hecho qué? Como se te ocurre llamar a Jairo para decirle que si puedo irme a vivir con él, pero en que estás pensando. Eso es fácil. Que cosas tengo. Solo piensas en ti.

—No levantes la voz. Nico está durmiendo. No es para que te enfades. Lo he hecho con buena intención.

—¿Con buena intención? Sería para ti. ¿Sabes? Me voy esta noche. Estoy cansada de que me echen de esta casa.

—No te estoy echando. Tienes un sitio donde ir. No te dejo en la calle. — Natalia fue a la cocina cogió unos sacos de basura y se dirigió a su habitación

y empezó a recoger sus cosas. Carlota la siguió.

—Natalia, no tienes que hacer esto ahora, tranquilízate.

—¿Cuánto tiempo me das? Uno, dos días. Eres más generosa que tus padres. No quiero tranquilizarme. Tranquila estarás tú cuando me vaya. No me necesitas. Ya has encontrado quien te mantenga y quien cuide de Nicolás. — Carlota la interrumpió.

—No te consiento que me hables así. Yo estoy enamorada de Andrés y solo quiero vivir con él. No es nada horrible; no íbamos a estar toda la vida viviendo juntas. Esto tenía que llegar. Sé que es difícil buscarte una casa cuando has vivido siempre gratis aquí.

—Gratis, yo he pagado todos los gastos. No he vivido gratis ni cuando era una niña.

—Yo he puesto la casa. No es para tanto que tú pagaras algo. Siempre has sido una envidiosa y ahora más que Andrés se quiere casar conmigo.

—La casa la han puesto tus padres. —Natalia se quedó callada unos minutos mirando a Carlota—. Déjame recoger mis cosas.

Carlota salió de la habitación con un portazo, y Natalia se sentó en la cama y comenzó a llorar desesperadamente. Sentía que apenas podía respirar.

Al cabo de unas horas ya había conseguido controlarse y lo tenía todo recogido en bolsas. Decidió ir bajándolo todo a su coche, aquel coche que apenas había utilizado. Se lo había comprado cuando se había sacado el carné de conducir. Era viejo, pero a ella le servía. Era la primera vez que tenía algo de su propiedad. Carlota le había dicho muchas veces que lo vendiese. Estaba ocupando una plaza de garaje que podían alquilar y sacar algo de dinero, pero Natalia se resistía y en ese momento pensaba que había sido la mejor idea el dejarlo allí. Después de varios viajes, llamó a Jairo. Esa noche necesitaba un sitio donde dormir. No quería hacerlo en el coche. Jairo la fue a buscar al portal. Se asustó al escuchar la voz de Natalia por teléfono. Entraron en casa de Jairo, y Natalia se sentó en el sofá sin poder dormir. Jairo se quedó a su lado despierto. Natalia le había insistido en que se acostase. Tenía que

trabajar al día siguiente y por su culpa no descansaría. Jairo se negó y la abrazó. Permanecieron abrazados en el sofá toda la noche mientras a Natalia se le escapaba alguna lágrima.

—Buscaré un sitio donde vivir.

—No hace falta. Quiero que vivas conmigo. Es un sueño poder dormir contigo todas las noches. Es un paso que los dos queríamos dar. Hemos hablado de ello.

—Jairo, es que las cosas no se hacen así, yo no sé; soñaba con que sería de una forma bonita, romántica. No es tan malo desear que fuese romántico y especial el día que decidiésemos vivir juntos, no así. Ella es la que ha decidido el momento.

—No hay una única forma de hacer las cosas; las cosas pasan y ya está. Te prometo que te daré muchos momentos románticos y especiales para recordar. Mañana te ayudaré a traer tus cosas y en pocos días harás las paces con Carlota. Todo se arreglará. Jairo la abrazaba mientras se arrepentía de sus palabras. Le daría momentos románticos y especiales, pero todavía pensaba en cómo decirle que iba a ser padre. En este momento esa noticia podía acabar con su relación.

Se habían quedado dormidos en el sofá. Él se levantó con cuidado de no despertarla y se fue a duchar. Se sentó en el sillón y la observó. La amaba. Por fin estaban juntos y él lo había estropeado todo por una noche con Leticia. Quería tener esperanza, pero sabía en su corazón que, en cuanto se enterase Natalia de que iba a ser padre, su relación acabaría. Se levantó y preparó café. Le acercó una taza a Natalia.

—Gracias, pero no tenías que molestarme.

—Quería mimarte un poco. He estado pensando que quizás nos vendría bien un viaje.

—¿Un viaje?

—Sí, cambiar de aires ver otros sitios, enseñarte mi país.

—¿Tu país? Ya lo tienes todo pensado. —Sonrió Natalia.

—Es que antes de venir a Gijón le prometí a mi madre que volvería en un año. Ella no quería que me fuera. Lo pasó mal y estaría bien ir a verla.

—Todavía no hace un año que estás aquí. Te quedan bastantes meses de plazo.

—Si voy antes, renuevo el plazo. —Los dos sonrieron—. Así conoces a mi familia. Quiero que la conozcas. Quizás te guste la ciudad.

—Me gustaría ir, pero no sé si ahora. Es todo un poco rápido.

—Olvídate de si vamos rápido o despacio. Yo te quiero y quiero estar contigo. Tenemos que hacer las cosas según nos apetezcan. Nos conocemos desde años, Natalia, aunque nadie lo sepa. Apenas has cogido vacaciones en el hotel, así que no pondrían impedimentos y, si los ponen, lo dejas. Yo me ocuparé de todo, y en el bar se pueden quedar Andrés o Sergio. Contratamos a alguien más y ya. —Jairo la besó suavemente en los labios—. Te voy a convencer, le susurro. Natalia se reía, mientras sentía lo besos de Jairo en su cuello.

Jairo le seguía insistiendo en ir a recoger sus cosas. Ya había pasado una semana de su marcha de casa y todavía lo tenía todo en el coche, incluso había bajado alguna cosa más después de pedirle permiso a Carlota para ir a recoger libros, platos, cosas que Natalia consideraba suyos y, después de varias discusiones, Carlota había aceptado. Natalia había metido todos sus enseres en el coche. Apenas había una bolsa con ropa en casa de Jairo. Natalia prefería tenerlo en el coche que en su casa, y Jairo no lo entendía. Le decía que era mejor subirlo todo antes de marcharse de viaje. No podía dejar todas sus cosas en el coche durante esas semanas, alguien podría robárselas. En medio de una pequeña discusión, llamaron a la puerta. Natalia abrió y se encontró a Leticia preguntando por Jairo. La apartó y entró en el salón, donde Jairo se quedó pálido al verla. Natalia no podía dejar de mirarla. Estaba embarazadísima.

—¿He venido en mal momento? —preguntó Leticia.

—Me suena tu cara —le respondió Natalia—. Creo que te he visto por el bar.

Intentaba disimular no entendía que hacía allí aquella mujer y su mundo empezaba a tambalearse.

—Sí, perdona que no me he presentado. Soy la madre del futuro hijo de Jairo. Podría ser su pareja, pero no porque siempre me recuerda que no está enamorado de mí y bla, bla, bla, supongo que tú eres su pareja. Bueno, ya nos hemos conocido, aunque al juzgar por vuestras caras creo que no sabías nada de mí y de mi hijo.

—¿Todo esto es verdad Jairo? ¿Estoy en una pesadilla?

—Déjame que te explique. Te lo iba a contar... solo es que no encontraba el momento. Esto pasó antes de que comenzáramos nuestra relación...

—Comenzáramos nuestra relación... yo pensaba que había comenzado el día que decidiste venirte a España. No me amabas tanto. Ella no había significado nada. No me acabas de pedir que traiga mis cosas y estabas enfadado porque yo no quería traerlas. Hay que tener cara.

—Natalia, solo fue una noche, díselo, Leticia, fue una noche...

—No quiero escuchar nada más. —Recogió su ropa y salió por la puerta. Jairo la agarró del brazo.

—No te vayas. Escúchame, yo te quiero a ti. ¿Dónde vas a ir?

—No es tu problema dónde me vaya. Ocupate de tu hijo. —Natalia se soltó de Jairo. Fue en busca de su coche. Lanzó la ropa dentro y rezó porque arrancara y porque no se le hubiera olvidado conducir. Quería salir de allí cuanto antes.

Acababa de parar en un área de descanso en la autopista. Llevaba unas horas conduciendo y llorando y ahora tenía hambre. Su teléfono ya había dejado de sonar. Se miró en el espejo. Tenía una cara horrible para salir a tomar un café.

Buscó algo en su bolso. Recordaba haber guardado unas chocolatinas y siempre llevaba una botellita de agua. Se acordó de que no había llamado al trabajo. Quizás alguna de esas llamadas de su móvil eran de su jefa. Lo buscó entre las bolsas donde lo había lanzado y vio que tenía dos llamadas perdidas de ella. Decidió llamarla, aunque ya era tarde.

—Natalia, que te ha pasado. Estaba preocupada por ti. No me coges el móvil y en tu casa tu prima me dijo que no sabía nada de ti.

—He tenido problemas. Mi vida ahora es complicada; no sé muy bien que hacer. —Natalia comenzó a llorar.

—Ven a mi casa Natalia. Te puedes quedar unos días.

—No, no quiero volver a Gijón.

—¿Dónde estás?

—En un área de descanso, necesitaba parar un rato.

—¿Y adónde vas? —Natalia estuvo un rato en silencio.

—Madrid, voy a Madrid. Será fácil encontrar trabajo, supongo.

—¿Conoces a alguien allí?

—No.

—Haré algunas llamadas. Preguntaré si necesitan gente en algún hotel de la compañía. Conduce tranquila y, cuando llegues a Madrid, me llamas. Ya tendré alguna información.

—Muchas gracias. —Natalia comenzó a llorar.

—No me tienes que dar las gracias. Lo hago porque te tengo mucho cariño y, si no nos ayudamos entre nosotras, que sería de este mundo. Llámame cuando llegues y conduce tranquila. Para las veces que necesites. Recuerda que no estás sola que te quiero y que voy a cuidar de ti.

Por fin había llegado a Madrid. Había sido capaz de conducir por aquellos carriles y con tantos coches a su alrededor que se sentía contenta. En cuanto encontró un sitio donde aparcar lo hizo y telefoneó a su jefa. Esta le dijo que

le había encontrado dos cosas: un sitio para vivir y un trabajo. Natalia no se lo podía creer y le dio las gracias sin parar. El trabajo era en un hotel céntrico. Habían tenido suerte: una de las camareras había caído de baja y necesitaban a una chica con experiencia, así que el trabajo sería de ella, aunque no sabía por cuanto tiempo, y el lugar donde vivir no sabía muy bien cómo se lo encontraría. Había llamado a una tía que vivía allí y tenía un pequeño apartamento que había dejado de alquilar porque siempre se lo destrozaban y que todavía no quería venderlo. Se lo iba a alquilar a ella. No le pediría fianza porque ella se hacía responsable. Natalia le dijo que podía pagarle; tenía dinero ahorrado. Pero Julia le dijo que no se preocupara. Su tía era buena gente y solo quería alguien que no le destrozara el apartamento y que le pagara el alquiler todos los meses. Natalia le dio las gracias y esperó ansiosa la llegada de la dirección por WhatsApp.

En unos minutos su móvil sonó. Buscó la dirección en el GPS y se puso en marcha. Después de perderse varias veces y estar casi sin gasolina, Natalia encontró la dirección. Había un parking cerca, así que dejó el coche y caminó hasta la dirección exacta. Llamó al timbre y una señora le dijo que subiese. El ascensor estaba estropeado como casi siempre en los últimos meses. Eran pisos viejos y llamaban al servicio técnico cada poco, pero esta vez les habían dado largas solo les decían que lo cambiasen, pero costaba mucho cambiarlo. Como todo había sido tan rápido, no había podido hacer nada. El piso estaba en mal estado, le aviso antes de abrir la puerta. Pero le ofreció su casa para quedarse mientras lo arreglaban. Si venía recomendada por su sobrina, confiaba en ella. Natalia se quedó sorprendida al ver el piso. El olor a humedad, a cerrado era bastante fuerte. La señora fue abriendo las ventanas.

—Es bastante grande para lo que hoy en día se alquila. Tiene dos habitaciones. Esto sería el salón. Allí hay una pequeña cocina y un baño que es bastante grande, y mira, ven aquí; hay una pequeña terraza. En verano está muy bien. Puedes poner una toalla y tomar el sol. —La señora la miro—. ¿Te esperabas otra cosa?

—Sí, lo siento, pero está muy bien y Julia y usted me han ayudado más de lo que se pueden imaginar. Si Julia no se hubiese ocupado de mí, no sé qué estaría haciendo. Ahora son mis hadas madrinas.

—Que exagerada muchacha. No te estoy regalando nada. Tienes que pagar un alquiler y ya ves cómo está el piso.

—Puede llamarme exagerada, pero no dejan de ser muy buenas personas que me están ayudando cuando más lo necesito. Además, esto es solo limpiar y ya está.

—Pues toma las llaves. Mañana firmamos el contrato y en mi casa hay una habitación que puedes utilizar. Llamaré a un pintor para que te deje la casa pintada.

—Gracias. No quiero molestarla lo puedo hacer yo.

—Es deber mío que al menos te quede la casa algo decente tú te puedes ocupar de limpiar y de pensar el color de la pintura yo lo haría todo blanco, pero estás a tiempo de pensar en otro color, ¿Tus cosas cuando llegaran?

—Las tengo en el coche

—En el coche. Vamos, te ayudo a subirlas. Puedes dejarlas en una habitación mientras pintan el resto.

—Está en el parking de abajo; no corre prisa.

—Aquí sí, mejor que tengas tus cosas contigo que aquí nadie se hace responsable de si desaparecen.

La señora llamó a un señor mayor.

—Este es Manuel, vivimos juntos.

—Pero no somos pareja, le interrumpió él.

—Siempre esta con lo mismo, somos... bueno... fuimos compañeros de trabajo y con el paso de la vida hemos terminado viviendo juntos. Quien me lo iba a decir a mí hace quince años. Esta es la amiga de Julia. Vamos a ayudarle a subir sus cosas.

—No se preocupen; puedo ir yo poco a poco.

—Tranquila que todavía podemos cargar cosas —le dijo el hombre

sonriendo.

En varios viajes Natalia había subido todas sus cosas. Se había despedido de los señores y se había quedado un rato a solas en su nuevo apartamento. Estaba asqueroso. No sabía por dónde empezar. Se rio. No tenía mucho tiempo al día siguiente empezaba a trabajar. Se dirigió al baño. Le daban arcadas de ver su estado. Era la primera vez que le pasaba y eso que había limpiado baños de todo tipo. Buscó en una bolsa con productos de limpieza que le había traído la señora. Para empezar se recogió el pelo, se puso guantes y se puso manos a la obra. Su timbre sonó por primera vez después de varias horas de limpieza de su baño. La señora subía a preguntarle si quería bajar a dormir y a cenar algo. Natalia no quería molestar, pero la señora insistió no podía pasar la noche en esa casa. Ya había hablado con el pintor. Era hijo de un amigo. Empezaría a la mañana siguiente a primera hora. Natalia pasó su primera noche en Madrid, en la casa de aquella pareja-no pareja. Al entrar le recibió su perrita. Parecía bastante mayor.

—Tranquila, no te va a hacer nada. Ladra por no estar callada —le dijo Manuel—. Se llama Alegría. Nos pareció un buen nombre y no nos equivocamos. No nos ha traído nada más que alegrías.

—¿Y qué te ha traído a Madrid?

—No seas cotilla; deja a la chica —lo interrumpió ella.

—Quiero saber algo más de ella, me la has metido en casa solo porque Julia te lo ha dicho.

—No pasa nada; no discutan por mí.

—Discutimos por todo; no te preocupes, ya te acostumbraras.

—Me da vergüenza, pero he salido huyendo. —Les miró sus caras asustadas, huyendo de una relación que era mentira y cuando me di cuenta ya estaba a medio camino, siempre he querido vivir en Madrid. Supongo que es un sueño de juventud. Piensas que todo ocurre aquí, no sé. Quizás pueda empezar una nueva vida.

—Pues aquí ocurre lo mismo que en otras ciudades, solo que aquí hay

mucha más gente, pero espero que puedas empezar esa nueva vida —le dijo Manuel. Después de la cena, la señora la acompañó a la que sería su habitación por esa noche y le dejó unas toallas limpias para el día siguiente. Como Natalia madrugaría mucho, le dio un juego de llaves de su casa para que de la que se fuera cerrara bien la puerta.

Natalia se tumbó en la cama y miró su móvil. Había varios WhatsApp de Jairo, de su prima, incluso de Andrés. Decidió leerlos. Empezó por los de su prima. Le preguntaba si estaba bien, le decía que su jefa había llamado, pero nada sobre que volviese a casa. No parecía preocuparle mucho no saber de ella los había mandado unas horas después de que ella saliese de Gijón y no había vuelto a mandar ninguno. Los miraba y no sabía si contestarla o no. Le mando un «Estoy bien» y ya está. Pensó que a lo mejor podría estar algo preocupada por ella. Leyó los de Andrés. Eran más o menos lo mismo. Quería saber si estaba bien, dónde estaba. Él le decía que había hablado con Carlota y que podía volver a casa. No le creía mucho. Carlota no le había dicho nada de eso. Le contestó con un «Estoy bien, gracias por preocuparte». Y después leyó los de Jairo. Eran muchos, pidiéndole perdón, explicándole como había sucedido lo de Leticia, que no quería hacerle daño, que la amaba y que el miedo a perderla le había hecho ser egoísta y no contárselo. Natalia los leyó varias veces y varias veces empezó a escribir y los borró.

Natalia:

Salvador, has sido un sueño hecho realidad, alguien cruzaba el mundo por mí, alguien había estado pensando en mí cuando sentía que no le importaba a nadie. Hablamos de tantas cosas. Te conté tantas cosas. Creo que me conocías mejor que nadie en el mundo. Me hiciste feliz, pero cuando escribo estas palabras no puedo evitar pensar que todo era una mentira, tenías otra vida y es la mejor forma de expresarlo, otra vida, una vida va a llegar a este mundo, de la que eres responsable. Vas a ser padre con otra mujer. Me has engañado cuando me decías que formaríamos una familia. Cuando hablábamos de ello tú ya estabas empezando tu familia. No voy a volver y no quiero saber nada más

de ti. Nunca podría volver a confiar en ti. No me vuelvas a mandar ningún WhatsApp. No me llames. Se acabó.

Natalia dejó su móvil sobre la mesita y cerró los ojos. Apenas quedaban unas horas para su primer día de trabajo y necesitaba dormir algo. No podía evitar las lágrimas que caían por su rostro. Se había sentido tan bien con Jairo, tan feliz, tan segura, y todo había acabado. Iba a empezar una nueva vida ella sola.

En poco tiempo Natalia ya había puesto el apartamento a su gusto. Había decidido pintar la casa de rosa. Todo lo quería en rosa. Era su color favorito y Carlota lo odiaba. Ahora quería poner color en su casa. No quería paredes blancas. Todavía le quedaban cosas por comprar, pero no tenía prisa. Era la primera vez que tenía algo que era suyo y que podía hacer y deshacer sin tener que contar con la aprobación de otra persona. En el trabajo se encontraba muy cómoda. Solo le preocupaba la inestabilidad, qué pasaría cuando se le acabase el contrato, pero ahora contaba con dinero ahorrado que, teniendo cuidado, le daría para varios meses. Estaba muy tranquila, aunque su corazón seguía roto. No había vuelto a saber nada de Carlota ni de Jairo. Alguna vez se preguntaba por qué Carlota no había insistido más. Pensaba en Nico, pero conociendo a Carlota sería ella quien tendría que disculparse primero. Y Jairo quizás estaba respetando un tiempo o quizás ya se hubiese olvidado de ella y estaría preparándose para ser padre. Quizás la ruptura era la salida que él necesitaba para centrarse en su próxima paternidad. No podía evitar imaginarlo con Leticia haciendo las compras para su futuro bebé, decidiendo el modelo de cuna, los peluches. Todo lo que ella había soñado hacer con él.

Un domingo por la mañana decidió ir a dar una vuelta por la ciudad. Llevaba unos meses y solo había hecho el mismo recorrido todos los días de casa al trabajo y del trabajo a casa. Al pasar por un parque céntrico se encontró con algo que parecía una fiesta; había mucha gente. Natalia se fue acercando. Un chico joven se le acercó por detrás.

—Hoy vas a encontrar al amor de tu vida. —Natalia se giró.

—¿Qué?

—Hoy no te vas a ir sola de aquí. ¿Qué estás buscando? Cuéntame.

—Creo que me equivocado o que tú te has confundido. —Natalia miró al joven. Su sonrisa era contagiosa.

—Yo no me equivoco. —Según se iban acercando, Natalia se dio cuenta de que había una fiesta para adoptar perros. Vio las zonas donde estaban. Se paró.

—Me he equivocado. No estoy buscando mascota.

—No te vayas. Te he dicho que vas a encontrar al amor de tu vida. Dame una oportunidad. —Natalia sonrió y asintió con la cabeza. El joven se presentó. Se llamaba Marcos. Le pidió que diera una vuelta y que ya volvería él. Natalia paseó por allí. Había de todo: perros viejos, jóvenes, cachorros, pequeños, grandes y solo pensaba en que nunca había tenido un perro y que no tenía ni idea de qué hacer con ellos. Era mejor que se fuera de allí. Marcos la alcanzó unos metros antes de que pudiera desaparecer de su vista.

—Ya tengo lo tuyo. Ven que te los presento.

—Es que eres muy majo, pero nunca he tenido perro. No sé qué hacer con ellos; no va a salir bien.

—Estos se cuidan solos. Conócelos y luego ya no te insisto más.

—Vale.

—Mira, éstas son Margarita y Paquita. Tienen cuatro y cinco años. Son amigas y residentes en Madrid. Encontramos a Paquita atada con una cuerda en una finca. Apenas podía moverse y Margarita estaba a su lado. Ella estaba suelta; no sabemos si crecieron juntas o si Margarita apareció allí y decidió quedarse a su lado. Las dos estaban muy mal cuando las encontramos, pero ahora ya se están recuperando y no tendrás que pagar nada por su recuperación. Nosotros nos hacemos cargo de los tratamientos que tienen ahora; solo tienes que llevarlas a las revisiones y darles su medicación. Solo necesitan un hogar donde estar tranquilas. Son muy buenas y no queremos separarlas. ¿Qué me dices? ¿Ya te has enamorado? —Natalia las miraba. Eran tan guapas. Paquita era más alta negra y Margarita era pequeñita de color

marrón. Las dos la miraban sentadas y moviendo la cola cuando ella las acariciaba.

—No lo sé. Son dos, no estoy segura.

—Son muy especiales y necesitan a alguien especial que les dé cariño y seguridad.

—No soy especial.

—Sí que lo eres. Me has aguantado sin mandarme a la mierda y eso es mucho; no sabes la gente que me he encontrado. —Los dos sonrieron—. Te las puedes llevar y en unos días me dices que tal lo llevas, si quieres seguir con ellas o no.

—Vale, me las llevo —dijo Natalia con dudas. Fueron a rellenar los datos y Marcos se ofreció a acompañarla. Les daría el pienso y le explicaría las medicinas que estaban tomando. Natalia aceptó.

Bajaron de la furgoneta y Natalia le dio las gracias. Intentando despedirse de él.

—Ya quieres echarme. Tengo que subirte el pienso no vas a poder con todo.

—Es que mi casa todavía está de mudanza. No te vayas a asustar.

—Espero que no. —Subieron y Natalia abrió la puerta. No había muebles en el salón. Solo unas cajas abiertas donde se veían libros, algo de ropa y nada más.

—Me gusta la decoración. Hay mucho espacio y el color es muy alegre —dijo Marcos sonriendo.

—Es que todavía no me he comprado un sofá. Son caros y quería ahorrar un poco antes de comprarlo. Ya he gastado mucho en la habitación...

—Puedes mirarlo de segunda mano. Aquí hay muchas tiendas y mucha gente vende muebles en esta ciudad. Ya te pasaré alguna dirección. Puedes amueblar la casa por poco dinero. Bueno, ¿qué os parece, chicas? Esta es vuestra casa. —Natalia las soltó y ellas apenas se movieron de su lado. Natalia buscó en la cocina unos cuencos para echarles algo de agua. Marcos le explicó cómo tenía que darles las pastillas. Le dejó una caja de quesitos y su número de teléfono

por si tenía cualquier duda.

—Gracias por todo.

—Estaremos en contacto, que no te de vergüenza llamarme a cualquier hora, ¿vale?

—Sí.

—Ahora os dejo solas para que os vayáis conociendo.

Natalia cerró la puerta y miró a sus perritas estaban sentadas enfrente de ella mirándola. Sonrió eran preciosas, esperaba hacerlo bien. Quitó de su cama el edredón y lo puso en el suelo a modo de cama para ellas.

—Mañana iré a compraros unas camas, unos cuencos, lo que podáis necesitar.

Natalia se sentó en el suelo. Las miraba y pensaba en si era una equivocación el haberlas adoptado. Ella no podía ofrecerles nada. Llamó a Margarita y ella se acercó a su lado. Natalia la acaricio y al rato Paquita se acercó y dejó que Natalia la acariciara.

—Intentaré que todo salga bien, ¿vale? Empezaré por hacer un horario para pasearos. Vais a estar bastante tiempo solas, pero os haréis compañía, os tenéis que portar bien. Yo también soy nueva aquí y no necesitamos problemas. Decidió bajarlas a pasear e ir conociendo el barrio. Les puso las correas, que se veían viejas y gastadas. Al día siguiente tenía que comprarles otras. Las agarro fuerte y salió a pasear. De la que estaba en el portal Manuel llegaba con Alegría. Natalia le contó que ahora eran más en casa y él se alegró por ella. Quedaron al día siguiente para ir a pasear, él solía madrugar mucho. Le enseñaría unos sitios cercanos que eran muy cómodos para pasear. Natalia se alegró: si él no se quejaba, la señora tampoco. Ya había pasado el primer problema que había creído que tendría que resolver.

A la mañana siguiente se fue intranquila al trabajo. Ya las había paseado, les había dado las medicinas y habían desayunado, pero aun así le daba pena irse. No volvería hasta ocho horas después y las dejaría allí solas. Las miró y les dijo que se portaran bien y que enseguida volvería con las camas nuevas.

De vuelta a la casa cargada con dos camas grandes y varias bolsas. Recibió la llamada de Marcos. Le preguntó qué tal la noche. Natalia le contó que habían pasado buena noche y que todavía creía que no se fiaban mucho de ella, pero que sería cuestión de tiempo. En ese momento iba cargada con varias cosas que les había comprado para que estuvieran más cómodas. Marcos se alegró de que Natalia estuviese pensando en el futuro. Eso significaba que las perritas habían encontrado un hogar. Le comentó que tenía en mente varias tiendas donde ir a mirar sofás y lo que pudiese necesitar. Cuando ella quisiese, solo tenía que llamarlo. Natalia quedó al día siguiente. Tenía unas horas por la mañana y así echaría un vistazo. Marcos le dijo que podía llevar a las perras. No pondrían ningún problema.

Natalia entró en casa y sus perritas la recibieron con alegría. Enseguida colocó las camas y se sentó en el suelo. Fue sacando de las bolsas todo lo que les había comprado y se lo iba enseñando. Hablaba con ellas sobre el mejor sitio para colocar los cuencos, las chucherías. El bebedero de agua era grande y nunca les faltaría el agua mientras estuviera fuera. Los colgadores para las correas... y ahí se dio cuenta de que no las había sacado a pasear. Buscó las correas nuevas y se las puso. Estaban preparadas para el paseo. Llamó a la puerta de Manuel y salió con Alegría. Irían a pasear juntos. Hoy conocerían otra zona diferente del barrio.

Natalia esperaba ya en la calle la llegada de Marcos. Antes habían ido a pasear. Marcos la llamó desde su furgoneta. Margarita y Paquita se alegraron de verlo y saltaron rápidamente dentro de la furgoneta. En pocos minutos llegaron a la primera tienda que Marcos había buscado. Pasearon entre los muebles, sentándose, midiendo, viendo los precios. Natalia en unas horas ya tenía elegido lo que quería para su salón. No tenía que ir a más tiendas. Se había enamorado de un sofá viejo de cuero marrón. Era grande y cómodo y no le importaba que estuviera gastado. También de una mesa redonda con sus manchas era pequeña, pero no necesitaba una mesa muy grande para comer. Estaba feliz en aquel sitio. Todo le gustaba. Marcos se ofreció a ayudarla a

subirlo a casa. Llamaría a unos amigos y no tendría que hacer nada, como mucho invitarlos a unas cervezas. Marcos se alejó a hacer unas llamadas mientras Natalia pagaba los muebles. Cuando terminó, salió a buscarlo y su corazón dio un vuelco. Jairo parecía pasar en un coche. Natalia se quedó paralizada mirando aquel coche. Aparcó no muy lejos y el hombre bajo, vio cómo se iba acercando y como no era Jairo.

—¿Te encuentras bien? Estás pálida.

—Sí, estoy bien; es que pensé que había visto a alguien, pero no, no era nadie.

—¿Alguien de tu pasado?

—Sí.

—Eso es que te vas a encontrar con alguien de tu pasado en pocos días. El destino te está avisando para que estés preparada.

—¿Te lo estás inventando?

—Nunca lo sabrás, ya hablé con mis amigos. Me esperaran en tu portal en dos horas. Voy a pedir ayuda para cargarlo y ya nos podemos ir. —Natalia esperó con Margarita y con Paquita mientras Marcos y dos dependientes cargaban los muebles. Estaba contenta; su casa iba a empezar a coger forma. Miraba a Marcos y a las personas que le estaban ayudando. Había tenido suerte se había encontrado con buena gente en esa ciudad.

Habían pasado unos meses de su llegada a Madrid y Natalia cada día se sentía mejor, incluso podía decir que era feliz, algo que nunca había pensado cuando se fue de Gijón. Ni siquiera sabía si antes había tenido esa sensación que en ese momento tenía. Ella controlaba su vida. No podía evitar pensar en Jairo, aunque cada día se esforzaba en pensar un poco menos en él. En ese momento ya sería padre; tendría a su hijo o a su hija en brazos. Lo besaría; quizás le cantarían alguna nana. Era una imagen preciosa: él tan alto y fuerte con un bebé en brazos. Ya no se acordaría de ella. Pensaba en su prima. Quizás en esos

meses ya estuviese casada y viviendo feliz su sueño y en Nico habría crecido mucho y seguro de que había vivido un montón de aventuras como él las llamaba, lo echaba de menos. De vez en cuando seguía escribiendo cartas a Olivia donde le contaba cómo iba su vida. Solo deseaba que estuviese bien y, aunque no las contestase, que supiese que pensaba en ella. Seguía trabajando en el mismo hotel. Estaban contentos con ella e iba encadenando contratos. Seguía en la misma casa que ahora ya se parecía más a un hogar y con sus dos perritas. Salía a pasear con ellas y cada día buscaban sitios nuevos. Ya iba conociendo la ciudad. De vez en cuando se sentaban en una terraza y Natalia observaba a la gente, sobre todo a las parejas. Se las veía felices, y ella al principio sentía envidia, pero con el paso de los días ya no la sentía. Ya era otra mujer, y se sentía a gusto consigo misma. Podía salir a tomar algo sola, ir al cine. Ella decidía sus momentos. Quedaba de vez en cuando con Marcos. Paseaban juntos a sus perros y le explicaba cosas nuevas sobre ellos. Había aprendido mucho en poco tiempo sobre como adiestrarlos. Manuel y Carmen se habían convertido en buenos amigos, con los que comía todos los domingos y a los que había ido conociendo poco a poco. Sentía que eran como sus abuelos. Carmen había sido enfermera. Tuvo una hija cuando era joven de un doctor que nunca la reconoció y por el que sufrió mucho. Vivían en el mismo edificio; el apartamento en el que vivía Natalia era de su hija. Su hija falleció en un accidente de tráfico hacía ya algunos años y Carmen cayó en una fuerte depresión. Su vida se la había dedicado a ella. Nunca había tenido una pareja fija. No quería casarse ni comprometerse con ningún hombre. Su prioridad era su hija. Toda su vida se acabó el día que le dijeron que su hija había fallecido. Carmen intentó suicidarse, pero la llegada inesperada de Julia a su casa consiguió que siguiera viva. Durante un tiempo Julia vivió con ella, pero tuvo que volver a Gijón con sus hijos, que entonces eran pequeños. Le pidió que se fuera a vivir con ella, pero Carmen se negó. Quería seguir allí; le quedaba muy poco para jubilarse y lo haría en el hospital donde siempre había trabajado. Le prometió que iría los veranos a visitarla. Manuel era compañero de trabajo de

Carmen; él tenía dos hijos que nunca lo visitaban y que lo culpaban de la muerte de su esposa por un cáncer de mama. Le recriminaban que él nunca se hubiera dado cuenta de lo que estaba pasando. Su esposa había decidido esconderlo para protegerlos y sin quererlo había destruido a su familia. Cuando la esposa de Manuel murió, Carmen lo invitó a mudarse con ella. Manuel vivía en un piso alquilado. No quería problemas con la herencia y se lo había dado todo a sus hijos. Al principio Manuel dudó si aceptar en el trabajo. No eran los mejores compañeros del mundo, pero visitó la casa y después de hablarlo aceptó. Estaría mejor allí que en la pensión. Los dos compartieron su soledad y su tristeza desde entonces. Discutían como siempre lo habían hecho en el trabajo. Tenían personalidades muy distintas, pero también se cuidaban cuando uno tenía un mal día el otro tiraba de él y así llevaban varios años. Y con su perrita Alegría habían creado su peculiar familia de la que en ese momento Natalia formaba parte. Ellos apenas hablaban de su pasado. Preferían hablar del día a día. Ayudaban a la gente del barrio en lo que podían. Manuel daba clases de francés a algunos niños y adultos de la zona. Natalia se había convertido en una de sus alumnas; tenía ganas de aprender nuevas cosas para poder ascender en el trabajo. Carmen ayudaba enseñando a algún familiar que de repente tenía que cuidar de un familiar enfermo y de vez en cuando se reunían con sus antiguos compañeros de trabajo en alguna cena o comida.

Natalia caminaba rápido. Estaba empezando a nevar y quería llegar pronto a casa. De repente, su corazón dio un vuelco. Él estaba allí enfrente de ella.

—Me acuerdo de ese gorro. Te lo regale yo. ¿No te acuerdas de mí?

—Sí, claro que me acuerdo. —Natalia se acercó y le dio dos besos—. ¿Qué haces por aquí?

—Ahora vivo aquí. Me mude hace ya varios años. Te invito a un café.

—Es que tengo prisa —acertó a decir Natalia intentando dominar sus nervios.

—Solo un café. Bueno, quizás te espera tu marido en casa con los niños.

—No me espera mi marido, no estoy casada. —Natalia lo miró. Era él, no podía pasar como si nada—. Porque no vienes a casa y te invito yo.

—Yo invito al taxi. ¿Qué te parece?

—Bien. —Subieron al taxi en silencio. Natalia lo miraba y sonreía. No se lo podía creer. Hacía muchísimos años que no pensaba en él. Parecía más alto de lo que recordaba y su mirada era más intensa. Siempre había soñado con encontrarse a Jairo por aquellas calles. Soñaba que él la iba a buscar, aunque no lo quería reconocer y en ese momento se había encontrado a Daniel. Subieron al apartamento y Natalia le presentó a Margarita y a Paquita.

—Por ellas tenía prisa. Tengo que sacarlas a pasear. —Natalia les iba poniendo sus chubasqueros.

—No me lo puedo creer. ¿Tienes perros?

—Sí, no es tan difícil de imaginar.

—Pensaba que no te gustaban los perros. Recuerdo que decías que ya tenías bastante con limpiar en el trabajo y en casa como para tener perros.

—Ya no me acordaba de eso. —Natalia sonrió—. Pues, he cambiado. ¿Nos acompañas? Luego te invito al café.

Pasearon durante un rato en el que Daniel aprovechó para comprar la cena. Se autoinvitaba a cenar con Natalia y a ella le pareció bien. Se pondrían al día.

Ya en casa Natalia y Daniel ponían la mesa.

—¿Cuéntame cómo has acabado aquí, Natalia? Yo te hacía casada, con niños, una vida normal de lo que siempre se hablaba en el trabajo.

—Necesitaba un cambio y me vine aquí.

—Soy yo. Me puedes contar la verdad. No una versión para desconocidos.

—Natalia lo miró y suspiro.

—Se me juntaron muchas cosas: Carlota me invito a irme de su casa porque se iba a casar, el chico con el que estaba había dejado embarazada a otra, y mi hermana... sí, me apareció una hermana... Ella tuvo un accidente y no sé nada de ella. Mi madre se ocupó de dejarme claro que había sido culpa mía y que lo mejor era que desapareciera de su vida. Todo eso me hizo coger mi coche viejo que apenas había conducido para buscar un sitio donde estar tranquila. Huir era lo primero que quería, huir de mi ciudad. Y estoy aquí todo gracias a Julia. Ella me encontró la casa y el trabajo.

—Julia, sigue siendo tan buena persona como siempre.

—Sí, siempre me ha cuidado mucho y ahora... ¿tú cómo has llegado aquí?

—Después de romper, bueno no sé si puedo decir romper porque tampoco fuimos novios formales.

—Es mi culpa, lo siento, que mal.

—Estoy hablando yo. Siempre te ha gustado interrumpirme. —Sonrió Daniel—. Ya llevaba un tiempo mal en el piso donde vivía. Ya sabes: mucha gente, muchos problemas. Decidí buscar otro lugar donde empezar. Y vine aquí, fui dando tumbos y ahora tengo un trabajo desde hace dos años. Me han hecho fijo. Tengo todos los papeles en regla y vivo en un piso compartido con dos compañeros de trabajo. Trabajo en la cocina, que no te lo había dicho.

Ahora soy ayudante, pero pienso ascender y también hago de camarero cuando lo necesitan. Voy a clases de cocina. Si me vuelves a invitar, te demostraré lo que he aprendido.

—Siento haber sido la culpable de que dejaras la ciudad.

—Fueron un montón de situaciones. Tú solo eras una pequeñita. ¿Has vuelto a saber algo del chico? —le preguntó Daniel para cambiar el tema.

—No.

—¿Y quieres saber algo de él?

—No estoy segura.

—Me alegro de que no te hables con tu prima. Nunca me gustó mucho. Entiéndeme, no me alegro de que te echara de casa, o sí, porque ahora te tengo aquí. Tengo un dilema. —Los dos rieron como si los años no hubieran pasado.

—No has cambiado nada. Sigues con tus dilemas. ¿Has tenido contacto con tu familia?

—Sí, mi madre se fue a vivir a Francia con mi hermano mayor y allí los visitó cuando tengo días libres. Ahora soy tío; tengo dos sobrinos preciosos. Ya los conocerás. Tienen dos y seis años. Son tan increíbles... no sé cómo explicártelo. Bueno, tú tienes a Nico, así que me entiendes. Y de mis otros dos hermanos no hemos vuelto a tener noticias. Creemos que no llegaron. Con el paso del tiempo hemos dejado de hablar de ellos.

—Lo siento, Daniel, soñabas con vivir todos en Gijón. —Natalia colocó la mano encima de la de Daniel y él miró.

—He pensado mucho en ti. —Natalia se sonrojó—. No tienes que decir nada. Seguro de que ya te habías olvidado de mí.

—No puedo mentirte, no quería pensar en ti siempre me sentí mal por cómo te había tratado. Me mortificaba.

—Bueno, me has invitado a tu casa y a cenar. Ya todo queda olvidado.

—Te invito a dormir. La noche está fatal y yo tengo un sofá bastante cómodo y mantas.

—No querrás aprovecharte de mí. Él aceptó rápidamente, con las mantas

que Natalia le acercó se hizo una cama en aquel sofá que sabía le daría dolores de espalda, pero no podía rechazar aquella oferta de Natalia. La había encontrado después de tanto tiempo ahora quería aprovechar cada momento a su lado.

—No seas tonto. —Natalia le llevó las mantas—. Me alegro de que estés aquí. ¿Estarás cómodo? Es que ahora te veo tan alto y el sofá parece más pequeño.

—Estaré bien, sobre todo porque tengo mucho sueño; buenas noches. — Daniel se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches.

Natalia estaba tumbada en la cama recordando las palabras de Marcos. Alguien de tu pasado aparecerá. Se había confundido de persona, pero era verdad. Alguien de su pasado había aparecido. Ella durante aquellos días había pensado en Jairo. Daniel había sido su primer amor, aunque nunca habían llegado a nada más que a un tímido beso en la mejilla. Se conocieron en el hotel. Él trabajaba allí cuando ella apareció buscando trabajo. Natalia apenas se relacionaba con nadie. Solo hacía su trabajo y después se iba a casa de Julia, que la acogió al enterarse de que estaba en la calle. Daniel se había fijado en ella desde el primer momento. Apenas era dos años mayor que ella. Se sentaba a su lado en el comedor y poco a poco se fue ganando su confianza y pasaban más tiempo juntos. Daniel había venido en una patera siendo todavía menor y había llegado a Asturias buscando a un amigo de un amigo que le podía ayudar. Al final había acabado viviendo en un piso con 10 personas más. Pero como él decía: no se podía quejar; estaba bien. Natalia le había contado que sus tíos la habían echado de casa al creer que estaba embarazada cuando la que estaba embarazada era su prima, pero con el tiempo se habían dado cuenta de su error. Ellos eran así: siempre la culpaban de todo lo malo que pasaba. La relación con Daniel acabó cuando apenas estaba empezando. Algunas chicas del hotel le habían dicho que no se fiara de Daniel, aunque era un protegido de Julia. No sabía que era lo que podía

buscar. Y cuando se lo contó a su prima después de tiempo sin verse, ella le había dicho lo mismo. Solo quería aprovecharse de ella. Si no lo paraba, se podía ver casada antes de cumplir los dieciocho. Tenía que pensar que podía pasar si seguía con él. Sería la comidilla del barrio. Natalia se defendía diciéndole que ella ya era la comidilla con su embrazo y con la llegada de Nico. Y, aunque intentaba hacerse la fuerte, aquellas palabras fueron metiéndose en ella y cada gesto o palabra de Daniel la ponía en duda. Poco a poco se distanció de él. No quería, pero era así. Las dudas habían llenado su corazón. Aquella situación se había juntado con otra: su prima Carlota le había pedido que volviera a casa. Sus padres la habían dejado sola y se habían ido al pueblo, y ella tenía miedo no quería vivir sola. Le quedaba un mes para dar a luz y no sabía qué hacer con un niño. Natalia le reprochó que durante los meses anteriores no se hubiera preocupado por ella. No la había ido a buscar al hotel antes, ni la había llamado. Había sido Natalia la que se había puesto en contacto con ella al enterarse por una amiga común que sus tíos se habían ido y no iban a volver. Todo el mundo en el barrio hablaba de eso. Carlota le respondió que era fuerte y que sabía que saldría adelante, algo que ella no era. La necesitaba. Por eso le había pedido que viviesen juntas. Sabía que lo había hecho mal, pero en ese momento la necesitaba. Daniel le pidió una cita en uno de esos días en los que la cabeza de Natalia no hacía más que darle vueltas a todo lo que le habían dicho. Él pensaba que así hablarían y solucionarían aquel distanciamiento que había empezado a notar sospechaba que alguien le había empezado a hablar mal de él, incluso Julia lo trataba diferente, pero lo que más le importaba era su relación con Natalia. Natalia aceptó, pero nunca llegó a presentarse. Después de aquella malograda cita, la relación entre ellos empeoró y la gente del trabajo pensaba que Daniel le había hecho algo y, aunque Natalia les explicó que no había pasado nada entre ellos, a los pocos días Daniel decidió dejar el trabajo sin dar muchas explicaciones, sin despedirse de nadie. Natalia no quiso volver a pensar en él al irse así. Pensó que todos habían tenido razón: él solo quería aprovecharse de ella. Tumbada

en la cama intentaba pensar que habría sido de su vida si no hubiese dejado hueco para aquellas palabras, cómo habría evolucionado su relación con Daniel. Seguía tan guapo como siempre. Sus ojos no habían cambiado. Su sonrisa cuando la miraba aún la ponía nerviosa. Después de tantos años, cuando lo tenía cerca se sentía tan bien, segura, los miedos no existían. Aquel encuentro había sido como si nada hubiese cambiado entre ellos, como si fueran los primeros meses en los que estaban bien y nadie había empezado a meterle mierda en la cabeza.

A la mañana siguiente, Daniel seguía en casa durmiendo en el sofá. Natalia lo miró unos minutos. Ella le había hecho daño. Él había cambiado su vida por su culpa. Él se despertó mientras Natalia lo miraba.

—Me he dormido, ¿es muy tarde?

—No, todavía es pronto voy a preparar café.

Natalia se fue a la cocina mientras Daniel se levantaba.

—En qué estabas pensando cuando me mirabas. Parece que llevabas un buen rato.

—En el daño que te he hecho.

—Olvidalo. Las cosas pasan ya ha pasado mucho tiempo hemos cambiado y quizás aquello fue lo mejor en ese momento

—No tengo mucha disculpa. Me deje influenciar por todo lo que me decían. Al final me dabas miedo...

—¿Miedo? —interrumpió Daniel

—Sí, todo era tan malo y yo, no lo sé, me sentía tan poca cosa que como te ibas a fijar en mí, tú eras increíble podías tener a cualquier chica, porque te ibas a fijar en mí, me repetía. Y todas esas movidas que tenía en mi cabeza hicieron que pasara de los hombres y me centrara en mi trabajo, mi prima y Nico. Y cuando apareció Jairo, Natalia hizo una pausa vio como el rostro de Daniel había cambiado al nombrarlo, no es un tema para hablar ahora, perdona

—No tengo nada que perdonarte, somos amigos y puedes hablar de lo que quieras conmigo, incluso de ese estúpido Jairo. —Los dos rieron. A mí

también me afectó cómo acabó lo nuestro. Me hizo más inseguro.

—Tú inseguro... no te creo.

—Si cuando me acercaba a alguna chica, siempre pensaba: «A lo mejor ella piensa que me estoy acercando para conseguir algo a cambio, claro, algo que no sea sexo». —Daniel se rio y Natalia se contagi—. Hubo una vez que me acerqué a una y a los quince minutos le estaba diciendo que tenía los papeles, vergonzoso, no sabía cómo ligar. —Daniel la miro—. ¿Sabes? Pensé en mil formas de haber terminado lo nuestro. Iría a buscarte al hotel y te soltaría algún discurso peliculero que al final te demostrase que no quería nada más que estar contigo. Sabía que te estaban comiendo la cabeza, lo notaba en el ambiente, pero no sabía cómo cambiarlo.

—¿Te acuerdas de alguno? No, lo siento... es una tontería.

—Sí, comenzaría con un «No dejes que nadie mande en tu corazón», Natalia. No dejes que te hagan dudar de ti. Eres una mujer maravillosa. Todos los hombres del mundo desearían estar contigo solo con verte sonreír. Eres la razón por la que me levanto sonriendo, aunque mi vida sea un asco. Saber que tú estarás aquí me hace creer que hay algo mejor por lo que merece la pena vivir. —Los dos se miraban, mientras Daniel decía aquellas palabras, después de unos segundos de silencio. Daniel volvió a hablar.

—Era un adolescente, como tú; todo se vive con más intensidad. Ahora suena demasiado ñoño.

—Es muy bonito. No es nada ñoño. Ha sido bonito ahora y creo que será bonito siempre.

—Pero en aquel momento los dos estábamos llenos de muchas dudas e inseguridades. Nada hubiese cambiado por unas palabras. —Natalia lo miró. Quizás tenía razón: nada había cambiado. Ella ya estaba abducida por todo lo que le decían de él.

—Me tengo que ir, podemos quedar algún otro día, si quieres.

—Sí, me gustaría quedar, volver a verte. En unos días. Ahora voy a estar un poco liada. Voy a enlazar algunos turnos y solo me va a quedar tiempo para

ellas y para dormir.

—Te dejo mi número y me mandas un WhatsApp con la cita. Yo el próximo lunes estoy libre.

—Vale el lunes —contestó Natalia rápidamente.

—Vengo a buscarte.

Daniel se despidió con dos besos, y Natalia se quedó detrás de la puerta pensando en él. Enseguida volvió en sí y sacó a las perritas a pasear. Durante el paseo, se encontró con Manuel y le contó lo que le había pasado. Él la animó. Si la vida los había vuelto a unir era que tenían que continuar algo que dejaron a medias, era que eran importantes en sus vidas. Siempre nos volvemos a encontrar con las personas importantes en nuestra vida. El destino no da muchas oportunidades.

—Tómalo con calma, sin prisas, pero date una oportunidad. Carmen me dijo que era muy guapo. —Natalia lo miró sorprendida—. Sí, estaba asomada a la mirilla. Te vio subir con un chico. Ya está, es una cotilla. —Se rieron y siguieron paseando.

Natalia pensaba en Daniel. No estaba segura de querer tener una relación, pero sí estaba segura de que lo quería en su vida. Si lo había vuelto a encontrar, quizás era el momento de que retomasen la amistad. Antes de subir a casa decidió ir a casa de Carmen. Habían comprado unas galletas de las que la volvían loca a Carmen. Quería hablar con ella. Era lo más parecido que tenía a una madre o a una abuela. Manuel las dejó solas. Natalia le contaba toda la historia de Daniel y las dudas que tenía. Se sentía bien; sentía que recuperaba su vida, que ya no lloraba por las noches ni pensaba en él por el día. Se sentía fuerte, capaz de lograr lo que necesitaba para estar bien. Carmen la miraba y la escuchaba.

—Te voy a aconsejar como si fueras mi hija, que así te siento. No tengas prisa, pero tampoco te escondas. Te cambia la cara cuando lo nombras, a Daniel no, al otro. No te había visto sonreír así. Date una oportunidad tú de sentir, de disfrutar de sentir mariposas en el estómago. Ahora eres una mujer

totalmente distinta a cuando llegaste aquí. Has cambiado mucho en apenas unos meses. Estoy segura de que no tendrás nada que ver con la chica que se dejó llevar por las habladurías con Daniel o la que estuvo con el otro. Vive y sonríe como lo haces siempre que lo nombras. Y me lo tienes que presentar, un domingo de estos venís a comer. —Natalia la abrazó.

—Gracias por dejarme estar en tu vida.

—Ay, hija, que dramática eres —le dijo mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Soy yo la que tiene que agradecerle a Julia que te haya mandado. Y acercarme más galletas que están buenísimas.

Aquellos días le pasaban a veces rápido y a veces despacio. No sabía si Daniel se arrepentiría de volver a quedar con ella. No habían tenido contacto a pesar de tener sus números de teléfono. Y eso le preocupaba. Pensaba que a lo mejor le pasaba como a ella: quería decirle algo, pero no sabía cómo; dudaba de cómo enviarle un WhatsApp o de que emoticono poner. Nunca pensó que fuera tan complicado.

El lunes Natalia estaba preparándose para aquella cita, pero veía que se hacía tarde y que él no aparecía. Miraba el móvil pensando en mandarle algún WhatsApp, pero no se atrevía. Él se había conectado hacía ya muchas horas. Cuando estaba decidida a escribir algo y ya tenía la frase perfecta llamaron a su puerta. Daniel aparecía por fin.

—Siento el retraso. Según venía, me iba arrepintiéndome de venir. —Natalia se asustó al escuchar esas palabras—. He tenido un turno hoy en el que un compañero se puso malo. Pensé que iba a acabar antes, pero no acabó de salir. Vengo cansado y oliendo mal. No soy una buena cita. Si quieres lo dejamos para otro día; quería decírtelo en persona. Estás preciosa —le dijo Daniel mirándola de arriba abajo—. Solo por verte a merecido la pena venir.

—Pasa, no te quedes ahí. —Daniel entró y saludó a las perritas—. ¿Has tenido un mal día?

—Sí, me llamaron a última hora. Pensé que al ser de mañanas me daría tiempo a ducharme, ponerme una camisa, pero no. Aquí me tienes y no me ha servido de nada. Podemos pedir algo de cena, si quieres. No tome nada en el restaurante con las ganas de llegar y ahora estoy muerto de hambre.

—Vale, pero yo no conozco nada por aquí y todavía estoy pensando en que

tengas camisas —Natalia rio.

—He cambiado mucho, Natalia, tengo como cuatro. —Daniel la miró y Natalia volvió a sentir las mariposas en el estómago como cuando se encontraban por el hotel y él la saludaba—. Tranquila, soy un experto en pedir comida a domicilio. ¿Qué te apetece?

—¿Dónde me hubieses llevado a cenar hoy?

Daniel contestó sin dudar:

—A un italiano o, mejor aún, a un sitio donde hacen unas hamburguesas increíbles. Creo que es mi día de suerte porque sirven a domicilio. —Daniel enseguida encargó la cena, mientras Natalia se había quitado los tacones y buscaba su pinza para recogerse el pelo. Daniel la miraba mientras se recogía el pelo. Seguía enamorado de ella. Natalia se sonrojó al ver como la miraba.

—Me tienes que contar la historia de tu color de pelo —dijo Daniel para romper aquel silencio.

—Lo lleve así un tiempo y con el pelo más cortito. El pelo me creció y me fue desapareciendo el tinte y cuando llegue a Madrid me apetecía teñírmelo otra vez. Me gusta cómo queda. Lo pregunté en el hotel porque veía que todos tenían una imagen diferente a otros sitios, menos formales y cuando me dijeron que sí, lo hice. ¿Te gusta?

—Me gusta tu pelo rosa. —«Me gustas toda tú», pensó Daniel, mientras sonreía.

Durante la cena hablaron de las parejas que había tenido Daniel, de los amigos que tenía en ese momento. Le contó anécdotas de sus sobrinos y le insistió a Natalia para que le contara cosas de ese hombre que le había roto el corazón. Natalia le habló de su prima, de Nico, de su hermana Olivia y al final habló de él. Daniel recordaba a aquel hombre. Natalia le había hablado de que se escribía con varias personas y le había hablado de él.

—¿Volverías con él si apareciera aquí y ahora?

—No, estuve muy mal. Estaba muy enamorada, pero me engañó y yo confiaba en él. Incluso en unos días íbamos a hacer un viaje a su país para

conocer a su familia. Le he dado tantas vueltas a esa historia. No sé qué intenciones tenía. Quedarnos allí a vivir, abandonar a su hijo, no lo sé. Y si amas a alguien, tienes que luchar más por esa persona. Llevo aquí tres meses, con el mismo número de teléfono y no he vuelto a recibir una llamada, un mensaje de él.

—Porque te torturas así. Tira el móvil. Cómprate otro.

—Lo tengo guardado. Sé que es patético. Me compre otro, pero el antiguo lo tengo guardado por si pasa algo, por si Nico me necesita. Sí, sé que también es una excusa. Mi prima también pasa de mí. Pero diré en mi defensa que ahora casi no lo miro. —Daniel sonrió. Y Natalia también se sentía avergonzada.

—Tíralo, tíralo ahora. —Natalia se levantó del sofá fue a su armario y lo sacó de dentro de una caja. Se lo entrego a Daniel.

—Tíralo tú, deshazte de él.

—No, no tienes que hacerlo tú y estar segura. —Natalia lo abrió sacó la batería, la tarjeta y lo metió en el bolso de un abrigo.

—Vamos a pasear. —Daniel se levantó y salieron a pasear. Durante el camino Natalia fue tirando las piezas de aquel móvil. Ya no buscaría más WhatsApp de Jairo ni llamadas perdidas cuando se siéntese triste. Se había acabado.

La noche estaba preciosa y durante ese paseo no pararon de reír recordando a sus viejos compañeros en el hotel. Natalia le contaba cómo habían ido sus vidas después de la marcha de Daniel. Algunos se habían divorciado, otros se habían liado. Había pasado de todo en aquel tiempo. Por fin Natalia tiró la última parte del móvil.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, ya esta era una tontería tenerlo. No me hacía bien. Daniel la abrazó y ella esperaba que ese momento no acabase nunca.

—Te acompaño a casa —le dijo Daniel separándose de ella suavemente. No quería asustarla si iba muy deprisa.

—Vale, te puedes quedar a dormir. Ya se nos ha hecho muy tarde.

Al llegar a casa Natalia le volvió a sacar las mantas a Daniel y él se arregló el sofá. Los dos se miraron durante unos minutos. Natalia se despidió con un «Buenas noches» y desapareció en su habitación. Cerró la puerta y se quedó allí pensando en que tenía que ir despacio. No quería estropear su relación con Daniel. No quería que él pensara que se tiraba a sus brazos para olvidar a Jairo.

Olivia se recuperaba en su casa junto a sus padres. Apenas tenía contacto con el exterior. Solo la visitaban algunas amigas del instituto y algún familiar. Ella preguntaba por Natalia y por Carlota, pero su madre le había dicho que no quería hablar de ellas. Olivia sabía cómo era su madre, así que decidió no volver a nombrar a Natalia. Le preguntó a su padre, pero él no quería tampoco decirle nada. Le dijo que ella está así por culpa de Natalia, la tendría que haber cuidado. Olivia se sentía atrapada en la casa. Ahora no podía moverse e iba en silla de ruedas. Le preguntó a la chica de servicio que la conocía desde pequeña si ella sabía algo de su hermana. Esta le contó que sabía que una chica había llegado cuando ella todavía estaba en el hospital y que su padre la había echado de allí. También había recibido cartas, pero que su madre se encargaba de ellas. Se disculpaba, pero le decía que no podía dárselas, si no, su madre la echaría. Olivia se sentía mejor al saber que Natalia había estado preguntado por ella. Olivia quería volver a vivir con Natalia y preparó un plan para escaparse. Ya no podía vivir más allí. Se estaba volviendo loca. Decidió quedar con unas amigas para comer como hacía antes. Sabía que su madre aprobaba a esas amigas y así consiguió que la dejara. Ella la llevaría hasta allí y luego la iría a buscar. Olivia solo tenía esa oportunidad y solo podía confiar en esas amigas, aunque no estaba muy segura de que la fueran a ayudar. Ella les contó que lo estaba pasando muy mal y que vivir con sus padres era un infierno, que necesitaba irse, salir de allí, pero necesitaba dinero. No tenía y lo necesitaba para coger un coche que la llevara hasta allí. Sabía que era complicado porque su madre se enteraría y quizás durante un tiempo las molestaría, pero la ayudarían mucho. Les estaría agradecida eternamente. Si

no se iba, sabía que cometería una locura. Sus amigas aceptaron. Una de ellas en unas horas volvería a Londres donde estudiaba y vivía, y no tendría que ver a su madre, así que no tenía miedo de las repercusiones que pudiera tener si la ayuda. Además, le dijo que su madre ya no era tan influyente como ella se creía. La gente ya se había dado cuenta de su personalidad y no la respetaban tanto. Y la otra quería hacerle daño a su madre, ya que siempre la ha humillado. Ella se ofreció a llevarla en coche hasta Asturias. Lo tenía fuera y estaba de vacaciones así que se podían ir en ese mismo momento. Si no encontraba a ninguna allí cuando fuera a buscarla, la distraerían diciendo que se han ido de compras o a dar un paseo. Ya pensarían en que decirle cuando las llamara por teléfono. Olivia estaba feliz. Dejó su móvil en una papelera del baño de señoras. Sabía que su madre era tan controladora que podía estar controlando su ubicación por el móvil. Sus amigas le dieron la razón: su madre era capaz de cualquier cosa, incluso de estar esperando fuera observándolas. Olivia se asustó. Una de sus amigas salió y observó la calle. Todo estaba despejado. Antes de salir del restaurante le dejó un sobre al camarero. Le había escrito una carta a su madre donde le decía que no la buscara. Olivia subió al coche y juntas emprendieron un viaje hasta Gijón. Durante el viaje hablaron de sus años de colegio, de instituto, de lo mal que lo habían pasado. Su amiga le contó que al poco de irse Olivia de casa ella había hecho lo mismo y se había largado a la capital. Ahora solo estaba allí visitando a sus abuelos. En Madrid vivía sola, trabajaba y contaba con la ayuda de su abuelo, que le mandaba dinero todos los meses. Echaba de menos su ciudad, sus amigas, sus abuelos, pero ya no podía seguir viviendo en aquella casa donde siempre se sentía mal porque nunca cumplía las expectativas que le ponían. Olivia la escuchaba. Se sentía identificada y le pidió perdón por no haber sido una buena amiga porque ellas nunca hablaban de sentimientos, solo de ropa, maquillaje, chicos. Apenas se conocían; siempre hablaban de la imagen que les obligaban a dar, de lo que iban a llegar a ser, de los viajes que hacían, pero los sentimientos quedaban fuera. No

podían ser débiles. Ninguna de las dos quería hablar de lo que le pasaba en casa. Para Olivia todo tenía que ser tan perfecto que no podía quejarse. Olivia le contó la historia de cómo conoció a Natalia y lo bien que estaba con ella. Se daba cuenta de que había actuado con Natalia igual que con su amiga: no hablaban de sentimientos, solo de cosas sin importancia. Tenía tan asumido esa forma de ser que no sabía actuar de otra manera. Llegaron a Gijón. Olivia y su amiga llamaron al timbre, pero nadie les abrió. Olivia vio el bar abierto y sabía que allí les podrían decir algo de su hermana. Entró y vio a Jairo y a Sergio, que se quedaron parados al verla. Su aspecto había cambiado: llevaba el pelo muy cortito y se la veía mucho más delgada y más pequeña en la silla de ruedas.

—No, me vais a saludar —les dijo. Los dos se acercaron.

—¿Cómo estás? —le preguntó Sergio.

—Por vuestras caras peor de lo que creía.

—Perdónanos; no esperábamos verte así.

—No, pasa nada; es normal. ¿Y mi hermana? ¿Dónde está? He llamado al timbre, pero no hay nadie. —Sergio miró a Jairo.

—¿Qué pasa? —preguntó Olivia—. ¿Le ha pasado algo?

—No, no le ha pasado nada. No creo. Es que no sé nada de ella —contestó Jairo—. Ya no estamos juntos y hace tiempo que no la veo.

—Lo siento; hacíais buena pareja. A mi hermana se le veía feliz. ¿Qué paso? Por lo que dices fue hace mucho ¿Ella está bien? ¿Sabes a qué hora vuelve del trabajo o a qué hora vuelve Carlota? Lo siento me has dicho que no sabes nada de ella. Esperaré aquí por si las veo aparecer si no te importa.

—Natalia ya no vive aquí, no sé dónde vive. No sé nada de ella.

—Bueno, Carlota sabrá algo.

—Carlota no sabe nada.

Olivia le interrumpió.

—¿Cómo puede ser? —preguntó enfadada Olivia—. Natalia ha desaparecido y nadie sabe nada de ella. Carlota sabrá algo, aunque no te lo

quiera decir, la esperaré fuera.

—Espera aquí. No me molestas. Fuera hace frío. Lo siento, Olivia, pero ella se fue al poco de tu accidente, pasaron cosas y se fue.

—¿Qué cosas pasaron?

—La engañé, había dejado embarazada a otra chica. No supe cómo decírselo. Deje pasar el tiempo y se enteró de la peor forma en el peor momento. Había discutido con Carlota y se fue, todo se le vino encima.

—De todas formas, aunque seas un cerdo, Carlota debe saber algo.

Olivia salió fuera y esperó en la acera. Carlota apareció a las cuatro horas. Sergio le había avisado de que Olivia estaba allí y ella no quería enfrentarse a Olivia. Tenía la esperanza de que, cuando ella apareciese, Olivia ya se hubiese ido. Pero Olivia estaba allí.

—Hola, Olivia, me alegro de verte.

—Hola, estoy buscando a Natalia y quería saber si tú sabías algo. —la interrumpió Olivia sin dejarla terminar.

—No sé nada de Natalia desde hace varios meses. Lo siento, no puedo ayudarte. Ya es tarde y tengo que acostar a Nico. Si no necesitas nada más me voy. —Olivia se enfadó con ella.

—No sé qué palabra usar para definirte. Tu prima se va de aquí hundida y no la has buscado. Puede estar pasándolo mal. Puede estar tirada en algún lado muerta.

—No exageres, Olivia. Natalia es fuerte y habrá salido adelante. Sé que ella está bien.

—No sabes nada. Eres una persona horrible.

Jairo salió del bar al ver que Olivia y Carlota empezaban a levantar la voz. Andrés llevaba en cuello a Nico e intentaba tranquilizarla.

—Por qué no subes a casa, Olivia, cenas con nosotros y habláis.

—No tengo nada de qué hablar. Venía a buscar a mi hermana, pero aquí no la voy a encontrar. La habéis abandonado. Sois unas personas horribles. Espero que este bien porque si le ha sucedido algo pesara sobre vuestras

conciencias, si es que las tenéis.

Olivia se fue con ayuda de su amiga. Carlota entró en el portal y le dijo a Andrés que pasase de ella.

—¿Dónde vais a pasar la noche? —le preguntó Jairo.

—No te importa tendrías que haberte preocupado de dónde pasa la noche Natalia.

—Olivia, yo sigo amando a tu hermana, pero le he dado tiempo. Pensé que es lo que necesitaba. No es fácil.

—No te confundas. Si estuvieras enamorado la habrías buscado. No sientes nada por ella.

Olivia siguió hacia el coche y Jairo se quedó detrás sin saber qué decir.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó su amiga.

—No lo sé.

—Buscaremos un sitio donde pasar la noche.

—Natalia trabajaba en el hotel está cerca de la playa. Vamos a ese. Quizás allí saben algo de ella.

A la mañana siguiente Olivia preguntó por Natalia en la recepción. Le dijeron que no sabían nada de ella. Había dejado de trabajar de un día para otro. Olivia preguntó por Julia. Natalia le había hablado de ella y de lo que siempre la ayudaba. Julia la invitó a un café mientras llegaba su descanso. Entonces llamó a Natalia y le dijo que Olivia estaba en el hotel y que la buscaba. Le contó cómo la veía. Natalia dudó, pero le dijo que se la pusiera al teléfono. Julia se acercó a Olivia y le entregó el teléfono.

—Natalia quiere hablar contigo.

Olivia cogió el teléfono nerviosa. Apenas le dijo hola, comenzó a llorar. Natalia, al escucharla llorar, lloraba también.

—He pensado mucho en ti, Olivia, estaba preocupada.

—Estoy bien, con ganas de verte. ¿Dónde estás? Puedo acercarme, estoy con una amiga. Ella me puede llevar. No te preocupes, no le voy a decir a nadie dónde estás.

—No estoy en Asturias. —Natalia dudó unos segundos—. Estoy en Madrid.

—Bien, mi amiga vive allí, así que le queda de camino. Nos vemos en unas horas. Me tienes que dar tu número de teléfono para llamarte cuando llegue.

Natalia le dio su número, se despidió y colgó. Dudaba si había hecho bien, pero las dudas se disiparon. Olivia había dicho que no le diría a nadie donde estaba y podía confiar en ella. Pensaba en Jairo, que ya habría sido padre, en Carlota ya estaría casada. Quería que todo aquello fuera su pasado. Olivia se habría encontrado con ellos. Acababa de deshacerse de su móvil y ahora recibía aquella llamada que le traería noticias de ellos.

Natalia se fue al trabajo. De vuelta del trabajo compro comida, flores y algunos adornos para su casa. Quería que Olivia la encontrase bien. Daniel fue a buscarla para ayudarla con las compras. Natalia lo vio aparecer con un coche amarillo y sonrió.

—¿Amarillo? No había otro color.

—¿Qué tiene de malo? A mí me gusta. —Daniel la ayudo a meter las bolsas. Natalia sonreía y pensaba en Carlota, las veces que habían bromeado con los colores de los coches de los chicos que les gustaban. El amarillo era el peor. Era la primera vez que pensaba en ella y sonreía desde hacía meses.

—¿Estás nerviosa?

—Sí, hace mucho que no la veo, no sé cómo esta, para qué me busca. Pensé que sus padres ya le habrían lavado el cerebro y que no volvería a saber nada de ella.

—Todo irá bien. Si pasa de tu madre, es que es buena chavala. —Natalia sonrió. Su teléfono sonó. Olivia ya había llegado a Madrid. Natalia le dio su dirección. Cuando llegó a casa, apenas le dio tiempo a subir y dejar las cosas encima de la mesa y su telefonillo sonó.

—Natalia, vas a tener que bajar. No puedo subir.

Natalia bajo rápidamente sin saber que pasaba y vio a Olivia en sillas de ruedas. Julia solo le había dicho que la veía muy delgada y desmejorada, nada que ver con las fotos que le había enseñado hacía meses. Fue hacia ella, la

abrazó y comenzó a llorar. Daniel, que bajaba detrás de ella, se ofreció a subirla en brazos. Ya en casa Natalia le decía que no le había dado tiempo a poner la casa bonita.

—No te agobies, me interesa más esas dos que me miran o esos dos.

—Son esas, Margarita y Paquita. Son mis niñas y no las he sacado.

Daniel se ofreció a pasearlas. Natalia lo miró.

—No confías en mí, venga enseguida estamos aquí.

—Vale —acepto Natalia. Sacaba de las bolsas todo lo que había comprado, velas, unos jarrones, unos cuadros y flores naturales que sabía que le gustaban.

—También he comprado el chocolate que te gusta. Iba, bueno, voy a preparar la cena con todo lo que te gusta.

—Yo me voy, os dejo a solas. —Interrumpió la amiga de Olivia.

—Quédate —le dijo Natalia he comprado un montón de comida y es mi forma de darte las gracias por traérmela.

—Tenéis mucho de qué hablar. Podemos quedar otro día y no me tenéis que dar las gracias. Ha sido un placer traerla y sobre todo pensar en cómo estará su madre al saber lo que ha hecho. Ya me hace feliz un mes. Si necesitas algo, me llamas.

Natalia la acompañó hasta la puerta y le volvió a dar las gracias.

—Parece muy maja.

—Sí, me ha demostrado que es una buena amiga. No podría estar aquí sin ella.

Se quedaron en silencio.

—¿Cómo lo llevas? ¿Cómo te encuentras? Debe ser muy duro —le preguntó Natalia.

—Lo llevo, todavía no me hago a la idea. Intento ser optimista la mayor parte del día, al menos estoy viva.

Natalia la abrazó.

—¿Y tus padres? No les hará mucha gracia que estés aquí.

—No lo saben, bueno, supongo que ya se habrán hecho una idea. Les deje

una carta.

—¿Qué?

—Me he vuelto a escapar, pero sigo siendo mayor de edad sin recursos, pero mayor de edad así que me tendrás que acoger. No te agobies no van a mandar a los antidisturbios a rescatarme.

—¿Tan mal estabas? Estarán preocupados.

—Me da igual, la verdad; he estado encerrada todo este tiempo. Me he visto todos los programas de la televisión. Necesitaba salir para aprender a vivir de nuevo en esa casa habría sido imposible.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras. Arreglaré la otra habitación y estarás más cómoda.

—¿Por qué miras el reloj?

—Estoy esperando a que me lleguen mis perritas. Ya están tardando.

Olivia se rio. A los pocos minutos Daniel llamó al timbre. Ya habían regresado del paseo.

—¿Necesitáis algo antes de irme?

—No tienes por qué irte —le dijo Olivia—. Quiero conocerte.

—Ya habrá tiempo para eso, ahora necesitáis estar solas —le dijo Daniel. Natalia lo acompañó a la puerta—. Si necesitas algo, llámame, no lo dudes —le susurro Daniel.

—Muchas gracias por todo, Daniel.

Él se fue y Natalia se quedó cerrando la puerta y pensando en él. No podía ser más perfecto.

Jairo no dejaba de pensar en Natalia desde que había aparecido Olivia. Pensaba en ella todos los días, pero estos últimos habían sido más intensos. Había sacado sus viejas cartas y las había releído varias veces. La echaba tanto de menos; la necesitaba tanto que tenía miedo de volverse loco. Creía verla en todos los sitios. Necesitaba su sonrisa, su piel, su olor. Fernando lloró en la habitación de al lado y Jairo fue a por él. Lo cogió en sus brazos y lo acercó suavemente hacia su pecho. Se sentó en un sillón. Cerró los ojos y soñó que Natalia era la madre de Fernando, que aquella familia que tanto había soñado con ella era realidad. Solo quería salir de aquella habitación y que Natalia estuviese allí. Fernando volvió a llorar y decidió prepararle un biberón. En la cocina estaba Leticia. Se le había adelantado y ya lo tenía preparado.

—¿Estás bien? Te veo triste.

—Quiero volver a mi país, Leticia. Quiero que vengáis conmigo. Quizás allí todo sea diferente, quiero que mi madre conozca a Fernando.

—Necesito tiempo para pensarlo, Jairo. Tengo aquí a mi familia. No puedo dejarlo todo así sin más. No tenemos una relación normal. ¿Qué ha pasado? ¿Tu madre está bien?

—Sí, pero... —Jairo se quedó en silencio

—¿Qué pasa, Jairo? Me estás asustando.

—Siéntate, tengo que contarte algo.

Leticia se sentó asustada. Jairo dejó en la cuna a Fernando después de que hubiera tomado el biberón y fue a la cocina donde Leticia lo esperaba y le dijo que quería contarle toda la verdad sobre su vida y si, después de escucharla,

ella quería, se casarían e intentarían ser felices al lado de Fernando. Leticia escuchó atenta todo lo que Jairo le contaba sin poder creérselo.

Natalia terminaba de ayudar a Olivia a meterse en la cama.

—¿Necesitas algo más? Espero que descanses bien.

—Duerme conmigo —le pidió Olivia—, así seguiremos hablando apenas me has contado nada de Daniel y yo todavía tengo que contarte algo.

Natalia aceptó.

—¿Qué me tienes que contar? —le preguntó Natalia cuando ya estaban juntas.

—Por qué me fui de casa la primera vez. Pero apaga la luz. No puedo hacerlo si me miras.

Natalia se quedó en silencio el tiempo que Olivia vivió con ella había intentado mantener conversaciones con ella que siempre había esquivado.

—Cuéntamelo si quieres; no te sientas obligada —le dijo después de unos minutos en silencio.

—Por donde empiezo —Olivia respiró hondo—: hace unos años bueno tenía dieciséis, no se me va a olvidar nunca, mi madre, nuestra madre...

—Te la puedes quedar toda para ti —le dijo Natalia con una sonrisa.

—Mi madre me encontró en mi habitación con una amiga. No estábamos jugando con el ordenador, estábamos... —Olivia hizo una pausa—. Estábamos en la cama besándonos. No olvidaré su cara. Le pidió a mi amiga que se fuera controlando su voz para evitar gritar. Yo me vestí y me acerqué a ella para intentar hablar. No sé lo que intentaba, la verdad, y ella me dio un bofetón y luego llegó otro. No sé las veces que me pego. Me dejó en la habitación encerrada hasta que llegó mi padre, que estaba de viaje. Estuve varios días sin ir al instituto allí encerrada. Aquellos días fueron horribles.

Natalia se acercó a ella y la abrazó. Olivia comenzó a llorar.

—Puedes seguir otro día.

—No, quiero contártelo ahora. Cuando llegó mi padre, hablaron conmigo y me dijeron que, si no cambiaba de actitud, tendrían que tomar medidas más severas. Me cambiaron de instituto y no volví a saber nada de aquella amiga ni de muchas otras. El instituto estaba en la otra punta de la ciudad. No me dejaban relacionarme con nadie. Solo con quien ellos decían y empecé a ir a una terapia para dejar de ser lo que era. Incluso empecé a salir con un chico para que me dejaran en paz. Cada día que pasaba tenía más cerca el irme de casa. Ahorraba cada moneda que caía en mis manos, que no eran muchas. Como es costumbre en mi madre, creía que me dominaba si no me daba dinero. Lo peor de aquellos días fue descubrir cómo era mi madre. Yo pensaba que era recta. Sería una madre demasiado estricta, pero no la bestia que era. Los días que estuve encerrada apenas me subía comida y Lola, la asistenta, no podía subirme más porque ella le registraba, solo unas horas antes de llegar mi padre me subió algo más de comida y le dijo a Lola que me duchara. Tenía que verme presentable, aunque aún se me notaban las marcas en la cara. Así que dos días después de mi cumpleaños, ya confiaban en mí, me enteré de tu existencia. Unos meses antes rebuscando en su habitación algo de dinero que no pudiera echar en falta vi una caja con unas cartas y unas fotos tuyas con Carlota cuando erais pequeñas y leí las cartas. Tu tío le hablaba de ti y de lo contentos que estaban y le pedían algo más de dinero. Me apunté la dirección y cuando llegó el momento fui a la estación de autobuses y me planté en tu casa. Esa es mi historia: soy lesbiana y mi madre no soporta pensar en ello.

—Siento mucho lo que has pasado, Olivia. No me lo puedo imaginar. No te volverá a poner la mano encima.

Natalia la abrazó más fuerte y las dos lloraron.

Olivia se quedó dormida entre sus brazos y Natalia intentaba que sus lágrimas no la despertasen. No podía creer lo que había pasado. Sentía tanto dolor. La tenía allí entre sus brazos como si fuera una niña pequeña. Le daba vergüenza contarle que era lesbiana con la luz encendida para no verle la cara por si la rechazaba. Lo había pasado tan mal. Se alegró en aquel momento de

no haberse criado junto aquella mujer. Estaba mejor sola.

Natalia se levantó pronto sin apenas dormir. Le tocaba entrar a primera hora. Sacó a las perritas y, cuando subió, le pidió a Carmen que ayudara a su hermana si lo necesitaba. Carmen subió con ella. Olivia ya estaba despierta.

—¿Ya te has levantado?

—Sí, tranquila, me manejo bastante bien.

—Esta es Carmen, es mi madre adoptiva. —Natalia sonrió—. Ella te ayudara mientras estoy en el trabajo. No tardaré mucho.

—Tranquila, estoy bien, no quiero molestar.

—No molestas —le dijo Carmen. Voy a preparar un buen desayuno que estás en los huesos, desayunamos y luego te ayudo a bañarte. He sido enfermera, así que no tienes que preocuparte. Dile a Manuel que suba a desayunar con Alegría.

—Vale, tranquila que te dejo en buenas manos —le susurro a Olivia para despedirse.

Carlota pensaba en la noche que había visto a Olivia en silla de ruedas. No había sabido qué hacer. Había sido un gran impacto para ella. Desde esa noche repetía siempre la misma escena. Acostaba a Nico y se disculpaba con Andrés para no ir a dormir tan pronto. En la cocina se servía una copa de vino, cogía la copa y la botella y se iba al salón a ver la televisión. Llevaba tiempo bebiendo demasiado, aunque creía esconderlo bien, pero desde aquella noche sentía que necesitaba más. Ya se había casado con Andrés en una boda muy sencilla donde apenas había ido la familia más próxima y habían comido en el bar. «Todo muy cutre», pensaba Carlota, que siempre había soñado con una gran boda. Pensaba en Natalia todos los días. Quería mandarle mensajes, llamarla, saber de ella y contarle como le había ido el día como hacían antes, pero luego se convencía de que ella no tenía la culpa de lo de Jairo; no había hecho nada malo. Culpaba a Natalia de haberle echado la culpa de lo que había pasado con Jairo. Ella no era la culpable de nada. Solo le había pedido algo sencillo, se repetía, solo quería vivir con Andrés, nada más, y se había olvidado de ella y de Nico. Natalia tendría que pedirle perdón, se repetía.

Andrés se despertó y la encontró en el sofá dormida y a su lado la botella vacía. Andrés había tenido problemas con sus padres, incluso con Sergio, que ya le había dicho que Carlota se había llevado varias botellas pensando que nadie la veía. Sus padres le insistían en que dejara a Carlota. Tenían miedo de que tuviera problemas con su exmujer y pudieran dejar de ver a su nieto. Carlos era toda su vida y no querían problemas por una desconocida. Todavía estaba a tiempo, le repetían. Sabían que ya se comentaba que bebía demasiado. Había llegado tarde varias veces a buscar a Nico al colegio y la

habían visto demasiado contentilla. Era cuestión de tiempo que llegara a oídos de su ex. Andrés le decía que no podía abandonarla. Estaba enamorado, y Carlota estaba pasando un mal momento que le costaba reconocer. Cuidaba mucho de Carlos cuando estaba en su casa; él se ocupaba de todo. Carlos y Nico jugaban y se llevaban muy bien; él les daba la cena, la comida. Nunca veían a Carlota mal.

Andrés buscaba el momento de hablar con Carlota, pero no lo encontraba. Ella seguía bebiendo, pero parecía que se controlaba un poco más. El cumpleaños de Nico la había tenido entretenida. Lo iban a celebrar en el bar y ella lo había estado decorando.

Durante el cumpleaños Andrés se preocupó cuando la vio beber mientras iban llegando los invitados. Le acerca un refresco, pero ella lo rechaza indignada. Se alejó de él y saludaba a los invitados. Andrés miró a Jairo y a Sergio, no sabían qué hacer. Después de soplar las velas de la tarta, Nico estaba nervioso. Pidió como deseo que apareciera Natalia. Caminó hacia la puerta, salió y miró a todos los lados y luego volvió a entrar. Los invitados ya se estaban yendo. Carlota se acercó a él. Tenía que despedirse de sus invitados. Nico aceptó, aunque seguía mirando por el ventanal a ver si aparecía Natalia. Carlota, cansada de su actitud, le preguntó que le pasaba y él le dijo la verdad.

—No va a venir; no te quiere. No le importas —le gritó Carlota mientras Andrés se acercó a ella para saber qué pasaba—. Este niño es idiota. Todo lo que le he preparado y solo está pensando en la estúpida de Natalia —le dijo a Andrés. Él intentaba calmarla.

—Solo es un niño y la echa de menos.

Nico lloraba.

—Sí, me quiere, Natalia sí me quiere y va a venir. Tú eres mala. No te quiero.

Carlota levantó la mano para darle un bofetón y vio como Nico cerraba los ojos. Carlota bajó la mano avergonzada. Se arrodilló en el suelo y le pidió

perdón llorando. En su cabeza aparecían imágenes de ella gritándole, cogiéndolo del brazo. Ella era la culpable de que ahora se hiciera pis en la cama. Nico estaba sufriendo por su culpa. Andrés la ayudó a levantarse.

—Vamos a casa, hay que descansar.

La ayudó a sentarse en una silla mientras él ayudaba a Nico a recoger los juguetes que le habían regalado. Miró a Carlos, que estaba con Sergio. Solo esperaba que no se hubiera dado cuenta de todo. Ya en casa, Andrés acostó a los niños y buscó a Carlota.

Es el momento de hablar.

Ella lloraba desconsolada en el suelo. No había tenido fuerzas de sentarse en la cama. Andrés se sentó a su lado y la abrazó.

—Todo saldrá bien, Carlota, te amo y estaré a tu lado en todo momento. Buscaremos ayuda.

—No quiero estar aquí, quiero irme, Andrés. No quiero estar aquí —dijo llorando.

A la mañana siguiente, Andrés buscó un especialista que los pudiera ayudar. Y decidió irse unos días fuera a algún sitio tranquilo, pero que les quedara cerca del trabajo. Carlota empezaría pronto una terapia y mientras buscarían un nuevo piso donde empezar una nueva vida.

Carlota iba mejorando. El salir de aquel piso unos días le había venido bien. Quería volver a ser la madre que era. Sabía que no podían dejar la ciudad, pero si podían buscar otro sitio donde vivir cerca de Carlos. También estaba decidida a buscar trabajo. No quería depender de nadie; tenía que empezar a afrontar la vida y a hacerse responsable de ella y de Nico. Sabía que tenía que buscar a Natalia y pedirle perdón, pero para eso esperaría unas semanas.

Natalia apareció en la puerta del restaurante donde trabajaba Daniel. Hacía unos días que apenas sabía nada de él y no quería dejar pasar más tiempo. Daniel salió tarde y se sorprendió al verla allí.

—¿Ha pasado algo?

—Sí, que tenía ganas de verte; te he dejado de lado estos días y quiero resarcirte. Te invito a lo que quieras.

Daniel sonrió, se acercó a ella y la abrazó.

—Me alegra mucho verte así. Vamos a cenar algo; conozco un sitio muy bueno.

—Vale. —Natalia se cogió del brazo de Daniel. Daniel la miró. Ella había ido a buscarlo. La espera había tenido su recompensa. Él no quería ser egoísta y le había dado tiempo y en ese momento la tenía cogida en su brazo.

—¿Qué tal Olivia? Se arregla bien en el piso.

—La veo bien; hemos arreglado el ascensor, aunque no sabemos cuánto aguantará, pero, por ahora funciona; se lleva bien con las perritas, con Manuel y Carmen. Sonríe más.

—Tú también sonríes más.

—Sí, el tenerla en casa y que hayamos hablado, me ha sentado bien y lo mejor es que por ahora no tenemos noticias de sus padres.

Entraron en el bar, que estaba lleno de gente. Daniel saludó a uno de los camareros y le pidió que le buscara una mesa. En unos minutos le habían conseguido una en la parte de arriba. Natalia estaba nerviosa. Había hablado mucho con Olivia de Daniel. Olivia había llegado a la conclusión de que Daniel seguía enamorado de ella y Natalia le había confesado que ella también

sentía algo por él y que le daba miedo arriesgarse, aunque lo estuviese deseando. Aquella cita sorpresa la habían ideado las dos. Olivia la había animado. Era el momento de insinuarle algo, aunque Natalia no tenía ni idea de cómo hacerlo. No quería asustarlo. Daniel llegó a la mesa con dos cervezas.

—Enseguida nos traen algo de cena; les he ido a meter prisa ahora. Estoy muerto de hambre.

—Sí, yo también tengo hambre. Este sitio es muy bonito. ¿Vienes mucho por aquí?

—Sí, me queda cerca del trabajo y la gente es muy maja.

—Siento no haberte llamado estos días

—No tienes que disculparte lo entiendo

—Sí, tengo que disculparme; no quiero apartarte de mi vida ni que tú te sientas apartado.

—Yo tampoco quiero apartarme de tu vida esta vez; no nos vamos a separar.

Los dos se quedaron mirándose en silencio. Natalia no podía dejar de pensar lo increíble que era, y Daniel pensaba lo mismo de Natalia. Aquel silencio lo interrumpió el camarero sirviéndoles la cena.

—Si te sigue aburriendo este me lo dices y te libro de él —bromeo el camarero al verlos callados. Los dos rieron.

—No te pases, tío, déjame tiempo.

—Hay que ser rápido, Daniel.

El camarero se fue riéndose.

—No te vuelvo a traer aquí —le dijo Daniel sonriendo. Natalia estaba más tranquila después de aquel momento.

—Esto está muy bueno.

—¿Olivia te ha traído noticias de Gijón? ¿De tu prima? ¿De él?

—No hemos hablado de nada de eso. Para ser sincera solo hemos hablado de ti... de Manuel, de Carmen, de las perritas.

—¿Habéis hablado mucho de mí?

—Bastante —respondió Natalia no pudiendo evitar ponerse algo roja. Daniel lo noto enseguida.

—Me gusta que hables de mí y ¿de qué hablasteis?

—Le conté como nos conocimos, lo que sentía por ti, lo idiota que fui, y lo increíble que ha sido volver a encontrarte —le decía Natalia mientras jugaba con las patatas fritas. Daniel la miraba.

—¿Qué sentías por mí?

—Ya lo sabes.

—Me gusta que me lo digas. —Natalia lo miró a los ojos.

—Estaba loca por ti, por tu sonrisa, por encontrarte en el trabajo, soñaba una vida contigo, todo parecía tan sencillo, tenía planes.

—¿Qué planes?

—Irnos a vivir juntos, tener hijos, perros una vida a tu lado, pero... — Natalia se sentía avergonzada de contarle aquello, de no haber luchado por él —. Supongo que lo típico que sueñas a esas edades; necesitaba soñar con una familia que no tenía.

—Todavía estamos a tiempo. —Sonrió Daniel. Los dos se miraron.

—Y el pasado. ¿Te preocupa él?

—Lo único que me interesa del pasado es el nuestro, las ganas que tenía de besarte cuando te veía al llegar, por los pasillos, al marchar. Yo también soñaba una vida contigo.

—Y ahora no tienes ganas de besarme. Lo siento, lo siento. No sé por qué he dicho eso. Esto no se me da bien... Uff que calor hace aquí. —Daniel comenzó a reírse a carcajadas—. No te rías.

—Siempre tengo ganas de besarte —le respondió Daniel mirándola a los ojos y sujetándole la mano que había puesto sobre la mesa.

—Terminamos de cenar.

—Podemos pedir que nos lo pongan para llevar y te invito al postre. — Natalia lo miró, sin saber qué decir—. Es un postre de verdad, aquí hay una pastelería que nunca cierra y siempre tienen un pastel de chocolate buenísimo.

—Vale, me vendrá bien algo de aire.

Daniel estaba feliz intentando buscar el momento adecuado para besarla mientras se comían el pastel en el coche de Daniel. Al terminarlo, Daniel la acercó hasta su casa. Hablaban del pastel, de la cena, y Natalia se bajó del coche rápidamente.

—Buenas noches, me lo he pasado muy bien. —Daniel se bajó del coche.

—Espera. —La sujetó suavemente del brazo y la besó—. ¿Qué tal? —le preguntó.

—Muy bien —acertó a responder ella y lo volvió a besar—. ¿Quieres subir?

—Sí.

—No, no te estoy invitando a... es solo a dormir. Olivia duerme conmigo —le dijo nerviosa—. Ya es tarde y...

—Me parece bien; me controlaré, pero esta vez me tienes que dar un beso de buenas noches.

Daniel cerró el coche y subieron a casa de Natalia. El silencio reinaba en la casa. Saludaron a las perritas, y Natalia le acercó las mantas al sofá. Daniel la rodeó con sus brazos y la besó.

—¿Natalia eres tú? —preguntó Olivia

—Sí, ya voy. —Natalia se deshizo de los brazos de Daniel—. Buenas noches, descansa.

—No creo que pueda. —Natalia lo besó.

—Te faltaba el beso de buenas noches.

—Natalia —la llamó Daniel antes de que desapareciera dentro de la habitación.

—¿Sí?

—¿Hoy comienza nuestra vida soñada? —Carlota se acercó a él.

—Sí —le respondió Natalia y lo besó.

Carlota decidió que era el momento de arreglar su relación con Natalia. Todo en su vida estaba cambiando desde que iba al psicólogo. Había intentado arreglar la relación con la ex de Andrés para que estuviera tranquila cuando Carlos estaba con ellos, con sus padres, con los que había hablado y les había dicho todo el mal que le habían hecho a Natalia y a ella con sus distinciones. Por fin les había hablado claro, sin miedos de perder su aprobación, sin miedo a decepcionarles otra vez. Y ya estaba en su nueva casa; la mudanza había terminado y se sentía liberada al no estar en aquella casa. Su nueva casa era más pequeña, pero era de ella y de Andrés. Tenía varias cajas en una parte del salón con objetos de Natalia y ropa que había ido encontrando al hacer la mudanza y quería llevárselo. En las cajas también había metido los dibujos que Nico le había hecho en estos meses de ausencia. Había intentado llamar a Olivia, pero su teléfono ya no era el que tenía. Decidió buscar a Julia. Sabía que ella tendría que saber algo. Le tenía mucho cariño a Natalia y no la habría dejado sola y era la única persona a la que Natalia acudiría si necesitaba ayuda. Dejó a Nico en el colegio y se fue al hotel. Sintió miedo al entrar. No sabía cómo la recibiría Julia. Con poco que Natalia le hubiera contado no tendría que tener un buen concepto de ella. Julia apareció a los pocos minutos. La miró muy seria.

—¿Qué desea? —le preguntó.

—Perdone que la moleste en su trabajo. Soy la prima de Natalia y la estoy buscando.

—Últimamente la busca mucha gente. ¿Para que la busca? ¿Qué necesita de ella?

—Pedirle perdón. Es lo único que quiero de ella, la quiero mucho y la necesito en mi vida. Sé que me porte mal y por eso quiero pedirle perdón. La echo mucho de menos y mi hijo también. Si no quiere darme su teléfono puede decirle que me llame ella. —Carlota llevaba apuntado su teléfono en un papel —. Es el mismo teléfono que tenía antes, pero, por si lo ha perdido, dáselo.

—No te prometo nada.

—¿Dónde está? ¿Está en Madrid? Siempre quisimos vivir allí. Ella hablaba de lo increíble que sería vivir en una ciudad tan grande donde nadie conoce a nadie y puedes empezar de cero, sin mochilas.

—Por qué no la buscas allí, quizás si os veis sea más fácil. —Julia sabía que eso podía hacer que Natalia se enfadara con ella, pero veía sincera a Carlota y una reconciliación la ayudaría mucho.

—Sí, es buena idea, puedo irme hoy, tengo que mirar los billetes y...

—Tranquila, yo te doy su teléfono y la dirección del hotel. Podemos mirar si hay habitaciones y te reservo una desde aquí y cuando estés allí te plantas delante de ella, y ya está le dices lo que me has dicho a mí, a ver qué pasa.

—Muchas gracias —le dijo Carlota emocionada.

Julia lo ayudó a preparar el viaje en apenas unas horas salía un tren hacia Madrid. Carlota tenía el tiempo justo de ir a preparar una pequeña maleta e ir a por Nico. Sabía que con él, Natalia no se negaría a verla y para Nico sería un regalo maravilloso. Llamó a Andrés por teléfono de camino a la estación. Volverían en unos días si todo iba bien y, si no, antes. Le contaría todo lo que fuese pasando. Andrés se alegró por ella, aunque le hubiese gustado acompañarlos en ese viaje. Carlota le dijo que era algo que tenía hacer sola y que sabía que estaba muy liado en el bar. Si todo salía bien, tendrían más oportunidades de viajar a Madrid juntos.

Carlota despertó a Nico ya estaban en Madrid. Eran las cuatro de la tarde y hacía mucho frío. Se subieron a un taxi y pusieron rumbo al hotel. Julia le

había dicho que su horario era de mañanas, pero que podía estar cambiándoselo a alguna compañera si lo necesitaba, pero que terminaría a las cinco su turno y llegaría justo para verla. Carlota estaba muy nerviosa. El taxi tardaba mucho en llegar al hotel y quizás Natalia ya se hubiese ido. Entraron y Carlota se quedó parada en medio del hall. Durante unos segundos no supo qué hacer.

—¿Mamá, cuál es la sorpresa? —Carlota lo miró. No sabía si decírselo en ese momento.

—Vamos. —Carlota caminó hasta la recepción y se registró. Ya en la habitación se sentó en la cama mientras Nico lo revisaba todo. Sentía que se había equivocado. «¿Si todo salía mal?», se preguntaba. Su teléfono sonó. Era Andrés preguntando como habían llegado. Carlota le contó sus dudas y él la animo todo saldría bien. Natalia la quería mucho y no se iba a negar a pasar un rato con Nico. Le dijo que le colgase y la llamase inmediatamente, así no tendría tiempo a arrepentirse de estar allí. Carlota colgó y buscó el teléfono de Natalia. Lo miró unos segundos y miró a Nico.

—¿Quieres hablar con Natalia?

—Sí —gritó Nico. Carlota le contó que estaban allí para verla, ya que Natalia ahora vivía allí. Nico sonreía mientras la escuchaba. Carlota marcó su número y le pasó el teléfono a Nico. Que contaba las veces que sonaba.

—¿Quién es? —respondió Natalia al otro lado del teléfono.

—Soy Nico, soy Nico, tía. Te quiero mucho, ¿vas a venir a verme? Quiero verte.

—¿Nico? De verdad eres tú.

—Sí, soy yo, estoy aquí con mamá.

—Mi amor, ¿estás bien?, ¿Qué tal tu cumple? ¿Te divertiste? ¿Qué tal el cole? ¿Estás bien? —Natalia no podía creer que Nico estuviera al otro lado del teléfono, pero sin duda era su voz. Intentaba controlar sus lágrimas. Estaba en la calle. Hacía apenas unos minutos que había salido del trabajo. Se paró en la calle buscando un sitio donde hiciese menos ruido para escucharlo bien.

—Quiero verte —le dijo Nico y comenzó a llorar.

—No llores, mi amor, claro que nos vamos a ver. Yo también quiero verte y abrazarte.

—Ven a verme estamos en tu hotel, ven.

—¿En mi hotel? Dale el teléfono a tu madre, mi amor. —Natalia no sabía si en aquel momento estaba cabreada, llena de ira o feliz. ¿Cómo la habían encontrado?, ¿qué hacía allí Carlota?, se preguntaba mientras ella al otro lado del teléfono dudaba qué decir.

—Hola, Natalia —dijo a los pocos segundos ante la mirada de Nico.

—¿Dónde estáis, Carlota?

—Aquí en Madrid, en tu hotel. Necesitaba hablar contigo, y Julia me dijo dónde encontrarte. No te enfades con ella. Si no me quieres ver, no pasa nada, pero Nico te echa mucho de menos.

—Ya, para eso lo has traído, para obligarme a verte.

—De verdad que no, Natalia —Carlota se quedó en silencio unos segundos—. Sí, un poco por eso, pero también porque él quiere verte. Me arrepiento mucho de lo que hice, Natalia, quiero pedirte perdón.

—Nos vemos ahora, llegaré en unos minutos. —Natalia colgó el teléfono y volvió sobre sus pasos. Se sentía feliz por ver a Nico, pero dudaba con Carlota y a la vez tenía miedo por si alguien más se aparecía de repente. Tenía que hablar con Julia y pedirle que no le diera más su teléfono a nadie. Llegó rápido al hotel y en hall vio a su pequeño amor. Él corrió hacia ella nada más verla. Los dos se abrazaron y Natalia lloraba mientras le besaba.

—Te quiero mucho, Nico —le repetía. Después de unos minutos, lo dejó en el suelo. Carlota se acercó despacio y Natalia la abrazó. Carlota empezó a llorar.

—Lo siento —balbuceaba entre lágrimas.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Natalia al separarse de Carlota.

—Yo tengo hambre —le contestó Nico.

—Eso es fácil de solucionar. —Natalia se acordó que había quedado con

Daniel para cenar en casa. Solían cenar pronto cuando Daniel no trabajaba porque Natalia llegaba con mucha hambre—. Os invito a mi casa a cenar. ¿Qué te parece?

—Bien —le respondió Nico. Salieron y cogieron un taxi. En pocos minutos ya estaban en casa de Natalia. Daniel los recibió.

—Déjame que te presente a mi chico preferido. Este es Nico, Nico este es Daniel.

Nico apenas vio a las perritas corrió hacia ellas.

—¡¡Tienes perros!! ¿Cómo se llaman?

—Son Paquita y Margarita. —Natalia se sentó al lado de Nico que observaba a las perritas.

—Son muy guapas y ¿viven aquí siempre?

—Sí.

—Me gustan mucho. ¿Las puedo acariciar? ¿Les puedo dar besos?

—Sí. —Miró a Carlota, que seguía en la puerta, se levantó y se acercó a ella—. Este es Daniel y ella es...

—Ya sé quién es ella. Si viene con Nico no hay muchas opciones: la prima a la que le caigo mal—dijo Daniel bromeando.

—No te conozco, no me caes mal —respondió Carlota confundida. No recordaba haberlo visto nunca.

—Sí, me conoces, bueno al menos creo que de oídas. Natalia y yo nos conocimos en Gijón trabajamos en el mismo hotel. —Carlota se quedó en silencio unos segundos.

—Sí, ya sé quién eres. No me caías mal. Solo quería cuidar de Natalia.

—Siéntate, ya sé que no te gustan mucho los perros, pero todo está limpio —le indicó Natalia señalándole el sofá.

—La cena ya está preparada. Yo me tengo que ir, tengo que entrar antes. Así que ya nos veremos otro día. —Daniel se acercó a Natalia para despedirse con un suave beso en los labios, pero Natalia se separó rápidamente sin saber por qué se sentía incomoda delante de Carlota y de Nico. Daniel se fue

disgustado, dándole vueltas a la reacción de Natalia. Estuvo a punto de volver dos veces a casa y preguntarle qué pasaba, de llamarla, pero quizás solo había sido una sensación de él, se decía. Mientras, en casa de Natalia solo hablaba Nico. Le contaba todo lo que había hecho durante esos meses. Olivia interrumpió la conversación. Llegaba de estar con su amiga; había pasado el día fuera. Se había informado de cómo matricularse en la universidad, de cómo llegar y su amiga había insistido en ir de compras. Al ver a Carlota puso mala cara.

—¿Qué hace está aquí? ¿Te ha dejado Andrés? ¿Necesitas canguro, dinero?

—Ha venido a verme y ha traído a Nico. ¿Todo está bien con Andrés, no? —le preguntó Natalia, no había pensado en eso cuando la vio. Olivia saludó y Nico corrió a su lado y saltó encima de ella.

—Todo está bien con Andrés; ya sé que no tengo buena fama, pero todo está bien.

—Estás enorme. ¿Ya conoces a las perritas? —le preguntó Olivia.

—Sí, me encantan, me voy a quedar a vivir aquí con ellas.

—¿Eso es verdad? —preguntó Olivia a Natalia

—No —contestó Carlota rápidamente—, solo estamos de visita. Supongo que me va a costar quitarme la fama de interesada. Solo he venido a pedirle perdón a Natalia. Fui egoísta; no estuvo nada bien lo que hice. Y la he echado mucho de menos. Estos meses han sido difíciles. Y también quiero pedirte perdón a ti.

—¿A mí?

—Sí, cuando viniste a preguntar por Natalia no fui muy amable y también...

—Carlota dudó un poco—. Cuando tuviste el accidente solo podía pensar en que ibas a estropear mi boda.

—Por mi parte estás perdonada. No quiero malos rollos. La vida es muy corta para estar enfadada. Carlota miró a Natalia que estaba callada en la mesa.

—Sí, si yo también te perdono. Has venido hasta aquí y eso ya ha tenido que

costarte un montón conociéndote. Así que ya está.

—Gracias Natalia, gracias Olivia. —Carlota empezó llorar y Natalia se levantó de la silla y la abrazó.

Apenas terminaron de cenar, Nico se quedó dormido en el sofá. Carlota les contó que había tenido un día demasiado emocionante. Olivia le sirvió el postre y miró su mano.

—¿Y al final te has casado? Veo un anillo en tu mano.

—Sí

—¿Y cómo fue? —preguntó Natalia.

—Sencilla, bastante cutre para lo que yo siempre había soñado, pero estamos casados, que es lo que deseaba, y Andrés sigue a mi lado. Me quiere de verdad.

—¿Y porque no iba a seguir?

—Pase por un mal momento. Empecé a beber demasiado y todo comenzó a ir mal, pero él me ayudo. Estoy en tratamiento, voy al psicólogo, no bebo, me he cambiado de casa y de barrio, estoy bien, incluso estoy buscando trabajo. Todavía dudo con hacer los cursos de cocina. Buscaré otra cosa. Andrés me ha animado para que estudie una carrera. Lo importante es que voy ordenando mi vida.

—Me alegro mucho, Carlota, pero me tenías que haber llamado, buscarme antes o Andrés me tenía que haber buscado.

—Yo no era yo y Andrés bastante tenía con ocuparse de mí, de los niños, el trabajo. Las cosas están bien así. Tenían que suceder de esta manera. He aprendido mucho en el poco tiempo que llevo en tratamiento.

—Me siento mal, pensé que estarías feliz llevando la vida que siempre habías soñado.

—No tienes que sentirte mal, Natalia. Además, ya pasó. Ahora estoy empezando una nueva vida con un hombre maravilloso. Es mejor de lo que soñaba. Ha estado a mi lado cuando más lo necesitaba y más insoportable era yo.

—Me alegro mucho.

—Yo también. Andrés siempre me pareció buena persona sobre todo para aguantarte a ti —bromeo Olivia.

—Sí, lo es. ¿Qué tal os va a vosotras? ¿Vivís juntas?

—Sí, por ahora sí —contestó Olivia.

—¿Por ahora? —preguntó Natalia.

—Sí, mi amiga me ha propuesto que viva con ella; tiene una habitación vacía, bueno tiene muebles, no como la tuya —bromeo Olivia—, y queda más cerca de la facultad.

—Ya estoy a punto de comprar otro colchón y armarios —le dijo Natalia.

—Sí, ya lo sé, pero me vendrá bien vivir separadas. En los días que llevo aquí os tengo a todos pendientes de mí, y yo estoy bien. Estoy como Carlota. Tengo que hacerme responsable. Mañana iremos a mirar las ayudas para el estudio y también... —Olivia dudó—. Vamos a visitar a un amigo suyo que es abogado para que se ponga en contacto con mis padres para reclamarles el dinero de la indemnización del accidente, si es que lo hubo. No sé nada de eso. Nunca les pregunte, y ellos no me dijeron nada. Eso me ayudara a empezar mi nueva vida.

—Puedo pedir unas horas y te acompaño.

—Vale, estaré mejor si estás conmigo. ¡Ahh! y soy lesbiana —le contó Olivia a Carlota.

—Vale —acertó a decir Carlota—. Creía que te gustaba Sergio.

—Mejor decirlo de golpe; no sabía cómo sacarlo en la conversación así que ya está todo aclarado. No me queda nada más que decir.

—¿Entonces tu amiga es tu pareja? —preguntó Carlota

—No, solo somos amigas. No porque diga amiga quiero decir pareja. Por ahora no tengo pareja, pero Natalia sí tiene pareja.

—Ya lo ha conocido.

—Sí, y no le caigo nada bien. ¿Cómo os encontrasteis?

—Una noche, una casualidad, el destino. Fue al poco de llegar a Madrid.

Llevaba unos meses y me lo encontré, bueno, él me encontró. Yo iba despistada y desde entonces nos hemos estado viendo. Es especial, me siento muy bien a su lado. Aunque creo que esta noche estará enfadado conmigo.

—¿Por estar yo aquí?

—No.

—Es que como dijo que me caía mal.

—No fue un gesto que hice al marcharse, no sé, he metido la pata.

—Llámallo, no lo dejes pasar —le dijo Olivia.

—No lo sé.

—Si estás incomoda y crees que él está mal, solúcionalo, no te cortes por nosotras. Ya es hora de que nos vayamos al hotel —le insistió Carlota

—Por una vez diré que tiene razón. Le está haciendo mucho bien el psicólogo —dijo Olivia.

—Os acompaño al hotel y luego iré a verlo.

Natalia se levantó y llamó a un taxi. En poco tiempo ya estaba enfrente del restaurante de Daniel. Ya quedaba muy poca gente dentro. Se les habían pasado las horas volando aquella noche. Entró y preguntó por él.

—¿Qué haces aquí? Estoy trabajando, Natalia —le dijo serio. Natalia lo miró; estaba muy enfadado. No le había dado un beso al verla.

—Natalia, ¿qué pasa? Tengo que volver dentro. —Natalia se acercó a él y lo besó. Él dudó unos segundos si seguir enfadado o rodearla con sus brazos. Decidió rodearla. Se besaron y Natalia se separó.

—Te dejo trabajar.

—Natalia...

—Sé que te enfadaste, no sé qué me paso. Solo sé que te amo. —Sonrió y lo besó de nuevo—. Prometo que no me volveré a apartar cuando me beses, ni a hacer gestos raros.

Daniel la sujetó suavemente de la mano y la acercó hacia él.

—Te amo, Natalia.

Salieron juntos y Daniel la acompaño a buscar un taxi.

—¿Te espero en casa? —le preguntó Natalia.

—Sí.

Daniel ya casi vivía con Natalia. Pasaban mucho tiempo juntos, aunque todavía no se había mudado del todo. Estaban esperando a arreglar la otra habitación para Olivia y así poder dormir juntos todas las noches. Por ahora se tenía que conformar con dormir en el sofá y los besos de buenas noches. Veía alejarse el taxi y pensaba en cómo deseaba tener a Natalia entre sus brazos. Cada día que pasaba era una oportunidad perdida, se decía Daniel. Dudaba si Natalia lo deseaba igual que él.

Natalia soñó con Salvador esa noche. Él aparecía en el hotel. Él la veía y se acercaba, la abrazaba, la besaba y le juraba amor eterno. Natalia se despertó asustada. Se preguntó qué sentía por Salvador, qué pasaría si él apareciese en el hotel. Estaba enamorada de Daniel, pero dudaba después de ese sueño. Parecía tan real. Dudaba si preguntarle a Carlota por él. Ella tenía que saber todo de él, ya habría sido padre, pensó Natalia, y se repitió «Es padre». Quería saber y no quería saber. Estaba hecha un lío.

Había quedado con Carlota y Nico para comer, antes acompañaría a Olivia a visitar al abogado. Mientras esperaban a ser atendidas, le contó sus dudas. Olivia se ofreció a preguntarle ella, pero Natalia le dijo que tenía que ser ella quien lo hiciera. Lo que tenía que decidir era si hacerlo o no.

La hora del encuentro con Carlota llegó y allí Carlota le habló de cómo era su nueva casa, de cómo la había decorado y de que tenía cajas con cosas de ella que le traerán la próxima vez cuando Andrés los acompañara. Ella volvería a Gijón al día siguiente a primera hora de la mañana. Ya no le quedaba mucho tiempo para preguntarle.

—¿Y Jairo? —preguntó en un momento en el que estaban calladas. Carlota la miró.

—Está bien.

—¿Y?

—¿Qué quieres saber?

—¿Ya es padre?

—Sí, es que no quiero hacerte daño hablando de él, Natalia.

—No me haces daño. Solo quiero saber cómo esta, cómo le va.

—Está bien, tiene un niño precioso y sanísimo. Es una monada. Se llama Fernando. El nombre no es muy guapo, pero es el que decidió el nombre y vive con ella desde el último mes de embarazo. No se ven una pareja feliz y enamorada, pero desde que llegó él bebe, Jairo sonrío más. Él piensa en ti, Natalia, sigue enamorado de ti. —Natalia estaba en silencio—. Si tú sigues enamorada de él, si lo buscas, quizás podáis retomararlo, no sé qué decirte, cómo aconsejarte.

—Estoy enamorada de Daniel, pero no sé qué siento por Jairo. No lo voy a buscar; él ya tiene su vida, tiene un hijo, vive con ella. Yo no tengo nada que hacer allí. Él no me buscó.

—No sé qué decir. No he hablado mucho con él desde que te fuiste. Nos saludamos en el bar y hablamos del tiempo, de si han tenido mucho trabajo y poco más. Hay veces que se ha quedado en silencio como si fuera a preguntarme algo, pero no se atreve. Sobre todo después de la visita de Olivia yo siento que quiere preguntar por ti. Andrés me ha dicho que tampoco hablan mucho. Solo habla cosas del bar y desde que esta el niño pues le pregunta cosas.

—Ya está solo necesitaba saber algo y ya sé que está bien y que es feliz sin mí.

Pasaron la tarde de compras por Madrid, cenaron en casa de Natalia con Daniel. Carlota le pidió perdón a Daniel. Había sido injusta con él hacía años y, si hacía feliz a su prima, ella estaba feliz. Los acercaron al hotel. Al ver el coche de Daniel, Carlota sonrío.

—Es amarillo —le dijo a Natalia.

—Sí, cuando lo vi tuve ganas de llamarte y contártelo. —Las dos sonrieron.

—Yo también te he echado mucho de menos. —Carlota y Natalia se abrazaron. Ante la mirada de Daniel que solo había escuchado que hablaban del color de su coche y se abrazaban.

A la mañana siguiente los acompañó a la estación con la promesa de volver a verse pronto y hablar más por teléfono. Daniel la rodeó con su brazo al salir de la estación y ella se acercó a él para abrazarlo. Necesitaba un abrazo.

En el trabajo Natalia pensaba en Daniel. Se sentía tan bien a su lado. No quería dudar de lo que sentía. Pero no podía evitar pensar en Jairo con su hijo, con ella, aquella mujer que en una noche le había roto todos los sueños. Si ella no hubiese aparecido, su vida habría seguido al lado de Jairo, de Salvador. Se miró en el espejo del baño que estaba limpiando en aquella habitación, sonrió. Le gustaba su vida en ese momento. Le gustaba cómo se sentía en esta. No quería culpar a Leticia. El culpable de la ruptura había sido él. Siempre había sabido sobreponerse a todo y se había sobrepuesto a Jairo. Tenía una casa que le encantaba, dos compañeras de vida que no sabía que podía amar tanto, tenía una relación con Olivia que sabía que ya nadie podía romper. Por fin se sentían hermanas. Con Carlota las cosas estaban arregladas y Nico seguiría en su vida, y tenía a Daniel, Daniel. Sonreía al pronunciar su nombre. Recordaba el abrazo de esa mañana en la estación. Lo amaba. No sabía si como había querido a Jairo, pero si lo amaba y no quería perderlo. Estar a su lado le hacía ser su mejor versión, se divertía más, se reía más. Recordaba las palabras de Carlota diciéndole que lo buscara, pero no quería volver a aquella vida. Pensaba en el hijo de Jairo. Qué papel iba a tener en esa vida. Ella no quería ser madre en ese momento y la relación siempre sería incomoda. En ese momento se planteó si de verdad sentía algo por Jairo porque ella no estaba dispuesta a renunciar a nada de lo que tenía en ese momento por estar con él. Quizás lo que había sentido no había sido más que el deseo de que se cumpliesen sus sueños, de que alguien la amara, de no perder el amor de nuevo.

Carlota regresó a Gijón y nada más llegar fueron al bar, quería ver a Andrés y contarle lo feliz que estaba. Nada más entrar, Nico corrió a los brazos de Andrés y le contó que había estado con Natalia, y tenía dos perritas. Jairo escuchó aquellas palabras y todo su cuerpo se estremeció. Habían estado con Natalia. Andrés cogió a Nico y se fueron a una mesa junto a Carlota. Ella le contaba cómo había sido y le enseñaba las fotos que se habían hecho, Natalia y Nico, Nico con las perritas, Nico dándoles de comer. Se había quedado enamorado de ellas. Jairo los observaba disimuladamente desde la barra, cuando notaba que Carlota lo miraba, él miraba hacia otro lado. La veía feliz contándole a Andrés lo que había pasado, los dos miraban el móvil y sonreían. Natalia estaba bien comprendió Jairo. Mientras estaba allí intentando escuchar algo, se preguntaba si ella le habría preguntado por él, si Carlota le había contado que era padre que ahora vivía con Leticia. Como sería ahora la vida de Natalia. Andrés se acercó a la barra a por unos refrescos y algo de picar.

—¿Estás bien?

—No —le respondió Jairo—. ¿Cómo está?

—Está bien, tiene una nueva vida, Jairo —le respondió Andrés. Jairo se quedó dudando.

—¿Tiene pareja?

—Sí, y tú también. Los dos tenéis una nueva vida. Está bien que lo hayáis superado.

—Necesito salir un rato.

—Vale.

Jairo cogió su cazadora y salió a caminar. Natalia estaba con otro hombre. Otro hombre la besaba, dormía a su lado. Sentía que se rompía por dentro. Llegó a la playa y se sentó en la arena. La recordaba a su lado en aquella primera conversación los dos nerviosos, temblando controlando sus palabras, queriendo saber más, pero con miedo a preguntar. Jairo lloró como hacía mucho que no lloraba. Todo había acabado, era el fin de su sueño.

Olivia terminaba de recoger las pocas cosas que tenía en casa de Natalia. Se sentía triste. Apenas tenía nada para empezar su nueva vida. Recordaba todos los libros que había dejado atrás, sus cd, su ropa. Natalia le decía que era lógico que echara de menos sus cosas aquel había sido su hogar. La animaba poco a poco iría haciendo nuevos recuerdos. Al día siguiente Olivia ya estaba instalada en su nueva casa. Natalia regresaba a su casa triste y alegre a la vez. Enfrente del portal estaba aparcado un coche que le recordaba al del padre de Olivia. Y no se equivocó. Al verla allí, salió del coche y la llamó. Natalia se quedó parada cuando vio que los dos bajaban del coche.

—Hola —dijo él. Su madre permanecía al otro lado del coche en silencio.

—Hola, ¿qué quiere? ¿Qué hace aquí?

—Perdona que te moleste. Sabía tu dirección por las cartas que le enviaste a Olivia y sabía que ella estaría aquí. —Natalia estaba en silencio—. Solo queremos saber que está bien. Nos ha llamado un abogado y queremos decirle que no se tiene que preocupar por nada. Solo queremos estar bien con ella. ¿Podemos verla? Quizás es mejor que se lo digamos a ella.

—Ella no está aquí, pero yo le diré que han venido y, si ella quiere, los llamara. Ya es mayor de edad y ha tomado una decisión. Él se acercó al maletero del coche y sacó varias maletas y bolsas.

—Esto es de ella, creo que lo hemos recogido todo y le puede hacer falta y esto es para ella. Le acercó un sobre a Natalia.

—Eso se lo tendrá que dar a ella, solo voy a quedarme con las maletas. Le va a hacer mucha ilusión tener sus cosas y también que se las hayan traído. Gracias.

—No tienes que darme las gracias. Sé que nos hemos equivocado mucho con ella, pero nos hemos dado cuenta tarde.

—No es tarde para hacer las cosas bien.

—Gracias por cuidar de ella —le dijo su madre desde el otro lado. Natalia la miró y cogió las maletas para ir metiéndolas en el portal.

—Nos vamos. Gracias, Natalia.

—Adiós —le respondió Natalia sin pararse recogió la última maleta y cerró la puerta del portal. Se sentía nerviosa por aquella visita, por ver a su madre. No entendía cómo había sido capaz de hacerle tanto daño a Olivia y de actuar como si nada. No sabía si el padre conocía toda la historia, pero si estaban juntos los dos eran igual de culpables. Por fin en casa Natalia colocó las maletas en una esquina al día siguiente se las llevaría a Olivia. Ya tenía la casa para ella y para Daniel pensó. Ahora no tendría que dormir en el sofá. Se puso nerviosa al escuchar las llaves en la puerta. Era Daniel.

—¿Estás bien? —le preguntó al verla.

—Sí, bueno los padres de Olivia han venido y le han traído sus cosas mañana se las llevaré.

—Podemos ir ahora.

—No hay prisa.

—¿Cómo estás? ¿Ha venido tu madre?

—Sí, me ha dado las gracias por cuidar de Olivia. Para ella tiene que ser una mala noticia que Olivia me quiera.

Daniel la abrazó.

—Es imposible no quererte.

Natalia se separó un poco.

—No tengo porque mudarme si no quieres. Puedo seguir en mi sofá. Seguiremos como hasta ahora. Te amo, Natalia, y eso no va a cambiar.

Natalia lo miró. Conocía todos sus pensamientos. Se acercó a él y lo besó.

—Te amo, Daniel, y quiero que te mudes a la cama.

Los dos se rieron.

—Esto es serio —dijo Daniel. Daniel le quitaba la camiseta a Natalia entre besos, los dos caminaron hacia la cama. Natalia se tumbó en la cama y Daniel la miró y se acercó a su costado acariciándola lentamente.

—¿Qué es esto?

—Es una estrella.

—Ya lo veo, te has tatuado.

—Sí, hace mucho.

—Es por...

—Sí. —Daniel la besó. Sin duda Natalia era la mujer de su vida. Y aquel sería un momento mágico para recordar. Natalia se había tatuado aquella pequeña estrella al poco de irse Daniel. En una de sus muchas conversaciones después de un día duro, Daniel se había puesto más trascendente de lo que era habitual en él. Le hablaba de que a veces le gustaría tener una señal del universo de que todo iba a salir bien, de que en algún momento algo bueno le pasaría que vería recompensado todo el sufrimiento anterior. Quizás una estrella, le decía; sí, una estrella que aparezca cuando todo va a salir bien, cuando vas por el buen camino. Y él se había quedado en silencio mirando el cielo. Aquella conversación marcó a Natalia. Ella tendría su estrella, y en secreto se la tatuó. Solo cuando llegó el verano y la temporada de playa Carlota se la vio, pero ella estaba feliz con su estrella.

Daniel se despertó a su lado, acariciando aquella estrella. Quería despertarse a su lado todos los días de su vida.

Jairo había estado desaparecido durante muchas horas. Cuando por fin aparecido, Leticia corrió a su lado. Estaba muy preocupada.

—¿Estás preparada para venir conmigo? —le preguntó Jairo sin darle tiempo a decirle nada.

—Sí, somos una familia, y Fernando nos necesita a los dos.

—Mañana iremos a informarnos de lo que necesitamos para casarnos y...

—No me quiero casar. Eso lo decidiremos más adelante. Somos los padres de Fernando y por ahora no necesitamos ninguna relación más. Ya iremos viendo cómo nos va. Yo pondré de mi parte para que todo vaya bien.

—Yo también, hablaré con Andrés y Sergio para venderles mi parte del bar y, en cuanto todo este arreglado, sacaré los billetes en unos días podemos estar en Montevideo.

—¿Qué ha pasado, Jairo? ¿Has sabido de ella? —le preguntó Leticia después de observarlo dando vueltas por el salón buscando papeles. Jairo la miro. No quería mentirle.

—Sí, Leticia. —Leticia lo miró unos segundos. No quería saber más. Decidió irse a la habitación y no hablar más del tema. Si Jairo había tomado aquella decisión, era porque ella estaba con otro hombre y eso había afectado a Jairo. Al día siguiente les informo a Andrés y a Sergio de sus intenciones. Sentía meterles prisa, pero necesitaba el dinero y no tener que volver a Gijón para arreglar papeles. Quería irse para no volver.

—¿Esto es por Natalia? —le preguntó Andrés.

—Sí, todo se ha acabado y necesito volver a mi país, empezar allí. No puedo seguir aquí. Ella está en todos los sitios. Lo necesito.

—Te voy a echar de menos —le dijo Sergio.

—Yo también. Se nos da muy bien trabajar juntos.

—Ya sé que no debería, pero Natalia, Natalia preguntó por mí.

—Sí, Carlota le contó la verdad: que eres padre y...

—Que vivo con Leticia.

—Sí.

—Y ella qué dijo.

—Carlota no me contó más. No le des más vueltas, Jairo.

—Y el hombre con quien está... ¿cuándo lo conoció?, ¿la hace feliz?, ¿es bueno?

—Jairo, ya está, olvídalo.

—Sí, la hará feliz, si no, no estaría con él.

—Carlota me dijo que la vio bien y no sé si tengo que contarte más. No quiero que te comas la cabeza.

—Necesito saber que está bien, aunque me duela. Debo ser un poco masoquista, Andrés.irme de aquí es como si la abandonara, no lo sé, la dejo sola.

—No la dejas sola. Nos tiene a nosotros. Olivia vive con ella y ese hombre creo que también.

—¿Viven juntos?

—Tío, suéltalo ya todo; me estás poniendo nervioso a mí —le dijo Sergio.

—No hay mucho más que decir. Ese hombre se llama Daniel y se conocieron cuando eran más críos y ahora se han reencontrado en Madrid.

—Daniel, me suena ese nombre.

—Lo estarás confundiendo, Jairo, yo no tengo ni idea de quién es no creo que tú lo conozcas.

—Sí, tienes razón. Me habré confundido.

Jairo miró a Andrés; quizás debería contarle la verdad de quien era, por qué había llegado hasta allí. Bajo la mirada y se disculpó. Quería ir a ver cómo

estaba su hijo. Jairo entró en su apartamento. Fernando dormía y Leticia también. Buscó una pequeña caja que guardaba en su maleta; allí conservaba las cartas de Natalia. Buscó en ellas el nombre de Daniel. Lo encontró enseguida. Natalia le había hablado de él al principio de las cartas. Ella estaba enamorada de él y aquella relación nunca había llegado a nada. Se había acabado antes de empezar. Jairo leyó todo lo que Daniel le hacía sentir a Natalia y no pudo evitar pensar si alguna vez ella lo habría descrito así. Daniel había vuelto a su vida cuando más lo necesitaba. Sentía celos de él; ya sabía quién era y lo que Natalia lo había amado. Jairo volvió a guardar las cartas en la caja. Antes de volver a Uruguay decidió escribirle una carta a su madre. Hacía meses que no había tenido contacto con ella y quería ponerla al día de todo. Lo último que le había contado era que era muy feliz con Natalia y si aparecía allí con Leticia podía llevarle a una confusión que podía hacer que su vida allí empezase con mal pie. Acabó la carta en unas horas. Se sentía liberado al meterla en el sobre. En unos días tenían arreglado lo del bar y tenían los billetes. Pasarían una noche en Madrid y luego dejarían España. Jairo pensaba en Natalia. Deseaba verla por última vez. Habló con Andrés y le pidió su ayuda. No quería meterlo en problemas. Le repetía que solo quería que le consiguiese el número de teléfono de Natalia, para llamarla por última vez cuando estuvieran en Madrid. Andrés dudó, pero cuando tuvo la oportunidad, cogió el móvil de Carlota y apuntó el número de teléfono. Quería ayudar a Jairo a poder despedirse de Natalia. A los dos les ayudaría cerrar su historia.

Ya en Madrid, Jairo le contó a Leticia lo que iba a hacer y ella aceptó. No le quedaba otra opción. En pocas horas estarían lejos de allí y no volvería a saber nada de Natalia. A primera hora de la mañana salió a la calle nervioso con su teléfono en la mano y el número de Natalia en el bolsillo de la cazadora. Lo buscó y marco. A los pocos minutos escuchó su voz al otro lado.

—Hola, ¿quién es? Hola.

—Hola —respondió él y el corazón de Natalia se encogió y todo su cuerpo se estremeció—. No me cuelgues por favor. Solo quiero hablar contigo.

—Hola, Jairo. —Natalia se sentó. Estaba en el vestuario del hotel y en aquel momento estaba sola.

—Quiero verte, Natalia, estoy en Madrid y quiero despedirme de ti. Me vuelvo a Uruguay. Regresó con mi hijo y con Leticia. No voy a volver.

—No sé si es lo mejor Jairo, estoy trabajando, consiguió decir.

—Esperaré a que salgas. Mi vuelo no sale hasta la noche. Te esperaré todo el día.

—No lo sé, podemos despedirnos ahora por teléfono.

—Quiero verte. ¿No quieres verme? —El silencio se hizo durante unos minutos.

—Ahora estoy trabajando, Jairo, tengo tu número. Lo pensaré. —Natalia colgó el teléfono rápidamente al escuchar cómo se abría la puerta del vestuario, sin darle tiempo a Jairo a despedirse. Jairo se quedó en la calle pensando en que no la iba a volver a ver.

Natalia terminó de vestirse y se fue a empezar su jornada. No podía dejar de pensar en Jairo, en su voz. La había estremecido escucharla después de tanto tiempo. No estaba segura de sí acudiría a despedirse de él, pero si lo hacía, tenía que decírselo a Daniel. Ahora que estaban felices de que habían superado aquel pequeño bache y él ya tenía todas sus cosas en su apartamento. Ya vivían juntos después de los miedos de Natalia. Le tenía que decir que se iba a ver con Jairo. No se lo tomaría tan mal. Daniel era tranquilo y Jairo se iba a ir no tenía que temer nada. Lo llamó por teléfono y se lo soltó rápidamente. Daniel rápidamente le dijo que no, no estaba de acuerdo, le prohibía que se viese con ese hombre.

—¿Qué? No me puedes prohibir nada. No voy a hacer nada malo, solo despedirme de él —le dijo sorprendida por su reacción.

—Entonces yo voy contigo.

—No.

—Por qué no, si todo es tan inocente porque no puedo ir yo. —El miedo a que Natalia se encontrase con ese hombre se apoderó de él.

—Porque quiero ir yo sola.

—No, Natalia, las cosas no son así. Soy tu pareja. Algo pintaré en eso.

—Daniel, esto es una decisión mía, sabes dudaba si ir, pero ahora ya no. Voy a ir a verlo, lo necesito. —Natalia se arrepintió de esas últimas palabras.

—Lo necesitas, si vas, hemos roto, Natalia. —Y colgó el teléfono. Natalia se encontraba entre la espada y la pared. Necesitaba ver a Jairo, pero su relación con Daniel corría peligro. Se acercó a una parada de taxis dudando qué decisión tomar.

Daniel lanzó el teléfono al suelo y sus piezas saltaron. Sus compañeros le preguntaron qué le había pasado y él se lo contó.

—Ahora me dice que se va a ver con el otro gilipollas, que necesita verlo. No sé de qué va. —Uno de ellos le quitó hierro al asunto. No tenía por qué pasar nada entre ellos, si no, no se lo hubiera contado.

—O se lo cuenta porque se cree que es gilipollas y que puede hacer lo que quiera —soltó otro—. Ya te lo he dicho cuando me has hablado de ella. Esa tía solo te ha tenido de paño de lágrimas y en cuanto ha vuelto el otro ha corrido a sus brazos. Mejor ahora tío que te des cuenta de cómo es.

Daniel permanecía en silencio escuchando a su compañero. No sabía si Natalia lo había estado utilizando para no estar sola. Todo había ido tan despacio entre ellos que ahora lo achacaba a que quizás Natalia esperaba la llamada del otro. Su primer beso, la primera vez que la tuvo entre sus brazos. Dudaba de todo lo que había vivido.

—Ella no te merece. Solo te ha utilizado. Te ha estado engañando esta noche salimos por ahí y a empezar una nueva vida.

—Daniel, no le escuches, no ha pasado nada entre ellos. Solo se van a ver.

Espera a verla y luego le pides explicaciones.

—No quiero hablar más del tema, hay que ponerse a trabajar —zanjo las conversaciones Daniel. Se sentía traicionado al saber que Natalia se iba a encontrar con ese hombre. Tenía miedo de que resurgiera el amor, que ella lo perdonara y que lo suyo hubiese acabado, no podía imaginar su vida sin Natalia otra vez. No podría desaparecer sin más se decía, tiene que ir a por las perras, y si ya había ido y si cuando volvía a casa estaba vacía. Quería correr a casa comprobar cómo estaba, pero no podía. Tenía que seguir trabajando. Conseguir ese trabajo le había costado mucho esfuerzo y no podía salir corriendo. Tampoco podía llamarla su teléfono. No funcionaba y no se sabía el número de Natalia.

Natalia cogió un taxi y puso rumbo al aeropuerto. Sabía que por la hora él ya podría estar allí a punto de embarcar. Lo llamó al llegar allí. Jairo cogió el teléfono rápidamente.

—Hola, Natalia.

—Estoy en el aeropuerto no sé si estás aquí, pero...

—Sí, acabó de llegar, pensé que no te volvería a ver. ¿Dónde estás?

—Estoy cerca de una cafetería.

—Voy para allá, no te muevas.

Jairo le contó a Leticia lo que pasaba y le pidió que le esperase unos minutos, enseguida estaría con ellos. Cogió una bolsa y caminó rápido al encuentro con Natalia. Leticia se quedó allí parada con Fernando en sus brazos. Dormía plácidamente. Ella tenía ganas de llorar, quería suplicarle que no fuera al encuentro de aquella mujer. Tenía miedo de que no regresara. Lo veía alejarse y se sentía impotente. ¿Y si no volvía?, se repetía. Leticia se sentía abandonada, como una niña pequeña que esperaba en la puerta del colegio que sus padres fueran a recogerla mientras veía como todas las demás se van felices con sus padres. Lo iba a abandonar todo por él, su familia, sus

amigos, un buen trabajo, una casa casi pagada, la estabilidad que tenía en su ciudad. Estaba en un aeropuerto poniendo rumbo a un país desconocido para empezar una nueva vida con el hombre que amaba y con su hijo. Deseaba confiar en Jairo. Él le había contado la verdad sobre quién era y sabía que amaba a Fernando y que no lo abandonaría. Intuía que por ella también sentía algo. Los últimos meses habían sido buenos; habían aprendido a convivir y empezar en un sitio nuevo le daría la oportunidad de que él se enamorase de ella. Era lo que más deseaba. Los minutos seguían pasando despacio y la gente se movía tan rápido que parecía que todo avanzaba menos ella. Recordaba la primera vez que había visto como Jairo miraba a Natalia. Desde el principio supo que estaba enamorado de Natalia, pero ella también estaba enamorada y no quería perderlo. El embarazo fue la señal de que tenían que estar juntos. Y de que ella conseguiría a Jairo. Lo supo al ver la reacción de Natalia cuando entró en el apartamento. Había averiguado algo de la historia de Natalia y sabía que, si se enteraba del embarazo, se apartaría de Jairo. Y ella tendría el camino libre.

La vio entre la gente sentada en la mesa pidiéndole algo al camarero. Sonrió al verla estaba hermosa. Se acercó rápidamente.

—Hola.

—Hola —respondió tímidamente Natalia, dudaba si levantarse a darle dos besos. Jairo se sentó rápidamente.

—Estás muy guapa. Más de lo que recordaba.

—No seas exagerado. No hace tanto tiempo que no nos vemos.

—Tienes el pelo rosa otra vez.

—Sí, me gusta.

—Siento lo que te hice; tendría que habértelo dicho cuando me enteré; te fallé en lo más importante: en la confianza, en que pudieras creer en mí. Al releer tus cartas me di cuenta del daño que te había hecho. Los ojos de Natalia

se llenaron de lágrimas. Se sintió descubierta. Él era el que mejor la debía conocer. Toda su vida estaba en aquellas cartas.

—Vuelves a casa. Ya se te acabó el plazo, ahora eres padre no todo ha salido mal.

—Sí, no sabes las veces que he deseado que tú fueras la madre de Fernando. Natalia, te voy a amar siempre.

—Pero la realidad es otra. —Natalia lo miró—. Ahora te veo diferente... quizás es la paternidad. Pero sigues igual de guapo.

—Natalia, yo...

—Hemos quedado para despedirnos para comenzar una nueva vida. Vuelves con tu madre como le prometiste y le llevas un nieto. Serás muy feliz. Leticia es una buena persona. Supongo que si te acompaña le habrás contado...

—Sí, no quería cometer el mismo error. Nunca me olvidaré de ti, aunque empiece una nueva vida. Quiero darte las gracias, Natalia, por haberme dejado estar en tu vida, por vivir momentos maravillosos a tu lado, por acompañarme con tus cartas, por hacerme soñar con la idea de buscarte durante tanto tiempo. Aquel primer beso curó todas mis heridas. —Natalia lo miró a los ojos aquellos ojos que la habían enamorado.

—Yo tampoco te voy a olvidar, Salvador. —Los dos estuvieron unos minutos en silencio mirándose. Por la cabeza de Jairo pasó la idea de proponerle irse a otro sitio juntos y olvidarlo todo, pero no podía olvidar a su hijo. Era más importante que sus deseos.

—Sé que estás con Daniel. —Se quedó en silencio unos segundos, me cuesta pensar que estás con otro, pero me alegro de que sea él. Lo querías mucho. —Natalia lo miró sorprendida—. Sí, me hablabas de él en tus cartas.

—Salvador, yo también fui feliz a tu lado. Tuvimos buenos momentos. —Sonrieron los dos. El móvil de Jairo sonó. Era Leticia. Jairo no lo cogió—. Se está haciendo tarde.

—Te tengo que decir adiós, Natalia.

—Sí, es el momento. —Natalia se levantó de la silla. Jairo tardo unos

minutos más. Se levantó dudando de todo lo que iba a hacer. Sacó la caja de las cartas de la bolsa y la dejó encima de la mesa—. Dile a Daniel que las lea. No habrá sido fácil dejarte venir. Natalia, nunca dejes de hacer castillos en el aire, soñar es muy importante y estoy seguro de que todos tus sueños se harán realidad. Adiós, Natalia.

—Adiós, Jairo. —Natalia lo abrazó y él la abrazó fuertemente. Los dos sabían que aquel era el final definitivo de su historia de amor. Nunca más volverían a verse. Jairo se separó, cogió su bolsa y no miró atrás caminó rápido hasta encontrarse con Leticia y con su hijo. «Tiene que salir bien — pensó—; no puedo estropearlo otra vez». Leticia lo vio aparecer y sonrió. Estaba tan nerviosa que apenas ya se sostenía en pie. Cuando estaba a su lado, le dio a Fernando.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí. —Jairo le besó suavemente en la mejilla—. Vámonos, nos espera nuestra nueva vida.

Natalia se volvió a sentar en la silla. Miraba aquella caja vieja, parte de su vida estaba en aquellas cartas. Ella no le había devuelto sus cartas. Después de ver salir el avión, decidió irse a casa. Se sentía cansada. No sabía qué pasaría, si Daniel seguiría en su vida, si podría perdonarla. No había pasado nada, pero sabía que Daniel se sentiría traicionado, humillado. Otra vez lo había dejado por otra persona. Natalia fue a casa; vio a sus perritas, dejó la caja encima de la mesa de la cocina y salió a pasear. Caminó hasta el restaurante de Daniel. Estuvo enfrente un largo tiempo viendo a la gente entrar y salir. Aquella noche tenían mucho trabajo. Uno de los camareros la vio y buscó a Daniel.

—Tu chica esta fuera. Lleva un rato dando vueltas no he podido avisarte antes.

Daniel le dio las gracias y siguió allí.

—Vete a verla, a qué esperas, esta fuera —le dijo un compañero.

—No sé qué hacer; tengo miedo de lo que me pueda decir.

—Escúchala. Aprovecha ahora antes de que entren más clientes.

Daniel se quitó los guantes y salió. Las perritas se le subieron nada más verle. Y Daniel sonrió.

—¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Qué haces aquí? Te dije...

—Te amo, y sí, ya sé lo que me dijiste, pero no he hecho nada malo, Daniel. Solo me he despedido y ya está. Daniel estaba en silencio. Me ha devuelto mis cartas. Me dijo que las leyeras. Las he dejado en la mesa de la cocina.

—No quiero leer nada.

—Me voy a casa. ¿Iras esta noche?

—Vivo allí. —Natalia se acercó y le beso suavemente en los labios.

—Despediros de papá que nos vamos a casa.

—Ten cuidado es muy tarde —le dijo al ver que se alejaban. Natalia se giró y le sonrió. Se quedó unos minutos viendo cómo se alejaban. La amaba tanto. La necesitaba en su vida y ella quería estar en ella. Había sido un imbécil.

Natalia llegó a su casa, esperando que Daniel regresara pronto y que pudiera olvidar aquella discusión. Daniel llegó tarde a casa. Se quitó el abrigo, se acercó a la habitación y vio a Natalia dormida. Fue a la cocina. Quería algo caliente. Vio la caja encima de la mesa se sentó en la silla y la miró, dudando si abrirla y leer aquellas cartas, mientras llamaba imbécil a Jairo. Se levantó buscó algo en la nevera y Paquita acudió corriendo al escuchar el ruido. Daniel sonrió.

—¿Tienes hambre? Vamos a ver que hay. —Se sentó en la silla con un sándwich y miró a Paquita—. La abro o no, ¿qué dices?

Abrió la caja y las vio colocadas cuidadosamente. Algunas iban en sobres de colores, otras en sobres blancos. Abrió la primera y empezó a leer. Cuando ya llevaba tres cartas, no sabía si dejarlo. Quizás aquel imbécil le estaba

tomando el pelo. Miró otra y la cogió esa sería la última. Enseguida leyó su nombre. Natalia le contaba que había conocido un chico en el trabajo, era alto, delgado, tenía unos ojos muy bonitos y le sonreía cuando la veía. Ella se ponía muy nerviosa cuando se cruzaba con él, pero también deseaba verlo, no sabía si se estaba volviendo loca. Se llamaba Daniel. Le contaba las anécdotas de esa semana. Él la trataba diferente, se sentía muy bien a su lado. Aunque había escuchado que tenía novia, solo estaba siendo amable con ella y ella había estado haciéndose unas historias por unas sonrisas. Cogió otra carta le contaba que creía estar enamorada, pero que era una tontería porque él nunca se iba a fijar en ella. Siguió leyendo las cartas. Siempre hablaba de él. «Quizás estoy soñando —escribía Natalia—, pero yo creo que también le gusto. Hemos quedado para ir a la playa. Dice que me va a enseñar a nadar». «¿Eso es una cita?», le preguntaba a Salvador.

Las cartas empezaron a ser tristes. Natalia escribía lo que le decían en el trabajo: «Ten cuidado con él; solo te está utilizando. Eres joven y estás sola, y él lo sabe». Natalia le decía a Salvador que quizás tenían razón. Ella no era guapa, ni divertida, ni inteligente. Se sentía inferior a todas las demás. Se preguntaba qué porque se iba a fijar en ella si no era por interés. En las siguientes, ella le daba las gracias por sus palabras. Pero le decía que todo había acabado entre Daniel y ella. Ella había faltado a una cita con él y su relación era distinta. Quizás lo que sentía por ella no era lo que ella creía, quizás era cierto que solo era interés. Le decía que lo había visto hablando con otras compañeras en el trabajo y que una tarde lo había visto con otra chica. Daniel recordó aquel día le había pedido a una amiga pasear por un sitio donde Natalia los pudiese ver y ponerla algo celosa. Para ver si reaccionaba y le decía algo. Era mejor que pusiera los pies en el suelo y se olvidara de él. Daniel siguió leyendo algunas cartas más. Ya quedaban muy pocas, pero, según leía, iba entendiendo porque Salvador había venido hasta aquí para conocerla. Sus cartas eran alegres. Le contaba su vida diaria muchas veces tristes con alegría, con ganas de superarlo, con optimismo. Era amor

cuando hablaba de Nico. Es maravillosa pensó Daniel, y está conmigo, me quiere a mí desde el mismo día en que nos conocimos igual que yo. Comprendió los miedos que sintió cuando le llenaron la cabeza de dudas. Él también los había sentido hacía apenas unas horas por culpa de sus compañeros de trabajo.

Guardo las cartas en la caja, caminó hasta el dormitorio y allí la observó dormida. Podría haberla perdido, haber perdido sus sueños. Daniel se metió en la cama y la abrazó. Natalia se despertó, lo miró y lo vio sonreír.

—¿Me sigues amando, aunque haya sido un idiota? —le preguntó Daniel. Natalia lo besó.

—Te amo, Daniel. —Daniel la apretó más fuerte contra su cuerpo y la besó. Su mano acarició la estrella tatuada en el cuerpo de Natalia. Ella era la señal de que todo había salido bien, su buen camino, su estrella.

Agradecimientos

Gracias a mi madre y a mis hermanas, que me quieren y me aguantan.

Gracias a Lola Gude y a todo el equipo de Selecta que, con su trabajo y dedicación, hacen realidad mi sueño de ver publicado este libro. Muchas gracias por hacerlo posible.

Gracias a todas las compañeras de Selecta por compartir sus dudas, que ayudan a resolver las mías, y gracias a todas las que contestan por compartir su experiencia. Aprendo mucho y sois muy buena gente.

Gracias a ti por comprar este libro, por regalarle tu tiempo y hacer posible este sueño.

Si te ha gustado
Castillos en el aire
te recomendamos comenzar a leer
Canela y miel
de *Mar P. Zabala*



con su página web de muñecas de trapo, que hacía ella misma, y de ese modo conseguía llegar a final de mes.

—¿Qué quieres desayunar hoy? —le preguntó a Sofía mientras la llevaba en brazos a la cocina.

—¡Tortitas!

—Marchando unas tortitas.

Encendió la *tablet* para que la niña se entretuviera viendo dibujos mientras preparaba las tortitas para las dos. Pronto la cocina se llenó del olor a caramelo, café y Cola Cao. El sonido del timbre le avisó de que su abuela acaba de llegar. Normalmente dejaba a la niña en casa de esta, que vivía en el siguiente portal, pero estaba acatarrada con algo de fiebre desde hacía dos días y prefería no llevarla al colegio ese día.

—Gracias por venir, abuela, te he hecho madrugar.

—No pasa nada, cariño.

—Yayaaaaaaaaaaaaaaaa. —Un torbellino pelirrojo las interrumpió metiéndose entre las dos, buscando su ración de mimos mañanera.

Media hora más tarde, Luna, ya arreglada, se despidió con pena de las dos mujeres de su vida y, mirando el reloj, vio que tenía que apresurarse o llegaría tarde a abrir la biblioteca. Con disgusto se cruzó con el fotógrafo que tenía la tienda justo en frente de su casa. Cada día era el mismo ritual: Luna salía de su portal, cruzaba la calle y al segundo paso se topaba con el hombre en la estrecha acera. De pelo castaño, piel canela, ojos azules y labios voluptuosos, vestía con pantalones de cuero negro que compaginaba con una cazadora que, debía de reconocer, le sentaba de maravilla. Quince años atrás, en la época de la universidad, habían coincidido en la misma pandilla y durante un par de meses salieron juntos en grupo. Luna se enamoró perdidamente del guapo moreno que, como un pavo real desplegando sus plumas, la conquistó con sus palabras y sus miradas. En el asiento del coche donde tuvieron sexo, para Luna fue su primera vez, él le aseguró que la quería y ella como una tonta se lo creyó. Construyó castillos en el aire que se derrumbaron al descubrir que,

como a ella, había engatusado a otras dos chicas del grupo que también habían creído ser la única mujer que ocupaba el corazón de Riv. Maldito desgraciado, sin importarle que lo vieran, se había liado con aquella morena en el aseo del bareto en el que estaban. Con cara de tonta vio como en lugar de avergonzarse al ser descubierto, le guiñaba un ojo mientras seguía embistiendo a la chica. Al salir a la carrera del baño, se cruzó con las otras dos novias de Riv, que la miraron con pena. Al parecer era un secreto a voces en la pandilla, los chicos lo admiraban por tirarse a cuanta mujer veía, y las chicas, avergonzadas, ocultaban y callaban que habían caído en los brazos de aquel don juan de pacotilla. La timorata sociedad de la época tildaba a los hombres de machos ibéricos y a las mujeres de «fáciles», adjetivo que seguía en vigor para calificar despectivamente a las féminas. Y claro, se veía que no había locales disponibles en Salamanca, que había ido a poner su tienda de fotografía justo en frente de su casa. Esa mañana, volvía a tenerlo a unos centímetros, dedicándole una sonrisa que intentaba ser seductora y que Luna de buena gana le hubiera borrado del rostro de un bolsazo, pero el riesgo de romper el móvil que llevaba dentro le impedía hacerlo.

—Buenos días, Luna.

¿Por qué tenía que tener esa voz de locutor de radio que la hacía flaquear? No, no podía ser. Afianzándose en sus tacones, se irguió en su uno setenta de altura y puso sus ojos a la altura de los de Riv. Luna desvió la vista y siguió caminando con seguridad, haciendo que un par de padres que llevaba al colegio a sus hijos se giraran a mirarla apreciativamente, algo que a Riv no le gustó. Luna se colgó una medalla imaginaria y sonriendo continuó su camino.

La biblioteca donde trabajaba era un edificio precioso en el centro de la ciudad, situado en la Plaza de Gabriel y Galán. Tenía una sección infantil que era donde Luna tenía su puesto de trabajo. Durante un par de horas estuvo distraída colocando y catalogando los ejemplares nuevos que habían llegado ese día. Los ocasionales visitantes interrumpían su tarea y le daban la oportunidad de estirar la espalda. Justo un poco antes de las once, entró una de

sus amigas: Agatha. Sus abuelas había sido como hermanas durante muchos años, por lo que se conocían desde siempre, pero la relación de amistad entre ellas se había iniciado en el cumpleaños de los gemelos de una tía de Agatha, Marta, a la que había conocido a través de una amiga en común, Macarena, una escritora de éxito cuya hija era amiga inseparable de su pequeña Sofía. Maca y su marido Julián vivían junto con sus cuatro hijos en el mismo edificio que Luna y su hija, y era frecuente que María y su hermano Raúl bajaran a su casa a jugar con Sofía, o que esta subiera a casa de ellos. Incluso alguna vez que su abuela no había podido quedarse con la niña, Maca se había quedado encantada con ella. Luna no sabía cómo lograba compaginar el cuidado de los niños con la escritura, cuando ella hacía malabares para poder cuidar a Sofía, cumplir con los encargos que llegaban a su página web y su trabajo en la biblioteca.

—Tengo ayuda con los niños. Unos canguros de toda confianza —le había explicado Maca el día que lo preguntó.

Ya podían serlo porque la mayor, Vega, estaba en esa época en que se pasaba el día encerrada en su cuarto hablando con las amigas, escuchando música que Luna podía oír a veces desde su piso. Pasaba de sus hermanos, y estos de ella, salvo para fastidiarla y pincharla con sus chanzas cuando podían. Lino tenía ocho años y era el bromista oficial del edificio. Todos los vecinos sabían que, si aparecían los felpudos cambiados de puerta, había sido el niño en un despiste de sus padres. Una vez le habían hecho ir puerta por puerta disculpándose por su última trastada, pero había servido de poco escarmiento. Había vuelto a casa con los bolsillos y las manos llenas de dulces, los vecinos al ver su cara de angelito terminaban perdonándolo y dándole alguna galleta o alguna chocolatina. Por último estaban los gemelos Raúl y María que iban a la misma clase que Sofía, lo que los convertía en amigos inseparables.

—Atenea es muy divertida, y Hércules nos deja hacerle trencitas, tiene el pelo muy largo y le salen muchas —le había contado Sofía después de una

tarde que fue con sus amiguitos a merendar, para permitir a Luna hacer unas compras.

—¿Atenea y Hércules son los canguros de los gemelos? —preguntó Luna sorprendida.

—Sí. Son geniales. Me han dicho que soy especial y que ellos cuidaran también de mí.

Al día siguiente le había preguntado a Macarena por tan peculiares niños.

—No tienes por qué preocuparte. Son de toda confianza. Nunca harían nada que lastimara a los niños, y no permitirán jamás que nadie les haga daño.

Se había acostumbrado a oír a Sofía hablar de ellos, y ya eran nombres comunes en sus conversaciones y en sus vidas. Precisamente esa mañana, Agatha la recogía en la biblioteca para ir con Macarena a tomar café en una cafetería que habían abierto nueva con unos dulces muy ricos. Algo que su embarazadísima amiga no debería hacer, si no quería terminar rodando como una pelota. Su cuerpo empezaba a parecerse a una bola con piernas y brazos. Ya hacía semanas que había dejado de verse las puntas de los pies, y sin la ayuda de Börg le sería difícil vestirse sola. Lo que no se podía negar era que el embarazo le había sentado fenomenal a su ya de por sí bello rostro, puesto que irradiaba paz y luz en perfecta armonía.

—Hola, Luna, ¿ya estas lista? Traigo unos libros de los niños de Marta para devolver.

—¿Cómo está Marta?

—Aunque algo dolorida del parto, está muy feliz con la pequeña Margarita. Es un amor de niña. Tengo la ahijada más preciosa del mundo. Los gemelos no lo están tanto.

—Ja, ja, ¿y eso?

—Ayer fuimos a cenar con ellos, cuando estábamos Marta y yo acostando a la niña, y Mateo recogiendo los platos, los gemelos se sentaron en las rodillas de mi vikingo y le preguntaron si conocía a algún buen abogado.

—¿Qué? —preguntó Luna divertida.

—Quieren *renunciar* a la cigüeña. —Al oír lo que los niños con su media lengua habían pedido a Börg, Luna ya no puedo contenerse y estalló en carcajadas—. Le escribieron una carta donde le pedían muy clarito que querían un hermano, no una hermana. Al parecer consideran que la casa está inundada de lazos, peluches y un montón de cosas rosas.

—*Es muy duro, tito B. Mamá ya no nos deja dejar la ropa tirada en el baño, ahora hay que ponerla en un cesto rosa. No podemos hacer ruido porque la podemos despertar, pero ella llora y llora. Espero que tú hayas escrito bien la carta.*

—*Es solo el principio —se lamentó el otro—. Va a ser horrible.*

—*No creo que podáis denunciarla, vuestros padres están contentos y vosotros también lo estaréis con Margarita. Esperad que crezca un poco, y ya veréis cómo se une a vuestros juegos. Además, chicos, siento deciros que la tía Agatha y yo esperamos una niña también —les informó Börg intentando contener la risa.*

—*No te preocupes, tito, puedes guardar tus juguetes debajo de nuestra cama. Con nosotros estarán seguros. En nuestra habitación no hay rosa, y no entran los bebés llorones.*

—Salgamos fuera —le pidió Luna a su amiga, ante las miradas de reproche de los visitantes que en esos instantes recorrían la biblioteca.

—Pasároslo bien —les dijo su compañera Teresa que entraba cuando ellas salían del edificio. Adoraba a su compañera. Coincidió con ella cada dos semanas, ya que ella alternaba, y una semana estaba de mañana y otra de tarde. Tenía una cara de duende, morena de pelo corto, con unas divertidas gafas a lunares blancos y azules que llamaban la atención de todos los niños que entraban en la biblioteca, incluida Sofía que siempre intentaba probárselas.

Macarena estaba en la puerta esperándolas con una sonrisa en los labios. Estaba contenta porque el día antes una novela suya había salido a la venta y

en unas horas se había colocado en los puestos más altos de Amazon. Börg y Mateo, los dueños de M&B, la editorial donde publicaban sus libros, estaban organizando una presentación por todo lo alto para esa misma semana. Agatha ayudaba a su vikingo con los preparativos, especialmente a la hora de elegir el *catering*.

—Umm no estoy segura si incluir estas tartaletas de espárragos o las de salmón. Voy a probar otra.

—Llevas cuatro de cada una —replicó Börg contemplando a la tragona que tenía por novia, zampano tartaletas a dos carrillos sin ningún pudor ante la mirada alucinada del dueño de la empresa de buffet, que nunca había visto comer tanto en una cata.

—«Estaz están bunicimas» —dijo Agatha con la boca llena, señalando las de espárragos.

—Tendrá que disculparla, lleva dos horas sin comer y el embarazo le da hambre —se disculpó Börg mientras Agatha le miraba con ojos asesinos. Ella no tenía la culpa, su niña quería comer y no iba a dejar a la pobre bebé con apetito. Ahora mismo le estaba diciendo que los bocaditos de verduras con gambas debían de estar buenos, e iba a comprobarlo.

Las tres amigas se dirigieron con paso ligero a la cafetería cercana donde los dulces las saludaban desde sus bandejas, tentándolas a probarlos. Con unas aromáticas tazas de té verde con jazmín y unas caracolas para acompañarlas, se sentaron en su mesa favorita.

—Esta mañana me he vuelto a cruzar con el fotógrafo —les contó Luna recordando el encuentro con Riv de ese día.

—También es mala suerte tener que ver cada día a tu ex.

—Lo peor, Agatha, es que mi abuela me recrimina por ser tan arisca con él. Dice que es un buen chico. ¡Si ella supiera! Se deja engañar por su cara de bueno, pero es el diablo personificado.

—Luna, debes reconocer que está bueno.

—No, Macarena, si eso lo reconozco. Es un cabrón muy guapo, pero sigue siendo un cabrón.

—¿Pero tú lo has visto con alguna mujer? —preguntó Agatha entre mordisco y mordisco a su caracola.

—Les pone ojitos a todas las clientas. Tendrías que ver la de gente que tiene, y eso que ahora nadie revela fotos. Si no llevan a los niños a hacerse unas fotos, van a hacerse las fotos del carnet de identidad o para el gimnasio. Lo que sea. El caso es que por las tardes, que es cuando estoy en casa, las veo entrar y salir.

—Pues para no interesarte el tal Riv, estás muy atenta a lo que pasa en su tienda —afirmó Macarena haciéndole un guiño a Agatha.

—¿No estarás celosa? —preguntó esta última captando la indirecta.

—¿Yo? ¡Por supuesto que no! —exclamó Luna, centrándose en su taza de té y desviando la atención de sus amigas hacia la futura presentación del libro de Macarena. Las quería, pero la agobiaban por su insistencia continua en que saliera a divertirse y conociera hombres. Con su pequeña y su trabajo, tenía suficientes ocupaciones en su vida, no tenía tiempo para más.

—Venga, chicas, contadme qué tal van los preparativos de la presentación, que ya casi tengo que regresar a la biblioteca.

—Está todo listo —aseguró Agatha—. Ana está preparando unas bolsitas con un pequeño tarrito de crema de manos y unas flores secas, para dar de regalo a los que compren el libro.

—¡Qué buena idea!

—Quería regalar algo diferente a un marcapáginas, tener un detalle con mis lectores. En realidad fue idea de Julián consultar con Ana. En su tienda hay de todo.

—¡Hasta las muñecas de Luna! Ana me ha dicho que vas a venderlas allí también.

—Sí, en realidad, unas en miniatura en la tienda de Ana, a las que les he

cosido una argolla para que sirvan como llavero; y otras más grandes, de unos cuarenta centímetros, en la tienda de Marta.

—Creo que sé cómo irán vestidas —dijo Agatha riéndose—. ¡Con tejido escocés!

—¡Adivinaste! —exclamó Luna. Desde que Ana había encontrado el amor de su vida en la persona de un guapo *highlander*, Escocia estaba muy presente en su día a día, incluyendo los artículos que vendía en su tienda.

—Quiero una para María —pidió Macarena, pensando que en realidad terminaría quedandosela ella. Las muñecas de Luna eran verdaderas obras de arte. Hechas a mano a imagen de su ama. Sofía tenía una en su cama con su misma carita y sus mismos rizos rebeldes.

—Bueno, chicas, todo riquísimo y la conversación aún más, pero debo regresar al trabajo. Nos vemos.

El resto de la mañana pasó en un suspiro para Luna que ya temía que tendría que darse prisa en terminar la muñeca que estaba haciendo para la niña de Agatha. Por el tamaño de su barriga, era cuestión de días que diera a luz y aún le faltaba hacer la mayor parte del vestido y del rostro.

Cuando nada era capaz de curar su corazón herido, se atrevió a darle una segunda oportunidad a un amor del pasado.

Se conocieron hace años y mantuvieron el contacto a través de correspondencia, pero nunca se llegaron a ver. Las misivas cesaron un día y desde entonces Salvador solo desea saber qué ha sido de Natalia.

Un día se presenta ante ella con otra identidad, pero la joven pronto descubre quién es. Vivirán la apasionada relación que Natalia lleva tiempo deseando. Sin embargo, su romance acabará por un error de Salvador.

Natalia, desolada, abandonará su ciudad para empezar una nueva vida en otro lugar. Y allí, el destino hará que se reencuentre con su primer amor, Daniel, quién le ayudará, con ternura y paciencia, a volver a creer en el amor.

Ana Castellar nació en Asturias en febrero de 1979, decidió estudiar psicología. Desde pequeña es una amante de la lectura, le da igual el género, sin embargo, la novela romántica siempre ha sido su favorita. Escribir es algo que le apasiona desde siempre, por eso un día decidió dar el gran paso: se atrevió a crear su propia novela y a aceptar el reto de mostrarla a los lectores.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Ana Castellar

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-06-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Castillos en el aire

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ana Castellar

Créditos